

EL AMOR
ERA SU DESTINO

Sophia Ruston



El amor era su destino
Sophia Ruston

*A mis compañeras de clase que fueron
mis primeras lectoras, sin vosotras no
habría acabado este libro y habría
continuando existiendo sólo en mi
imaginación, gracias por animarme a
seguir escribiendo.*

Primera edición en digital: Marzo 2016

Título Original: El amor era su destino

©Sophia Ruston, 2016

©Editorial Romantic Ediciones, 2016

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada © Inara Prusakova, David Morrison

Diseño de portada y maquetación, Olalla Pons.

ISBN: 978-84-944875-9-0k

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

Eton, Inglaterra, 1803.

—¡Pelea! ¡Pelea!

Los niños se aglomeraban en el patio de la escuela alrededor de cuatro muchachos enfrascados en una pelea desigual. Tres chicos, entre catorce y dieciséis años, golpeaban a otro de trece. Éste se retorció, al ser apresado por dos de ellos, mientras el tercero lo golpeaba con saña en el vientre. Después de varios intentos se libró de sus agarres y le dio una patada al que lo golpeaba, tumbándolo en el suelo y aferrándose a sus partes nobles. El muchacho se volvió hacia los otros dos con los puños en alto, ignorando el corte que tenía en el labio, el dolor que sentía en el pecho y la sangre que le brotaba de la nariz. Sus ojos grises refulgían de ira. El marqués de Glenmore estaba realmente enfadado.

—¡No permitiré que me volváis a hablar así, estúpidos cobardes!

Los dos muchachos mayores se acercaron a él, riéndose a carcajadas.

—¡Te crees el único con título aquí, engreído marqués! Supongo que el orgullo es lo único que te queda. Tu madre no pudo sobrevivir cuando te trajo al mundo y murió al darte a luz; tu madrastra, la zorra de Kinstong, os abandonó por su amante y tu padre es incapaz de estar contigo más de cinco minutos.

El marqués se abalanzó sobre su oponente, gritando de rabia y tirándolo al suelo. El otro iba a golpearlo por la espalda mientras éste estaba ocupado con su compañero, pero algo se lo impidió.

—Vamos, amigos, ¿no creéis que ya os habéis divertido lo suficiente?

Un muchacho rubio, con apariencia angelical, se había colado entre la multitud para agarrar a aquel matón del brazo.

—¿Y quién nos va a parar? ¿Tú? No me hagas reír. Con esa cara de querubín no asustarías ni a un ratón.

—Cierto, el pobre no podría pararos, pero el director quizá sí, y viene hacia aquí —advirtió otro muchacho que se había parado al lado del rubio.

Pronto la multitud se disolvió, alejándose de ellos, para no meterse en problemas.

—El hijo del borracho tiene razón, es mejor que nos vayamos —dijo el chico al que el marqués le había dado la patada, y se levantó a duras penas.

—Esto no quedará así, marquesito —se libró del marqués, para luego salir corriendo en pos de sus compañeros.

El muchacho rubio sacó un impecable pañuelo blanco de su bolsillo y se lo ofreció al marqués, que continuaba en el suelo.

—Límpiate, estás horrible.

El marqués gruñó e, ignorando el pañuelo y la mano que el otro le tendía para que se levantara, se incorporó él solo.

—No necesito vuestra ayuda.

—Claro que no, grandullón, sólo hay que ver cómo te han dejado —respondió el que le había ofrecido la mano, caminando junto a él. El marqués se acercó, tambaleante, hacia un banco y se desplomó sobre él—. Mírate, estás hecho polvo.

—Que compartamos habitación y vayamos a la misma clase no nos convierte en amigos. Dejadme en paz. Y tú, deja de llamarme así.

—¿Has visto cómo nos lo agradece, angelito?

—¿Y tú te quejas de que te llame grandullón? Mike, eres como un grano en el culo.

—Gracias, ésa es mi única intención en la vida. Mis moles son del todo inofensivos, al

contrario que los de aquellos imbéciles.

—¿No sería mejor que nos llamaras por nuestros nombres y ya está?

—Alexander y Charles son nombres sumamente aburridos.

—¿Y Michael no?

—Mira...

—¿Queréis callaros de una maldita vez? ¡Me duele todo!

Alexander se llevó las manos a la cabeza, gimiendo y retorciéndose en el banco.

—¿No será mejor que busquemos a un médico? —Le preguntó Charles a Michael.

—No sería buena idea, haría preguntas y se lo comentaría al director —contestó éste sacudiendo la cabeza.

—Entonces, lo único que podemos hacer es llevarlo a la habitación. No lo podemos dejar aquí tirado. Además, esos tres imbéciles pueden volver en cualquier momento.

—Está bien, tú lo sostienes por un lado y yo por el otro. Espero que por lo menos se pueda tener en pie.

Entre los dos, le ayudaron a levantarse. Para tener trece años, Alexander, era anormalmente alto.

—Caray, cómo pesas, grandullón.

—He dicho que no necesito vuestra ayuda.

—Te repites demasiado. Déjanos echarte una mano y ya está. Además, fuiste tú el primero que se metió en problemas al ayudar a aquel chico con el que se estaban metiendo esos inútiles —le recriminó Charles.

—Eran tres contra uno —respondió, incómodo, Alexander.

—Al igual que luego fueron tres contra ti, porque el otro, en cuanto se vio libre, salió corriendo por patas y te dejó a tu suerte.

—Pero yo tengo la ventaja de mi estatura.

—Eso y que tienes dos cojones bien puestos, amigo —dijo Michael con sorna, mirando a su alrededor por si algún profesor lo oía utilizar ese lenguaje tan vulgar que había aprendido en la taberna del pueblo, donde se escapaba para ver a los hombres jugar a las cartas.

—Ya os he dicho...

—Que no necesito vuestra ayuda —acabaron diciendo los tres a la vez.

Alexander no pudo evitar reírse con ellos. Así fue como llegaron los tres, tambaleándose y riéndose, a la habitación. Desde aquel día, Alexander, heredero del duque de Kinstong; Charles, heredero del conde de Blackford; y Michael, heredero del barón de Castel, se hicieron inseparables.

Capítulo 1

Londres, 1815.

—¿Podría ir más despacio, milady?

—¿Y qué diversión habría?

—No es seguro y bien visto ir al galope por Hyde Park.

Elizabeth Anglese tiró de las riendas para frenar a su yegua. Lord Hasclot se detuvo junto a ella con una sonrisa.

—Si quiere cabalgar, sé de una zona menos transitada. Sería un placer para mí llevarla y dejarla seguir con su diversión.

Lord Hasclot, de unos treinta años, delgado y no muy alto, seguía manteniendo su sonrisa, pero ahora había en sus ojos un extraño brillo que Elizabeth supo identificar.

—Muy amable, milord, pero se ha hecho tarde y tengo otro compromiso. Quizás en nuestro próximo paseo.

Aunque pensó que no volvería a aceptar otra invitación de él para pasear solos. Elizabeth desafiaba a su padre al coquetear con todos los hombres, pero hasta cierto punto, ya que, por más que quisiera enfadarlo, tampoco pretendía arruinar su reputación.

—¿La veré en el baile de lady Clifton? —Preguntó lord Hasclot cuando estuvieron frente a la casa del duque de Handquenfield, el padre de Elizabeth.

—He aceptado la invitación —dijo Elizabeth sin concretar más y, entrando por la puerta que el mayordomo mantenía abierta, le indicó con un gesto de la mano que la cerrase inmediatamente, antes de que lord Hasclot se ofreciese a acompañarla.

—¿Está mi padre en casa? —Preguntó al mayordomo mientras se quitaba los guantes y se los entregaba.

—Aún no ha vuelto, milady.

—Bien.

Subió corriendo las escaleras de una manera impropia para una dama, pero era algo habitual en ella. En su habitación la esperaba Mary, su leal y amigable doncella, que sólo tenía tres años más que los diecinueve de Elizabeth.

—¿Todavía tengo tiempo, Mary?

—Si nos damos prisa, tendrá tiempo de ir a la exposición y quedarse una hora antes del baile.

Mientras Mary comenzaba a quitarle el traje de montar, Elizabeth esbozó una mueca de disgusto ante sus planes para la noche.

—Le he cogido el vestido azul de paseo, el que es del mismo color que sus ojos.

—Perfecto, ya acabo yo, gracias. ¿Podrías avisar al cochero?

—Ahora mismo voy, milady.

—Mary, por favor, llevo cuatro años pidiéndote que utilices mi nombre.

—Disculpe, pero me resulta muy difícil llamarla así.

—Espérame en el carruaje —dijo, mientras se ataba los lazos de su sombrero de paja y dejaba sueltos algunos rizos rubios.

Cuando estaban en el patio, Mary subió al pescante con el cochero y Elizabeth entró en el carruaje. Antes de que se acomodara en el asiento, una voz familiar la sobresaltó.

—Espero que no hayas quedado con otro de tus pretendientes, niña.

—¡Marcus, me has asustado!

En el asiento de enfrente estaba un hombre de unos cincuenta años, con su pelo castaño lleno

de canas y cálidos ojos negros. Marcus Klent, secretario del duque y su hombre de confianza, llevaba más de dos décadas trabajando para los Handquemfield, y era más un padre para Elizabeth que el propio duque.

—Voy a la exposición de la Royal Academy.

—Mejor eso que ir cabalgando como una loca por Hyde Park.

—Ya no me sorprende que estés al tanto de todos mis movimientos. Me controlas demasiado.

—Es necesario.

—Si no me agobiaras tanto...

—Harías lo mismo, con tal de desafiar a tu padre.

—¡Es que es injusto!

—Ya hemos hablado de esto en numerosas ocasiones.

—No, Marcus, escucha. Ésta es mi primera temporada y ha sido todo un éxito. Si quisiera, podría casarme con cualquier lord rico.

—No puede ser, porque ya estás prometida con el marqués de Glenmore.

—Pero si encontrara a otro hombre con dinero de sobra para devolverle el préstamo al duque de Kinstong, ¿ya no tendría que casarme con su hijo!

—No cualquier caballero daría tal cantidad de dinero y pasando, además, por alto tu falta de dote.

Elizabeth se cruzó de brazos y miró al secretario con disgusto. La cara del hombre mostraba cansancio, pues habían mantenido la misma discusión durante muchos años.

Hacía años, el padre de Elizabeth, le había pedido un préstamo al duque de Kinstong, este se lo había concedido con una condición: a cambio del dinero, Elizabeth debía comprometerse en matrimonio con su único hijo y heredero, el marqués de Glenmore. Si el enlace no se llevara a cabo, Handquemfield debería devolver el dinero, a menos que quien rompiera el compromiso fuera su hijo el marqués.

Glenmore y su padre el duque siempre se habían enfrentado, y el último desafío del hijo había sido alistarse en el ejército de Su Majestad. Hacía cuatro años que no se tenían noticias de él. Sólo se sabía que aún estaba vivo y que, seguramente, en cuanto volviera, se llevaría a cabo el enlace. Eso era lo que decía el duque de Kinstong en la última carta que el padre de Elizabeth había recibido de él. Desde entonces, ella estaba más desesperada que nunca, porque la guerra en el Continente había supuesto el destierro definitivo de Napoleón en Santa Elena, tras su derrota en Waterloo.

—Y padre aún no tiene el dinero, ¿verdad?

—No, niña, ya sabes que no. Tu presentación en sociedad no es barata y tu padre no quiere jugárselo todo con el marqués, pues éste no suele cumplir con la voluntad de su padre y, por lo que yo sé, aún no sabe nada del compromiso y quizás se oponga al matrimonio cuando vuelva.

—Ay, ojalá que así sea —murmuró Elizabeth.

—Lo dudo, porque en cuanto te vea querrá cumplir el acuerdo.

—Cómo desearía ser más común.

Marcus se rió ante semejante comentario.

—Si no recuerdo mal, una vez dijiste que con tu belleza serías capaz de encontrar a un hombre acaudalado a quien, con tal de casarse contigo, no le importaría deshacerse de la mitad de su fortuna.

Elizabeth se volvió a enfurruñar con Marcus y lo fulminó con la mirada.

—Niña, no te enfades. Es la realidad. Eres de buena cuna, con una educación excelente y un rostro que le quita el aliento a los hombres. Ya les gustaría a muchas damas ser como tú.

—Y a mí me gustaría ser libre para elegir marido, como hacen muchas otras damas. ¿De qué me sirve tener tantos pretendientes si ya estoy prometida a otro hombre que ni siquiera conozco y que me fue destinado por el padre de mi futuro marido cuando yo sólo tenía trece años?

—Ya desde pequeña eras muy hermosa y se veía que cuando crecieras ibas a serlo aún más.

—Pero el duque de Kinstong no sabía si sería una cabeza hueca. Lo que realmente le importaba era que su hijo, con tal de desafiarlo, se casara con una plebeya, y para evitarlo lo prometió con una igual, la hija de otro duque, a sus espaldas.

—La pureza de los nobles —dijo Marcus con sarcasmo.

—Me hubiera gustado ser como tú, la tercera hija de un simple baronet.

Marcus no pudo evitar volver a reír.

—Ya, pero yo no me he casado.

—Eso es porque tú no quisiste. Si mal no recuerdo, eras muy apuesto y aún lo eres.

—No me vengas con halagos ahora. Además, ya sabes que todo mi tiempo se lo dedico al trabajo y soy feliz así. No sé con qué estoy más ocupado, si con las cuentas de tu padre o con protegerte a ti de ti misma.

Elizabeth sonrió y estiró el brazo para poder apretar su mano con cariño.

—Siempre te estaré agradecida por estar a mi lado cuando me caía del caballo o cuando me hacías compañía si estaba enferma, o por aquellas veces en que me traías los libros que mi institutriz me prohibía, y hasta por las regañinas después de mis travesuras.

Él puso su otra mano sobre la de Elizabeth y la miró con cariño y devoción.

—Mereció la pena sólo por ver a la mujer en la que te has convertido.

—Me bajaré aquí y seguiré caminando antes de que nos pongamos más sentimentales —bromeó.

Marcus soltó su mano y golpeó el techo para parar el carruaje.

—Sólo una hora, niña. El carruaje te esperará aquí y volverás a casa para cambiarte. No debes llegar tarde al baile.

—De acuerdo —dicho esto, Elizabeth abrió la puerta y salió.

Alexander Randolph, marqués de Glenmore, se encontraba en Londres frente a la casa que había heredado a los dieciocho años y donde sólo había vivido durante poco más de dos años, antes de huir de su padre y alistarse en el ejército.

—¿Qué desea, señor? —preguntó su mayordomo con curiosidad, tras abrir la puerta.

Alexander sonrió.

—Al parecer, he cambiado mucho si no me reconoce, Hikings. No esperaba verlo pero me siento aliviado, porque no sé dónde tengo la llave.

Alexander supuso que el duque había continuado pagando al servicio como si él no se hubiera marchado. El mayordomo abrió los ojos como platos.

—¿Milord, es usted?

—Sí, el marqués de Glenmore en persona, aunque desgraciadamente desmejorado. Quizás con la ayuda de un baño, un afeitado y un cambio de vestuario correspondería a mi título.

Hikings abrió la puerta del todo, lo dejó pasar, volvió a su postura de siempre y avisó a un lacayo para que cogiera la maleta del señor, que aún estaba en las escaleras.

—El personal de la casa sigue completo. Mandaré prepararle un baño y su ayuda de cámara lo esperará en sus aposentos. Si me permite el atrevimiento, milord, me gustaría decirle en nombre de todos que nos sentimos reconfortados al verlo sano y salvo de vuelta en su casa.

—Gracias, Hikings. Aún no deseo que la gente sepa que he vuelto a Londres, me gustaría

tener por lo menos un día de tranquilidad.

Cuando dejó que éste le quitara su arrugado y gastado abrigo, subió las escaleras. El mayordomo miró con desagrado aquella prenda.

El marqués ya no era el mismo. Había crecido unos centímetros, tenía el pelo más largo y su tez más morena. Los hombros eran más anchos y, en general, era más musculoso debido al ejercicio y su vida como militar. Ya no quedaba nada del muchacho de antaño. De pequeño, aunque siempre fue muy serio, tenía un especial brillo en los ojos cuando sonreía, este hacía que su color gris plata pareciera menos frío. Pero desde que sus pies habían tocado el suelo de batalla, apenas sonreía y ese brillo había desaparecido, haciendo su mirada intimidante.

Cuando bajó y se disponía a marcharse, llevaba su uniforme de soldado británico limpio y planchado, pues no podía ponerse la ropa que había dejado en el armario porque le quedaba bastante pequeña. Decidió incluso aprovecharse de esta situación y se dejó la barba, para que nadie lo reconociese. Aún no quería enfrentarse a su excelencia y a las responsabilidades del marquesado. Lo primero que deseaba hacer era reencontrarse con sus dos mejores amigos, los únicos con quienes había mantenido contacto fuera de Inglaterra y que, además, le comunicaban a su padre si seguía con vida.

—Su carruaje le espera fuera, milord —le dijo Hikings

Alex subió, se acomodó y cerró los ojos, cansado. El viaje había sido largo y la herida que tenía en el hombro empezaba a molestarle. Pasó unas semanas en la cama de un hospital después de Waterloo y, para su alivio, la bala había salido sin haber causado ningún daño irreparable, pero su brazo izquierdo ya no volvería a ser el mismo. Se le cansaba con facilidad y en ocasiones la mano le temblaba.

El carruaje se paró en Myfair, frente a la pequeña y acogedora casa de su amigo Michael Radcliffe, barón de Castel. Alex lo esperó un rato en un pequeño salón.

—Espero que sea importante para importunar a estar horas tan tempranas... —Michael era alto, pero no tanto como Alexander, y tenía el pelo castaño, con tonos rojizos, y los ojos verdes. Se interrumpió en cuanto vio al soldado en su pequeño salón—. ¡Dios mío! Alex, ¿eres tú?

Él dio como respuesta su ya conocida sonrisa, justo la que ponía en su niñez cuando maquinaba alguna travesura para luego realizarla con Michael y Charles. Lord Castel, dando tres pasos, llegó junto a su amigo y le dio un fuerte abrazo.

—Nos tenías preocupados. Hace como dos meses que no hemos recibido ninguna de tus cartas y empezábamos a pensar que te había pasado algo.

—Fui herido y pasé algún tiempo en un hospital de Bruselas, recuperándome. Después me retuvieron en contra de mi voluntad.

Michael levantó una ceja.

—Resulta que quisieron condecorarme y nombrarme comandante —dijo Alex.

—¡Qué ofensa! —Exclamó Michael al ver la cara de desagrado de su amigo, y luego estalló en carcajadas—. Siéntate, te serviré un trago de nuestro excelente licor. Los Castel seremos pobres pero nunca nos ha faltado whisky. Mi pobre padre se gastó una fortuna en esto y así murió, con el hígado destrozado.

—Vuelvo a darte mis condolencias, Mike. Tendría que haber estado contigo en esos momentos.

Michael lo miró por encima del hombro, mientras servía las copas, y sonrió.

—Tenía a Charles y, además, alguien debía hacer algo por la patria mientras nosotros dos íbamos de fiesta en fiesta y de mujer en mujer.

Alex se relajó en la butaca. Mike siempre había tenido ese poder de calmarlo y divertirlo con

su particular sentido del humor.

—Hablando de Charles, ¿cómo le va? —Preguntó Alex.

—¿El angelito? —Dijo Michael, refiriéndose al mote que le habían puesto en Eton debido a su físico, ya que era rubio y tenía los ojos azules. A pesar de que ahora era, como ellos, un hombre de veinticinco años, aún seguía conservando las facciones de un niño—. Tan responsable como siempre, acudiendo a los actos que sus padres le mandan y siendo el perfecto caballero, provocando desmayos en las debutantes y ambición en las madres y, ¡cómo no!, obsesionado con otra mujer. Según él, está profunda e irrevocablemente enamorado.

Alex contuvo la risa.

—¿Acaso no es lo que siempre dice?

—Sí. Y, como siempre, asegura que esta vez es la definitiva.

Alex dejó de contenerse y soltó una carcajada.

—Vamos, quizás lo encontremos en White's y podrás reprenderlo como antaño.

—¿Y tu carruaje? —Preguntó Alex una vez fuera de casa.

—No me digas que el soldadito se va a agotar si camina un poco —respondió Mike.

Alex se puso serio.

—¿Tan mal están las cosas que no puedes permitirte un carruaje?

—Igual que siempre, y ahora debo sumar las deudas que dejó mi padre.

—Si necesitas dinero, yo...

—No esperaba menos de ti, el que es tan rico como Creso.

—Hablo en serio, Mike.

—Lo sé, pero te digo lo mismo que le dije a Charles. Si quieres hacer caridad, dona dinero a un orfanato, que los niños lo necesitan más que yo.

—Michael...

—Cuando esté en la cárcel para deudores, acudiré a alguno de los dos.

Alex soltó un bufido.

—Tranquilo, hay una solución para mis problemas económicos.

—¿Y cuál es ese plan, genio?

—Casarme con una dama que tenga una gran dote, por supuesto.

—Claro, por supuesto.

Mientras seguían caminando, Michael se giró hacia Alex.

—¿Acaso crees que no puedo conseguirlo?

—Lo que creo es que no estás preparado para el matrimonio.

—¿Es que hay algún hombre que lo esté?

—*Touché!*

Durante el trayecto, Michael lo puso al corriente de los últimos acontecimientos acaecidos en Londres. Caminaban por la calle Piccadilly, cerca de la Royal Academy, cuando, de pronto, Alex se detuvo y agarró a Michael del brazo. Éste, sorprendido, siguió la mirada de Alex y, esbozando una sonrisa perversa, dijo:

—Pobrecito, otro más que cae en sus redes.

—¿Quién es esa extraordinaria criatura?

—¿Te la presento?

Alex asintió.

Ambos se acercaron a ella. Aunque estaba a punto de entrar en el museo, la joven se detuvo cuando Michael la llamó.

—Lady Elizabeth, ¿me permite presentarle a un amigo?

Capítulo 2

Elizabeth se dio la vuelta aún sin saber quién la había llamado y cuál era la identidad de su acompañante. De todos modos, los encaró, sonriendo con amabilidad, pero en cuanto los tuvo delante se quedó paralizada, contemplando los ojos más hipnóticos que había conocido nunca. Al principio pensó que eran de un extraño azul. Sin embargo, al observarlos detenidamente se dio cuenta de que eran de un gris metálico. Parecían fríos, pero en ese momento sintió mucho calor al contemplarlos. El otro caballero tosió para reclamar tanto su atención como la del dueño de aquellos extraordinarios ojos, que también se había quedado observándola.

—Milady, soy Michael Radcliffe. Nos presentaron hace un tiempo —dijo, haciendo una pequeña reverencia.

Elizabeth reaccionó rápidamente, pero no tanto como quería, debido a esos ojos grises que no se despegaban de ella, perturbándola.

—Sí, claro, Lord Castel. Precisamente nos vimos la noche pasada en una contradanza.

Le respondió con otra reverencia.

—Y éste es...

—El comandante Alexander Gryf —se apresuró a decir el dueño de aquellos ojos.

Elizabeth pudo fijarse, por primera vez, en todos los rasgos del hombre. Era muy alto, de un metro noventa de estatura. Tenía el pelo negro como el carbón, su rostro era muy masculino y atractivo, con una frente amplia y la nariz perfecta y proporcionada. La fuerte madíbula estaba cubierta por una barba que dejaba al descubierto unos labios finos pero definidos. Los hombros anchos estaban bien marcados gracias a la chaqueta militar y el pantalón dejaba apreciar sus musculosas piernas esculpidas por el ejercicio.

—Milady, es un verdadero placer conocerla —dijo el apuesto joven y, tomando su mano, se inclinó ante ella y la besó.

Elizabeth se sorprendió. Ningún caballero besaba la mano de una dama. Simplemente se inclinaba ante ella sin rozarla con los labios. Además, en ese momento no llevaba guantes y pudo sentir perfectamente los labios del joven contra su piel. Justo en ese instante, el estómago se le encogió y el corazón empezó a latir muy rápido, como si hubiese estado corriendo.

—Comandante —dijo al incorporarse él, y le sorprendió que su voz no le temblara, puesto que lo hacía todo su cuerpo. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Al fin y al cabo, sólo se trataba de un hombre, ¿no?

—¿Iba a entrar en la Royal Academy?

Su voz le recorrió toda la espalda y sintió un pequeño escalofrío. Se fijó que en su tono de voz había... ¿incredulidad? Volvió a mirarlo y vio sus cejas arqueadas a modo de... burla. ¡Increíble! Seguro que era uno de esos hombres que creía que las mujeres sólo podían pensar en la moda y en los cotilleos.

—Sí, a ver la exposición de los últimos artículos de la tumba de Amenhotep III, hallados por el Dr. Chaming en Egipto. Lo que me recuerda, caballeros, que no dispongo de mucho tiempo para disfrutarla y me gustaría aprovecharlo al máximo. Así que, si me disculpan...

Realizó una pequeña venia y no tuvo valor de volver a mirar al comandante, por miedo a quedarse paralizada otra vez. Así que se giró sin esperar respuesta y entró en el edificio, mientras Mary la seguía.

Alex se quedó mirando, con una sonrisa, el lugar por donde había desaparecido aquella

hermosa mujer.

—Venga, que no tengo todo el día para que andes embobado.

Michael le dio una palmadita en la espalda y siguió caminando por Piccadilly.

—Mejor cojamos un coche de alquiler.

—Como quieras.

—¿Por qué no les has dicho quien eras en vez de darle el nombre que tomaste cuando dejaste Inglaterra? Seguro que si supiera tu título hubiera sido más amable —le comentó Michael cuando se sentaron en el carruaje.

—Quiero que mi padre sepa de mi presencia por mí y no por terceras personas. Tampoco quiero jovencitas persiguiéndome por mi título y dinero; aunque con ella no me hubiera desagradado, sino todo lo contrario.

—Sí, ya lo he visto. Te la estabas comiendo con la mirada, al igual que todos los hombres que se topan con ella.

Alex frunció el ceño sin darse cuenta e intentó cambiar de tema.

—Ahora que lo pienso, si voy a White's se descubrirá quién soy.

—Pues vayamos a casa de Charles a ver si está allí. Si no, lo esperaremos.

Michael se asomó por la ventanilla y le indicó al cochero el nuevo destino.

—Hoy por la noche podríamos ir al establecimiento de madame Dupree. Hace tiempo que no disfruto de compañía femenina —sugirió Alex.

—Yo no puedo. Tengo que asistir al baile de lady Clipton y Charles, seguramente, también irá. Disfruta por los dos.

—¿Desde cuándo frecuentas a esos aburridos bailes?

—Desde que yo necesito a una heredera y Charles persigue a lady Elizabeth.

—No puedo decir que Charles haya perdido su buen gusto —dijo Alex, con cierto disgusto.

—No, y si milady tuviera una buena dote yo también iría detrás de ella.

—No le hace falta. Con su belleza podría cazar a un caballero rico y librarse de cazafortunas como tú.

—Sí, una suerte para los cazafortunas como yo, que debemos conformarnos con damas poco agraciadas que necesitan una abundante dote para atraparnos.

Elizabeth buscaba, en la zona de refrescos, a alguien entre la multitud, un hombre alto de ojos grises, aunque sabía que era casi imposible que asistiera al baile. Cuando estuvo en la exposición, sin poder concentrarse en ella, le dio vueltas a su nombre en la cabeza, pues estaba segura que lo había escuchado en alguna parte. Tardó un tiempo en darse cuenta de que era el mismo del que había leído en las noticias del periódico, donde lo alababan por sus heroicidades en la guerra. Ella siempre lo había admirado y se había hecho una idea de cómo podría ser, pero jamás pensó que sería tan atractivo.

—¿En dónde tienes hoy la cabeza, Lizzie?

Elizabeth volvió a la realidad al oír la pregunta de su amiga Phoebe Wessit.

—En nada. Es que esta reunión es aburridísima.

—Ya, no empezará a animarse hasta que comience la música. Y tú ya tienes tu tarjeta de baile llena, ¿no?

—Ah... Sí, claro.

—Hoy estás más ausente de lo habitual. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente.

Phoebe fijó su vista en la zona cercana a la entrada.

—¡Ay! ¡Míralo! Cada día está más apuesto.

—¿Quién? —preguntó Elizabeth, abstraída.

—¿Quién va a ser? Lord Middelton.

—Ah.

—Se dirige hacia aquí. Está claro que quiere cortejarte. ¡Qué suerte tienes!

—Sí, mucha —dijo Elizabeth con sarcasmo, bebiendo un sorbo de su limonada.

—Lady Elizabeth Keswick, señorita Wessit.

Charles Paget, vizconde de Middelton, se inclinó ante ellas.

—¡Qué agradable verlo aquí, milord! —exclamó Phoebe.

—Sí. No podía rechazar la invitación —y, mirando fijamente a Elizabeth, dijo—: debo confesarle, milady, que esta noche está realmente hermosa.

—Gracias, lord Middelton.

—¿Se acuerda de mi petición de concederme todos los vals de esta semana?

—Si no recuerdo mal, no me lo pidió, me lo exigió mediante un chantaje —replicó Elizabeth, riendo.

Lo cierto es que le gustaba la compañía del vizconde. Era muy galante, su ropa estaba perfectamente tallada; su pelo, impecablemente cortado y arreglado, iba a la moda. Sus rasgos, armoniosos y delicados, y sus modales de perfecto caballero eran tan... perfectos. Todo en él era perfecto. Ése era el problema. Elizabeth no veía nada especial en él. Sentía lo mismo que cuando miraba un cuadro. Podía admirar su belleza, pero no se sentía atraída. Podía tenerlo muy cerca y no habría ninguna reacción en ella, ningún estremecimiento, como le había ocurrido esa tarde con el comandante.

—En realidad, le concedí un favor y yo le pedí otro a cambio.

—Es cierto que usted me salvó del desagradable señor Downes al apartarme de él, inventando una excusa. Pero no fue muy correcto por su parte pedirme la recompensa de bailar cada noche un vals con usted.

—No soy tan tonto como para desaprovechar una oportunidad como ésta.

Elizabeth no pudo evitar seguir riéndose.

—Por lo menos es un buen bailarín.

—Y, si no lo fuera, contrataría a un profesor de baile. Jamás me permitiría pisarla.

Las primeras notas de un minué sonaron en el salón de baile.

—Si me excusan, tengo que ir al salón a encontrarme con mi compañero de baile.

Phoebe decidió acompañarla y, antes de que se marcharan, lord Middelton añadió:

—La veré en el vals. Y si se esconde la encontraré, no lo dude.

—No lo dudo, milord. Tranquilo, me mantendré a la vista.

Middelton le guiñó un ojo y se dirigió al salón de juegos.

El salón estaba abarrotado con los invitados masculinos. Era su pequeño santuario donde podían relajarse, esconderse entre copas, cigarrillos y cartas y a la vez cumplir con su pape en la sociedad. El conde de Middelton se acercó a una mesa con pasos decididos.

—No esperaba verte aquí, Mike. ¿No deberías estar en la pista de baile adulando a las debutantes? —dijo Charles.

Michael levantó la cabeza de sus cartas para mirar a su amigo.

—Lo haré después. Ya me han concedido tres bailes pero son los del final de la velada, y no veía razón para no ganarme unas libras mientras.

Y era cierto, Michael estaba ganando la partida y ya tenía acumulada una buena cantidad.

Gracias a las partidas de cartas, el barón sacaba un poco de dinero para sus deudas, pero aun así no era suficiente. Al acabar la partida, recogió sus ganancias y se reunió con su amigo para tomar una copa.

—¿Ya has visto a lady Elizabeth?

—Sí. Está tan hermosa como siempre.

—En efecto, es muy atractiva pero, ¿no es muy fría?

—Eso es porque ha recibido una educación estricta, como todas las damas de su clase. Necesita confianza para poder mostrar su verdadero carácter.

—Anda ilusionando a todos los caballeros adinerados, pero no se decide por ninguno. Se dice que ya ha rechazado a tres hombres que le pidieron su mano.

—Es su primera temporada. No tiene ninguna prisa por aceptar las primeras proposiciones que reciba.

—Sólo espero que tú no seas otro de esos jovencitos ilusionados que piensan que sus atenciones van a ser correspondidas —dijo Michael, ignorando el mal gesto de Charles, y continuó—. Ésta no es una mujer mundana. No te vas a librar de ella con un collar de diamantes cuando tengas saciada tu lujuria y se acabe tu obsesión por ella.

—Ya lo sé, no hace falta que me lo recuerdes. Además, puede que esta vez sea especial.

—Porque estás enamorado, ¿no?

—Exacto.

—No sabía que un hombre podía enamorarse unas veinte veces a lo largo de su vida. Eso es lo que causa el leer poesía en exceso, como es tu caso.

—Puede que antes me equivocara y esta vez sea de verdad.

—Eso dices siempre. ¿Qué diferencia hay ahora? —Al ver una expresión dubitativa en el rostro de su amigo, y que empezaba a abrir la boca para contestar, Michael levantó la mano para acallarlo—. Tú sólo piensa en ello y ten cuidado con lady Elizabeth.

Una vez dicho esto, Charles y Michael se dirigieron al salón de baile para cumplir con sus respectivas parejas.

Capítulo 3

Alexander cabalgaba por Hyde Park, aprovechando que a esas horas estaba desierto. Tras pasar unas horas en la casa de madame Dupree y disfrutar de los servicios de una de sus muchachas, regresó a su casa pero, una vez allí, no sabía qué hacer. Se sentía abrumado y en las últimas semanas había decidido dormir lo menos posible, pues en sus sueños se abarrotaban las imágenes de su vida como soldado. Así que cogió uno de sus purasangres, que había permanecido encerrado todos estos años en su establo de la ciudad, y salió a dar un paseo con él. Justo en el instante en que se preguntaba cuándo volvería a ver a lady Elizabeth, divisó a un jinete cabalgando a una velocidad temeraria, y a esa distancia pudo distinguir que se trataba de una mujer. Temiendo que se encontrara en algún apuro, instó a su caballo a ir en pos de ella.

Elizabeth se había levantado, como siempre, a las seis de la mañana para dar su paseo matutino por Hyde Park, tener espacio para galopar y no sentir las miradas desaprobatorias de la sociedad. Iba a la velocidad que a ella le gustaba porque en esos momentos se sentía libre. Cuando sintió la presencia de otro jinete acercándosele, se giró un poco. Al verlo dirigirse hacia ella, desconfiada, incitó a su yegua a correr más rápido. Estaba llegando al final del campo abierto. La única opción era meterse entre los árboles, pero como no conocía esa zona, pensó que sería menos peligroso enfrentarse a aquel desconocido. Además, ella nunca se había caracterizado por acobardarse ante nada. De modo que tiró de las riendas para frenar en seco a su montura.

—¡Estás loca! ¿Es que quieres matarte? —Le gritó el anónimo jinete, que ahora ya no lo era, pues al tenerlo a esa distancia, podía reconocerlo—. Al principio pensé que podías tener problemas con el animal, pero después vi cómo lo acelerabas voluntariamente. ¿Es que eres tan insensata que quieres romperte tu bonito cuello?

—Creo que se está extralimitando, señor —dijo ofendida al ver que la trataba con tanta familiaridad—. Usted no tiene derecho a hablarme de esa manera, y no puede decirme lo que debo y no debo hacer. Y, para su información, llevo montando a caballo desde que tenía seis años. Soy lo bastante mayorcita para saber cuáles son mis límites, y galopar por Hyde Park no es uno de ellos.

Ambos se miraron con rabia durante escasos segundos, que a Elizabeth le parecieron una eternidad, hasta que él habló de nuevo.

—Ya que no piensa en su seguridad, por lo menos piense en la de los demás. Estamos es un parque público y, aunque a estas horas no hay nadie, podría encontrarse con algún despistado y causarle un grave daño.

—Puede que se haya pasado años en la guerra dando órdenes a sus soldados, pero yo no soy uno de ellos. Así que deje de reprenderme.

—Nunca podría compararla con uno de ellos. Mis hombres eran disciplinados, responsables, con mucho más sentido común que usted.

Elizabeth giró a su yegua y se dirigió hacia la salida del parque. Estaba segura de que, si seguía teniendo a ese hombre en su presencia, perdería el poco autocontrol que le quedaba para no insultarlo a la cara. Entonces, sintió que él escoltaba sus pasos.

—¿Le importaría ir por otro camino? —Le preguntó Elizabeth, cada vez más tensa.

—¿Tanto le molesta mi compañía?

—Sí.

—Sólo quiero asegurarme de que no vuelve a cometer ninguna imprudencia. Además, no veo a ningún mozo con vos.

¿Qué mozo? ¿El que se fue cuando vendieron el carruaje y los caballos de tiro? Ahora sólo tenían dos caballos y para eso no necesitaban mozo alguno. Eso sí, tampoco hubieran podido permitirse pagarle el sueldo.

—Suelo cabalgar sola para que nadie me moleste y, tranquilizaos, ya he cabalgado bastante por hoy. Ahora me apetece volver al paso.

—Siempre hace lo que se le antoja sin medir las consecuencias, ¿verdad? No me sorprende. Las mujeres como vos siempre han sido unas consentidas.

—¿Las mujeres como yo? ¿Consentida? —Ahora Elizabeth había levantado, considerablemente, el tono de voz y había vuelto a parar a su yegua—. ¡No me conoce en absoluto! No sabe cómo soy. No puede compararme con otras mujeres y, encima, insultarme.

—Sólo digo lo que es evidente.

—También es evidente que es usted un grosero, un maleducado y un pretencioso, pero no lo he dicho.

Para su sorpresa, el comandante estalló en carcajadas.

—Tiene usted carácter, lady Elizabeth.

—¿Tanto como el resto de las de mi clase?

—No. Al parecer, es usted única.

El caballero le dirigió una sonrisa tan sincera e irresistible, que Elizabeth no pudo evitar corresponderle con otra y olvidar por completo que hace apenas unos segundos quería estrangularlo.

—¿Le gustaría acompañarme en mi paseo, milady? Aún no quiero volver a casa. Sería un desperdicio no aprovechar bien la oportunidad de disfrutar del parque, ahora que está vacío; y también desearía empezar de nuevo y corregir este segundo encuentro.

—Está bien. A mí también me gustaría gozar de la situación del parque.

Pero el comandante, sorprendiéndola de nuevo, desmontó y se ofreció a ayudarla a bajar.

—Sería mejor que dejásemos descansar a nuestras monturas.

Elizabeth no tuvo tiempo de contestar. El señor Gryf la agarró de la cintura y la ayudó a bajar muy despacio, dejando que se deslizara, rozando su fuerte cuerpo. Cuando ya tenía los pies en el suelo, no la soltó y clavó la mirada en los ojos de ella. Elizabeth se volvió a sentir hipnotizada e incapaz de moverse. La mirada gris de Alex bajó hasta sus labios y ella pudo ver el deseo en los ojos de él, haciendo que se estremeciera y su corazón latiera con más rapidez. Dando un paso atrás con todas sus fuerzas, se alejó de sus brazos y cogió las riendas de la yegua. Empezó a caminar, ignorando sus temblores.

—No sabía que las damas se levantaran tan temprano para montar así.

—Pensé que ya estábamos de acuerdo en que no me compararía con otras mujeres.

—Le pido disculpas. No sé cómo hablar con vos. Llevo mucho tiempo sin conversar con una dama y, además, usted no es como el resto de las que conozco.

—No, para desgracia de mi padre no soy la perfecta dama inglesa.

—Será un inconveniente para su padre, pero seguro que no lo es para muchos caballeros. Sois como un soplo de aire fresco.

—¿Es eso un cumplido, señor?

Elizabeth puso en práctica, como acostumbraba, todas sus armas de seducción. Le dedicó una sonrisa cautivadora y pestañeó, atrayendo la atención a sus ojos.

—Sí, aunque creo que no los necesitáis. Seguramente habéis recibido muchos mejores. Debéis

perdonarme. Estoy desentrenado.

—Por ese motivo sus cumplidos poseen más valor, y más aún si cambian la opinión que teníais de mí —dijo, enlazando su brazo izquierdo al de Alex con toda la normalidad del mundo, como si él se lo hubiera ofrecido—, y si a eso le añadimos que procede de un valiente soldado como vos, me siento muy honrada.

—Sabéis muy bien cómo elevarle el ego a un hombre, milady —respondió Alex y, aproximándose a ella, le susurró al oído—: Yo en su lugar dejaría de coquetear conmigo. No soy todo un caballero, y podría tomarme unas libertades a las que no tengo derecho. De modo que le pido que sea más natural, que me grite y me insulte como antes, que sea más fría y distante.

—No sé si ya le he dicho que no me gusta que me den órdenes y me digan qué puedo y no puedo hacer. Basta con decirme eso para que me empeñe en hacer lo contrario.

—Ya vuelve a ser una irresponsable. No creo que sea consciente de que está jugando con fuego. No soy un hombre al que se pueda controlar.

—¿Qué pasa si yo quiero jugar con fuego? ¿Y más con un hombre como vos?

Elizabeth soltó las riendas y le acarició su musculoso brazo. Sentía un gran placer al tocarlo, aunque los separaban las telas de las ropas. Ella se decía a sí misma que sólo lo hacía para desafiarlo y no por el placer que experimentaba al tocarlo. Él soltó también sus riendas y le agarró la mano, deteniéndola.

—Se va a quemar, milady —dijo, mientras le quitaba el guante y acercaba la mano de Elizabeth a sus labios para besarle la palma.

—Estoy segura de que no me quemaré.

Su voz era apenas audible.

—Yo no estaría tan seguro —susurró él contra su piel.

—Me conozco lo suficientemente bien como para saber...

No terminó de hablar porque los labios del comandante estaban sobre los suyos. Instintivamente, llevó las manos hacia su pecho para empujarlo, pero no pudo ejercer ninguna fuerza. Los labios de él, tan suaves y embriagadores, la estaban embrujando. Sus manos recorrieron la espalda de Elizabeth y, poco a poco, fueron acercándola hacia él hasta que no hubo distancia alguna entre ellos. En vez de sentirse intimidada ante lo que ocurría, Elizabeth vibraba de excitación. Ahora la lengua del comandante le lamía los labios, invitándolos a que se abrieran aún más para él, y ella lo hizo inconscientemente. Entonces, su lengua acarició la del comandante y no pudo evitar soltar un gemido de placer y apretarse aún más, agarrándose con fuerza a las solapas de su chaqueta.

Sentía que las piernas no la sostendrían mucho más porque le parecía que se habían vuelto de gelatina. Después de dos impresionantes minutos de beso, él separó su boca de la suya y comenzó a besarla por la mandíbula, para ir bajando por su cuello.

—Quizá vos no os queméis, pero yo estoy ardiendo —susurró, dándole pequeños mordiscos en el lóbulo de la oreja—. Hum... Elizabeth, eres deliciosa.

Elizabeth tenía la mente nublada, pero oyó sus palabras y se fue despertando. ¿La había llamado por su nombre? Si alguien le oía... ¿Dónde había dejado su cordura? Se estaba preocupando de que le oyeran utilizar su nombre y no de que la besara en medio de un parque público. ¿En qué estaba pensando? Ése era el problema, que con ese hombre cerca no podía pensar con claridad. Notó como la mano de él estaba subiendo hacia su pecho, lo que fue otro incentivo para devolverla a la realidad.

—No le he dado permiso para utilizar mi nombre, señor Gryf.

Él se incorporó de golpe para mirarla. Vio un enorme deseo en sus ojos y supuso que lo

mismo se vería en los suyos, pero dejó de acariciarla.

—No, aunque tampoco he pedido permiso para besarla. Lo he hecho y bien que le ha gustado. Era justo lo que necesitaba para salir definitivamente de su nube de pasión.

—¿Cómo puede estar tan seguro? Es usted un hombre demasiado arrogante.

—Ahora resulta que soy grosero, maleducado, pretencioso y arrogante. ¿Qué más? Continúe, por favor.

—No seguiré, porque me iré ahora mismo.

Subió a su yegua y, cuando estaba a punto de marcharse, Alex dijo:

—Veo que va a hacerme caso.

—¿Perdone?

—Que va a hacerme caso. No seguiré jugando con fuego. Me parece excelente que acabe haciendo lo que le aconsejé aunque, sinceramente, la creía más valiente.

—¿Quién le ha dicho que no voy a seguir jugando? Puede intimidarme tanto como quiera, pero este juego aún no ha terminado.

—En ese caso, esperaré ansioso nuestra próxima partida.

Le hizo una pequeña reverencia y Elizabeth se fue.

—¡Maldición!

Aún no entendía por qué la había desafiado en vez de dejarla marchar y no verla nunca más. Sólo sabía que quería volver a besarla y por eso no pudo evitar decirle aquello. Aunque su cabeza le pedía a gritos que la dejase ir, ese beso lo había vuelto loco de deseo. No debió hacerlo. Sólo había intentado asustarla, pero cuando la probó quedó extasiado con su sabor. Menos mal que la muchacha había tenido más sangre fría y pudo frenarlo, si no la habría tumbado en el suelo, le habría levantado su vestido y la habría tomado allí mismo, en mitad de Hyde Park. Había perdido el control por completo por culpa de una simple jovencita. Aunque debía admitir que tan simple no era. Tenía unos ojos celestes preciosos y su cabello, bajo el sol, refulgía como el oro. Lo que hubiera dado por soltarlo y deslizar los dedos entre sus mechones. Sus labios eran irresistiblemente carnosos, con el inferior más abultado, y sus pechos casi no le cabían en las manos.

—¡Diablos! —volvió a maldecir Alex, al darse cuenta de que le resultaría doloroso cabalgar en su estado. Otra cosa más de la que culpar a la atractiva lady Elizabeth.

Capítulo 4

Unas horas más tarde, Alexander estaba en el salón de su casa, mirando fijamente su copa mientras escuchaba las voces de sus amigos sin concentrarse en lo que decían.

—Alex, ¿dónde diablos estás? —Le dijo Charles para devolverlo a la realidad.

—Perdonad, estaba sumido en mis pensamientos.

—¿Y cuáles son éstos para tenerte tan abstraído?

—Creo que mañana visitaré a su excelencia. Ya es hora de que el marqués de Glenmore dé la cara y asuma sus responsabilidades.

La verdad es que en ese momento Alexander estaba pensando en la reacción de lady Elizabeth cuando supiera quién era realmente. Si seguiría coqueteando con él por el desafío o, como el resto de las damas que ambicionan su dinero y su título, para atraparlo en el matrimonio.

—Seguro que tu padre se alegrará al verte de regreso.

—Ahora querrá volver a tenerme bajo su control.

—Siempre puedes avergonzarlo de tal modo que te acabe repudiando —bromeó Michael.

—Es una buena idea.

—¡Por Dios, Alex, no le hagas caso! No es para tanto. Ahora ya eres un hombre con experiencia. No creo que tu padre vuelva a ponerse tan autoritario; y quizás, después de haberse preocupado por tu vida durante estos cuatro años, ahora esté arrepentido.

Como siempre, Charles era el más optimista.

—Estoy seguro de que no va a cambiar, y mucho menos de que está arrepentido.

Alex no se equivocaba, como comprobaría al día siguiente.

Se levantó temprano para ir a Kinstong House, la residencia del duque en la ciudad. Su ayuda de cámara lo había afeitado y le había cortado el pelo. Aunque se había opuesto a echarse algún producto para fijar su cabello y ahora unos mechones rebeldes le caían sobre la frente, llevaba puestas las ropas nuevas que le había traído el sastre esa misma mañana: pantalones de ante marrón, chaleco a juego. La camisa blanca contrastaba con la chaqueta negra, del mismo color que sus botas que le llegaban hasta la rodilla. Para rematar el atuendo llevaba un pañuelo perfectamente anudado al cuello. Llamó a la puerta del despacho de su padre y la abrió sin esperar respuesta, pues le había pedido al mayordomo que no lo anunciase. El duque estaba sentado tras una gran mesa de caoba, escribiendo en unos papeles. Tenía el pelo blanco, antaño del mismo color que el de su hijo, y unas gafas diminutas ocultaban las pequeñas arrugas que había en torno a sus ojos castaños. El resto de su cuerpo no delataba los sesenta años que tenía. Era tan alto como el marqués, pero un poco más delgado.

—Si es alguna visita, dígame que no estoy, Kepys.

Como no había levantado la cabeza de sus documentos, el duque aún no sabía que quien acababa de entrar al despacho no era su mayordomo.

—En ese caso, volveré en otro momento.

Henry Randolph, duque de Kinstong, dejó la pluma en el tintero y levantó despacio la cabeza para mirar al recién llegado. Su rostro reflejó sorpresa durante un instante, pero fue apenas un segundo, pues su excelencia era famoso por no mostrar nunca ningún tipo de emoción. Esto era algo que Alex siempre había detestado y había procurado cambiar durante muchos años, pero por más que se esforzaba en ser el hijo perfecto, nunca notó alegría en su padre. Ni siquiera cuando intentaba contrariarlo, éste levantaba la voz. Siempre tenía una mirada fría, distante; y jamás había en sus labios un atisbo de sonrisa. Alexander llegó incluso a pensar que ni siquiera sabía sonreír.

—Hola, padre.

Se acercó al escritorio y se detuvo frente a él.

Su padre lo miró de arriba abajo, volvió a coger su pluma y siguió con los documentos como si, en lugar de haber estado cuatro años sin ver a su hijo, lo hubiera visto ayer. Alex se sentó, sin sorprenderse por su falta de entusiasmo.

—¿Cuándo llegaste?

—Hace dos días.

—Supongo que no tendrás ninguna excusa plausible que explique que hayas tardado dos días en presentarte ante mí.

—No, ninguna.

—Veo que todavía sigues siendo un muchacho irresponsable.

—Parece que sí.

—Espero que después de tu período de estupidez, asumas como es debido las responsabilidades de tu título. Me he encargado personalmente de administrar tus propiedades en tu ausencia, pero ahora lo harás tú. Y ocuparás tu puesto en la Cámara de los Lores. ¿Queda claro?

—Sí, excelencia.

—Aunque todavía no sé si estarás preparado para ello.

—Si tan inútil me creéis, seguid vos con la carga —dijo enarcando una ceja.

—No, lo harás tú. Al fin y al cabo, son tus propiedades. Y si fracasas será problema tuyo.

—Exacto —dijo con desdén—. Mis tierras, mis problemas.

El duque, al oír el tono de su hijo, volvió a mirarlo.

—¿Acabas de llegar y ya quieres discutir?

—No, excelencia —contesto rápidamente, con resignación, sabiendo que decir algo más solo lo llevaría a una discusión sin sentido como las que habían tenido durante años con su padre, y si estaba allí era para intentar hacer las cosas a su manera.

—Bien, llamaré a mi secretario y le diré que te ponga al corriente, porque asumo que aún no habrás contratado a nadie que se encargue de tus negocios, ¿cierto?

—Cierto.

—Deberías empezar a buscar uno enseguida.

—Lo tendré en cuenta.

—Puesto que la sociedad todavía no sabe de tu presencia en Londres, aún no has recibido ninguna invitación. ¿Me equivoco?

—No.

—En ese caso, vendrás conmigo a la cena de lord Rowland —lo anunció sin darle opción a réplica—. Iremos juntos, así que estate aquí a las siete en punto. Volveremos a presentarte en sociedad y mañana te llegarán las invitaciones.

Alex resopló. No se podía imaginar algo más aburrido que las cenas de lord Rowland. Y, si mal no recordaba, sus hijas ahora estaban en edad casadera.

—Y quiero que tu aspecto y tu actitud sean impecables.

—Sí, excelencia.

—Eso es todo —lo despachó sin miramientos, como si no hubieran pasado años desde la última vez que lo vio—. Te veré esta noche.

Cuando Alex salía de la casa, se preguntó si su padre alguna vez llegaría a sentir cierto cariño por él.

—Hoy tu doncella se ha superado a sí misma, Lizzie. ¡Estás preciosa! Me encanta tu peinado.

—Gracias, Phoebe.

Elizabeth llevaba un vestido blanco de corte imperio, como todas las debutantes, con perlas cosidas en el escote. Sus hombros estaban al descubierto y algunos tirabuzones rubios le caían por la espalda. En el pelo no llevaba más que unas perlas, ya que todas las joyas de la familia se habían vendido.

Atraía las miradas envidiosas de las damas y la admiración de los caballeros, pero en lo único que podía pensar era en el comandante. Y para ser más precisos, en su beso.

Nunca la habían besado así.

Estaba acostumbrada a apartar la cara cuando veía la intención de sus pretendientes, pero con él no pudo reaccionar. Su cuerpo lo anhelaba por completo y no sabía por qué. Nunca antes había experimentado esas emociones y no le gustaba nada. Ella siempre había tenido el control de todo y ahora esta situación se le escapaba de las manos.

—¿Cuál es el motivo de este murmullo? Todos los presentes están agitados. ¿Qué está pasando? —Le susurró Phoebe.

Elizabeth miró a su alrededor. Era cierto. Todos decían algo en voz baja a sus acompañantes y sus caras mostraban sorpresa.

—No sé, vayamos a ver.

Elizabeth agarró a su compañera y ambas se acercaron al recibidor, hacia donde toda la recepción dirigía sus ojos.

—¿Quién es ese hombre que está saludando a los Rowland? —Preguntó Phoebe.

—No lo sé, nos da la espalda.

Además, Elizabeth no veía bien de lejos sin sus gafas.

—¡Y qué espalda! —Exclamó Phoebe.

Elizabeth se rió a carcajadas. Le encantaba que su amiga dijese siempre lo que pensaba, pero su diversión duró poco. Dejó de reír en cuanto el caballero se giró. Estaba lejos para que Elizabeth pudiese ver su rostro con claridad, pero...

—Hay algo que me resulta familiar en él —susurró.

—¿Ah, sí? —Phoebe la miró con desconcierto—. No lo he visto en toda la temporada.

—Me recuerda a alguien pero... No, es una locura, no puede ser.

—¿El qué?

—No es nada.

«Me estoy obsesionando. Eso es lo que me pasa», se dijo Elizabeth. Veía el rostro de Alexander en todas partes.

—Es el hijo pródigo —dijo la señora Grothan, que se había acercado a ellas. Era una matrona grande, una de las mayores cotillas de Londres.

—¿Quién? —dijeron ambas al unísono.

—El marqués de Glenmore, hijo del duque de Kinstong. Al parecer ha vuelto, aunque no se sabe con seguridad de dónde. Oficialmente se dice que estuvo en la península y luego siguió luchando contra los franceses, pero lo cierto es que todo el mundo lo duda. Nunca se mencionó su nombre en el campo de batalla. Se rumorea que estuvo en el Caribe, disfrutando de una vida de libertinaje.

Elizabeth no lo dudaba. Seguro que ese hombre, siendo hijo de un acaudalado duque nunca había pasado dificultades, si había estado en el ejército lo más seguro es que hubiera comprado una comisión para poder ser un oficial con pocas posibilidades para pisar el campo de batalla.

Tenía la esperanza de que tardara más en llegar. La verdad es que rezaba para que nunca

volviese. Aún no estaba preparada para enfrentarse a él.

Se giró y buscó un sitio donde no la encontrase.

—¿Adónde vas? —Le preguntó Phoebe al ver su apuro.

—A esconderme.

Aún no podía creerse que estuviera allí rodeado de la flor y nata de la sociedad. Hacía cuatro años que no había acudido a una recepción como ésta y, sinceramente, no había echado de menos a esa carroña.

—Excelencia, lord Glenmore —murmuraban los asistentes cuando pasaban ante él, haciendo una exagerada reverencia.

Su padre le presentó a unas cuantas personas y Alexander mantuvo breves conversaciones triviales con algunas, pero no dejaba de echar un vistazo a la sala de vez en cuando, buscando una cabecita rubia.

—¿Buscas a alguien?

Iba a tener que disimular más, pues hasta su padre se había dado cuenta.

—No —mintió

—¿Te has fijado en las damas presentes?

Así que por eso su padre quería que lo invitaran a esas aburridas reuniones.

—No les he prestado atención.

—Pues ve empezando.

—Acabo de llegar y todavía soy joven. No tanto como cuando me marché, pero aún lo soy para el matrimonio —dijo secamente.

—Cuanto antes te cases y tengas hijos, mejor. No quiero arriesgarme a que te vuelvas a marchar y hagas alguna locura que ponga en peligro tu vida. Desde hace más de dos siglos el ducado ha ido de padre a hijo y tú no vas a cambiar eso.

—Qué idiota he sido todos estos años haciendo algo por mi país, cuando mi única utilidad en la vida es que procreé, creando descendencia dentro del matrimonio.

El duque ignoró su sarcasmo y continuó:

—Quiero que te encargues de una vez del marquesado y también del ducado, cuando yo ya no esté. Mientras tanto, bien podrías ocuparte de traer más Randolphys a este mundo. Estoy seguro de que incluso tú serás capaz de hacerlo.

—Es una pena que no tuvierais más hijos. Así no me agobiaríais tanto.

Ambos se miraron fijamente. El duque lo había ofendido al referirse a él como un inútil, y él había mencionado un tema que para su padre era tabú. La madre de Alexander había muerto al darle a luz, y su padre había esperado el luto de rigor para casarse nuevamente con una mujer quince años más joven que él. Por desgracia, la nueva esposa del duque resultó ser estéril, en cinco años de matrimonio nunca se quedó embarazada. El duque jamás mostró aprecio por su joven esposa, haciéndola buscar consuelo en los brazos de su amante y cuando su excelencia prohibió la relación, se fugaron a Italia. El duque, para acallar los rumores, dijo que su esposa había ido a visitar a su abuela italiana, a la que se sentía muy unida, para pasar con ella los últimos años de su vida. De aquel episodio habían transcurrido más de diez años, pero nadie se atrevía a preguntarle al duque por su mujer.

—Acabo de ver a alguien a quien deberías conocer —le dijo el duque, que ya empezaba a moverse.

Alexander lo siguió y ambos se dirigieron al otro lado del salón.

Elizabeth y Phoebe estaban cerca de las puertas de la terraza, ocultas tras unas plantas.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Estás aquí ocultándote del marqués de Glenmore?

—Exacto.

—Pero, ¿por qué? —Preguntó Phoebe intrigada.

—Es una larga historia y no es de las que se puedan contar por ahí.

—¿No confías en mí?

—Esto... —fijó la mirada en Phoebe con inseguridad.

La conocía desde hacía muchos años, gracias a la amistad que habían mantenido sus madres cuando eran jóvenes, pero su relación se había estrechado durante los últimos meses. Al contrario que el resto de las mujeres de su edad, Phoebe no era superficial, la hacía reír y no chismorreaba sobre los demás con malicia. Era una persona en la que se podía confiar.

—De acuerdo —dijo Elizabeth finalmente—, ven mañana a tomar el té a mi casa y te lo contaré todo, pero ahora márchate. Estas plantas no nos pueden ocultar a las dos.

—Sea lo que sea por lo que te estás ocultando, jamás pensé que harías algo tan cobarde.

—¿Perdona?

No sabía quien estaba más sorprendida por la actitud de su amiga.

—Siempre has sido muy valiente y orgullosa, has caminado con la cabeza bien alta, ¿y ahora te escondes detrás de unas plantas por un hombre, temblando de miedo?

—¡Yo no tengo miedo! —Exclamó ofendida.

—Entonces, no te escondas.

Elizabeth se quedó pensando en ello durante unos segundos. La verdad es que era patético. Jamás había huido de nada, y menos iba a empezar a hacerlo ahora por culpa de un crápula como el marqués.

—Tienes razón —dijo al fin.

Ambas salieron de su escondrijo y se reunieron con el resto de los asistentes.

—Además, no sé si te habías dado cuenta, pero por su rango, el marqués es quien debe acompañarte a la mesa.

Ella era la hija de un duque al igual que él.

—¡Maldición, no había pensado en ello!

Su amiga se rió ante un comentario tan poco femenino como ése, que demostraba que Elizabeth había perdido por completo su compostura. De pronto, la miró con seriedad y le habló muy bajo al darse cuenta de quienes se encaminaban hacia donde ellas se encontraban.

—¿A que no adivinas quiénes vienen hacia aquí?

—Con mi buena suerte, el duque y el marqués.

—En efecto.

Elizabeth respiró hondo tres veces antes de volverse y quedarse sin respiración. El hombre que acompañaba al duque era muy parecido al señor Gryf. No, no es que se le pareciera, ¡es que era el mismísimo comandante!

—Lady Elizabeth.

Ésta pudo reaccionar y hacerle una perfecta reverencia al duque.

—¿Cómo está usted, excelencia?

—Muy bien, gracias. ¿Y vuestro padre?

—También goza de excelente salud —dijo ella cordial pero sin dejar de sentir la mirada del marqués sobre ella.

—¿No os ha acompañado?

—No, tuvo que ir hace dos días a Handquenfield Park por un asunto que requería de su

presencia.

—Creo que aún no le han presentado a mi hijo. Lady Elizabeth Keswick, le presento a mi hijo Alexander Randolph, marqués de Glenmore.

Elizabeth hizo una reverencia, y cuando se incorporó, aún seguía mirando al suelo. Algo completamente ajeno a su carácter directo, pero se sentía contrariada y enfadada.

Por su parte, Alexander cogió su mano, se inclinó ante ella y la besó. Aunque esta vez ambos llevaban guantes, ella volvió a estremecerse.

—Lady Elizabeth.

Al oír su tono risueño, levantó la cabeza y le observó atentamente. Parecía regocijarse ante su incomodidad, y eso la puso aún más furiosa. Ese hombre la había engañado. ¡Se había presentado con otro nombre! Llevaba años detestándolo al imaginarlo como su futuro marido y ahora, se encontraba con que ¡lo había besado!

Intentó controlarse. ¿Sabría ya que estaban prometidos y lo había planeado todo?

Un lacayo interrumpió sus pensamientos, anunciando la cena.

—Creo que tengo el honor de acompañarla, milady.

Alexander le ofreció el brazo con una encantadora sonrisa y Elizabeth lo aceptó sin devolvérsela. Apenas apoyó la mano sobre su brazo, intentando tocarle lo menos posible.

El marqués estaba más irresistible que nunca. Su atuendo era de un negro riguroso, a excepción de su camisa, el pañuelo y los guantes blancos. Se había cortado el pelo y afeitado, lo que dejaba al descubierto su fuerte mandíbula. Unos mechones azabaches le caían sobre la frente, y Elizabeth tuvo que reprimir el impulso de apartárselos y comprobar si eran tan suaves al tacto como parecían.

—Veo que sabe disimular muy bien su asombro —dijo él empezando una conversación que probablemente no acabaría bien.

—No debería asombrarme que, un caballero como vos, me haya mentido. Seguro que no soy la primera a la que engaña.

—Si os reconforta saberlo, he engañado a casi todo el mundo. Alexander Gryf fue el nombre que me puse cuando ingresé como soldado en el ejército de Su Majestad. Lo hice para huir de la sombra de mi padre. Cuando la conocí, es el nombre que usé, porque no deseaba que nadie supiera de mi regreso.

—¿Entonces, el comandante Gryf es usted? —Preguntó incrédula.

—Sí, durante cuatro años lo fui. Ahora, para mi desgracia, sólo soy el marqués de Glenmore, heredero del ducado de Kinstong —dijo, sonriendo con amargura.

—No tiene por qué darme ninguna explicación —repuso Elizabeth.

Entraron en el salón del brazo. Se acercaron a la mesa, donde varios comensales ya habían tomado asiento, un instante después Glenmore le apartaba la silla para que se sentara.

—No, pero deseaba hacerlo. No quiero que haya malentendidos entre nosotros, Elizabeth.

Estaba a punto de reprenderlo por utilizar su nombre con esa familiaridad, cuando el resto de los invitados se sentaron a la mesa y no tuvo oportunidad.

Durante la cena, Elizabeth evitó dirigirle la palabra. Su cercanía la ponía nerviosa y se sentía incómoda, así que entabló conversación con el hombre sentado a su izquierda, ignorando al marqués por completo. Eso no significaba que no sintiera sus intensos ojos grises clavados en ella durante toda la velada.

Capítulo 5

—¿Dónde estuviste ayer? —Preguntó Michael.

—En la cena de lord Rowland.

—Así que su excelencia ya te introdujo de nuevo en nuestra querida sociedad.

—Sí, ¿y sabes lo mejor?

Alexander y Michael estaban en White's, tomando una copa, fumando y jugando a las cartas, mientras esperaban a Charles.

—Siendo como es tu padre, me puedo esperar cualquier cosa.

—Quiere que me case de inmediato, que traiga más Randolphs al mundo.

—¿Por qué será que eso ya me suena? —Se miraron significativamente—. Sigo sin entender por qué le corre tanta prisa. Que me case yo porque necesite dinero, tiene su lógica, pero ¿tú? ¿Tanto le preocupa que tu virilidad deje de funcionar? ¿Acaso tienes alguna maldición en tu familia que no me hayas contado?

—Aparte de que todos mis antepasados poseen una frialdad insuperable, desconozco cualquier otra enfermedad hereditaria. Su prisa se debe a que sigue empeñado en ser él quien eduque a mi hijo, para no cometer los mismos errores que cometió conmigo.

—No tiene nada por lo que quejarse de ti, Alex, y lo sabes. Hagas lo que hagas, para él nunca será suficiente. Y no es porque lo hagas mal, sino porque está empeñado en ver defectos donde no los hay.

Alex bebió un largo trago y meditó sobre las palabras de su amigo. Este tipo de comentarios habían logrado que no se desanimara en Eton y empezase a reconocer que las exigencias de su padre no eran factibles.

—En momentos como éste soy capaz de ver lo único bueno de mi padre: que nunca me exigiera nada, ya que me ignoraba —dijo Michael.

Alexander permaneció en silencio, intentando no sacar el tema de su recién difunto padre. Éste había infligido un daño irreparable a su hijo, por no salir de la depresión al morir su esposa y pasarse quince años bebiendo. Durante todo ese tiempo, no hubo un solo día que no estuviera ebrio. De modo que Michael había pasado su niñez sin una figura paterna, viendo cómo su herencia se evaporaba en las manos de su destrozado padre. Al morir éste, Mike tuvo que cargar con sus enormes deudas y con la responsabilidad de recuperar la riqueza de los Castel, porque hacía unos cuantos años se había jurado no terminar nunca como su padre y enmendar sus errores. Alex se preguntaba si esa promesa no acabaría con él, pues estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de cumplirla.

—¿Cómo me voy a casar, asentar la cabeza, ocupar mi puesto en la Cámara, tener una familia, si sólo llevo aquí casi cuatro días y ya me siento encerrado?

—¿Insinúas que vas a volver a poner los pies en polvorosa?

—No, soy hijo de un duque. No puedo hacer nada para cambiarlo. Ya nací con responsabilidades, me guste o no. Del mismo modo que si fuese el hijo de un granjero, tendría que trabajar para ganarme la vida.

—¡Es impresionante ver con qué filosofía te tomas ahora la vida! Parece que has madurado y todo.

—Quizás tanto como para casarme.

Y así, cuando llegó Charles, los encontró riendo.

—¿Estás prometida con el marqués de Glenmore!

Phoebe llevaba media hora en el salón del duque de Handquenfield, tomando el té y esperando a que su amiga le explicase su extraño comportamiento en la velada anterior. Nunca pensó que le haría tal confesión.

—Yo tenía trece años y él apenas diecinueve. Me enteré unos meses después, pero creo que él todavía no lo sabe.

—¿Qué trato más raro hizo tu padre!

—No es extraño que se utilice a las hijas como moneda de cambio.

Phoebe asintió tristemente. Ambas se quedaron en silencio hasta el inesperado comentario de Phoebe.

—¿Y qué tiene de malo casarse con el marqués?

¿Qué había de malo en ello? Aparte de que ya le había mentido, estaba claro que Glenmore era un hombre imposible de manipular y que ella se estremecía con sus besos. Si Elizabeth se llegaba a casar, tenía muy claro que iba a ser con un hombre por el que no sintiera nada, para que esos sentimientos no se volvieran en su contra. No quería ser débil, sino que su esposo fuera maleable y le permitiese mantener su independencia. No dejaría que ningún hombre la privase de ella. Por eso no quería enamorarse. No quería que su corazón le perteneciese a otro y quedar, de ese modo, encadenada a su merced. Estaba empezando a tener miedo de que el marqués pudiese llegar a ser su carcelero.

—Estoy segura de que Glenmore no sería el marido adecuado para mí.

—¿Ah, sí? Pues cualquiera lo diría, con las miraditas que os echabais anoche.

—¿Miraditas?

—Sí, miraditas. Aunque las tuyas eran disimuladas, las de él... ¡Te estaba comiendo con los ojos! Cualquiera podía verlo —para su consternación, Elizabeth sintió que se estaba sonrojando—. Parecía que ya os conocíais de antes. Aunque, claro, si vuestros padres eran viejos amigos supongo que os veríais a menudo. ¿Me equivoco?

—Nunca lo había conocido personalmente hasta hace poco. Es cierto que nos habían presentado antes de ayer, pero en total era la tercera vez que lo veía. Y, además, me lo presentaron con otro nombre.

—¿Qué extraño, ¿por qué no te dieron el auténtico?

—Aún no se había hecho pública su llegada y quería mantener el anonimato.

—Por curiosidad, ¿qué nombre te dio?

—Alexander Gryf.

Phoebe abrió los ojos de par en par y dejó apresuradamente la taza en la mesa. De no haber estado vacía, habría tirado todo su contenido, por la brusquedad con la que la depositó.

—¿El famoso comandante del que no paras de hablar? ¿Ese heroico soldado que tanto aparece en los periódicos y que tú admirabas profundamente?

—El mismo. Y, tranquila, ten por descontado que, de ahora en adelante, no lo nombraré.

—¿Y cómo te sientes al conocer al hombre que tanto admiras?

—Ya no le admiro, el comandante Gryf no regresó de Francia. Para mí el marqués y él no son la misma persona. Por favor, Phoebe, déjalo estar.

Agradeció que su amiga no siguiese con ello porque era incapaz de razonar claramente. No podía aceptar que el hombre por el que había guardado tanto rencor desde pequeña, y el hombre que había llegado a admirar tanto, fueran el mismo.

—Entonces, ¿vas a seguir buscando un hombre rico para pagar el préstamo y así no casarte con el marqués?

—Exacto, eso es lo que haré.

—¿Y si el marqués, cuando se entere del compromiso, está conforme?

—Confía en mí, no querrá casarse conmigo. Me encargaré de ello.

Su amiga la miró con suspicacia desde el asiento de enfrente.

—¿Qué estás tramando?

—Se me acaba de ocurrir un excelente plan.

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Sé lo que hago.

Pero Elizabeth sabía que estaba mintiendo.

—¿Tenemos que ir? —Preguntó Alex, casi gruñendo.

Charles, Alexander y Michael se encontraban desayunando en la casa del marqués.

—Sí, mi madre ha invitado a un gran número de damas. Necesito más caballeros para poder respirar un poco.

—Por mí, perfecto. Si tus invitadas están solteras y tienen considerables dotes, por supuesto.

—Como mínimo, tendrás tres herederas.

—En ese caso, cuenta conmigo.

—¿Y tú, Alex?

Éste se quedó pensativo, mirando su comida. La verdad es que no quería pasar cuatro días en la casa de campo de los Blackford, pero la posibilidad de que Elizabeth asistiera, lo atraía. Sabía que estaba complicando las cosas, persiguiendo a una dama virginal como ella, pero...

—Iré. Esta es la primera vez que pides ayuda para manejar a las damas pensé que eras todo un maestro, ¿acaso has perdido tu habilidad en estos años?

Michael sonrió mirando a Charles y este puso una mueca.

—Eso nunca, pero mi madre quiere verme bien casado, creo que tiene miedo que me case con una mujer inapropiada. Así que pondrá todas su empeño en verme rodeado de damas elegibles y aunque eso no sea del todo desagradable para mí, soy lo suficientemente inteligente para saber que estar en desventaja numérica será todo un reto para mí y puede que no esté a la altura, conozco bien a mi madre, por eso no la subestimo y soy cauteloso.

—La condesa es inteligente y tiene razones para temerse eso, ¿olvidas lo que pasó con la viuda?

Por la cara de Charles era evidente que no se acordaba en absoluto de la dama.

—Me comentaste algo en una de tus cartas, Mike. ¿Era esa con la que estabas dispuesto a fugarte a Gretna Green, Charles?

—Yo nunca... —Abrió los ojos asombrado, recordando por fin— ¡Ah sí, Aghata!

—Amanda —corrigió Michael.

—Sí, claro Amanda. Tú la recuerdas bien Mike ya que te acostates con ella —Charles no parecía disgustado ni resentido.

—Fue la única manera que encontré para hacerte abrir los ojos. Esa mujer se acostaba con cualquiera.

—Era excelente.

—Porque tenía demasiada experiencia, ¿cómo y de quiénes crees que aprendió? No nació siendo una extraordinaria amante.

—No te procupes, ahora sólo me casaré con una dama que mi madre apruebe.

—Sabía decisión —dijeron Michael y Alexander al mismo tiempo.

—Sólo esperemos que la condesa no de la aprobación este fin de semana —dijo Michael

suspirando y esperando realmente que eso no sucediera. Alexander ansitó serio, en acuerdo mientras Charles sonreía, tomándose a broma.

Elizabeth acababa de llegar a Blackford Park, la doncella de Phobe estaba deshaciendo las maletas de las dos damas. Por supuesto, Elizabeth no se había podido permitir viajar con su doncella Mary, había demasiadas tareas en la casa y estaban faltos de personal, pero como había viajado en el carruaje de los Wessit y debido al gran número de asistentes a la mansión, las damas compartirían alojamiento. Su habitación era Henry, la condesa había tenido la original idea de nombrar las habitaciones por nombres de reyes y reinas ingleses. Nadie parecía sorprendido por aquello, la familia era conocida por su extrincidad, pero eran una familia antigua y aparte de ser famosos por hacer las cosas a su manera y ser una gran familia unida y amorosa, no tenían ningún escándalo a su nombre, por lo que eran bien aceptados y respetados por todos. Para Elizabeth era magnífico poder compartir la habitación con su amiga, las dos no tenían hermanas, por lo que su a mitad se había estrechado más y se querían como hermanas. Los padres de Phobe ocupaban la habitación de enfrente, a petición de la señora Wessit, que se tomaba muy en serio su papel de carabina.

—Es una casa preciosa. Muy acogedora —dijo Phoebe.

—Cierto. Además, he oído que tienen unos establos magníficos.

—¿Ya estás pensando en los caballos, Lizzie?

—No puedo evitarlo. Tengo que pensar en futuros entretenimientos para soportar estos próximos cuatro días mortalmente aburridos.

—Siempre puedes seguir coqueteando con los ricos caballeros presentes.

—Eso ya lo hago en la ciudad. ¿Tengo que hacerlo aquí también? —Elizabeth se llevó la mano a la frente, dramáticamente, como fingiendo un desmayo—. ¡Qué vida la mía!

Ambas rieron mientras las doncellas preparaban sus vestidos para la cena.

Button, el ayuda de cámara de Alexander, le estaba anudando el pañuelo cuando entró Michael.

—¿Estás listo para enfrentarte a las fieras? Charles no exageraba. Su madre invitó a todas sus amigas y éstas, como mínimo, tienen una o dos hijas de entre diecisiete y veintiún años.

—Me van a devorar de un bocado en dos segundos.

—No lo dudes.

Cuando Alex estuvo listo, bajaron al salón, donde todos los invitados esperaban para la cena. Nada más entrar, el marqués sonrió como un depredador al divisar a su presa.

—Si me disculpas, quiero saludar a alguien.

Al acercarse, pudo ver que Elizabeth no estaba sola. Se reía con alguien e, inexplicablemente, sintió envidia de su acompañante. Anhelaba que toda la risa de Elizabeth fuera para él. Cuando estaba a tres pasos de ella, se dio cuenta de que el objeto de su envidia no era otro que su amigo Charles.

Capítulo 6

Al contrario de lo que pudiera parecer, Elizabeth estaba muy nerviosa. Llevaba toda la tarde urdiendo su plan para repeler al marqués. En teoría, el plan era muy sencillo. Elizabeth sólo debía ser lo opuesto a todo lo que buscara lord Glenmore en una mujer. Lo malo era que no disponía de esa información. Iba a tener que improvisar sobre la marcha para descubrirla, lo que implicaba hablar con el marqués y estar cerca de él. Esto era un problema, pues a ella le costaba mucho controlarse en su presencia. Algo que estaba comprobando en ese preciso instante, ya que el escalofrío que sintió, mientras se reía de una broma de lord Midelton, le avisaba de que Glenmore se estaba acercando, cosa que comprobó cuando su grave voz hizo vibrar todo su cuerpo.

—Buenas noches, lady Elizabeth.

—Buenas noches, lord Glenmore —respondió ella, haciendo la reverencia de rigor.

—Vaya, Alex, no sabía que conocieses a esta encantadora dama.

—Sí, he tenido ese delicioso placer —antes de que ella pudiera reaccionar, le cogió la mano y se la besó, con ese saludo que la perturbaba tanto—. Lo que me recuerda que no le he preguntado por su visita a la Royal Academy. ¿Qué tal la exposición de Amenhotep III?

Con esa pregunta, su intención de parecer una cabeza hueca ante él se fue al traste.

—Muy instructiva —dijo como único comentario, para conversar lo menos posible con él.

—Me alegro.

Elizabeth pensó que quizás debía intentar ser excesivamente intelectual y aburrirlo con sus conversaciones, pero apenas lograba concentrarse gracias a la mirada del marqués. Tenía que pensar en algo... ¡Claro! Un libro publicado hace poco podría valer para sus intenciones.

—¿Ha leído *La excursión*, de William Wordsworth?

—No, me temo que no.

—No te pierdes mucho, Alex. No tiene la fuerza y la belleza de *El preludio* —afirmó Charles.

—¿Usted cree? —Le preguntó Elizabeth a Charles, satisfecha de proponer un tema de conversación en el que el marqués no pudiera participar. Así que empezó a comentar varios aspectos de los poemas de Wordsworth, alegrándose al ver que lord Glenmore comenzaba a aburrirse. Ya conocía las líneas maestras de su plan. Hablaría en su presencia sobre acontecimientos recientes en Inglaterra de los que él, al haber estado en el frente, no sabría nada. Aunque ahora, para su consternación, el marqués sonreía. ¿Por qué tenía que sonreír de esa manera tan irresistible para ella?

Lord Glenmore ya había sospechado que Elizabeth era más intelectual de lo que aparentaba, pero... ¡llevaba más de diez minutos hablando de un libro! Si cada vez que abría la boca era para hablar de aquello, más le valía impedir que lo hiciera. Y ya sabía cómo. Así que se pasó el resto de la conversación con una sonrisa en los labios, pensando en acallar con sus besos esa boca irresistible.

La cena le pareció terriblemente tediosa. Volvió a tener a su obsesión rubia al lado, que no dejó de hablar todo el tiempo con los demás comensales sobre libros, exposiciones y moda. Elizabeth no paraba ni para respirar. Qué cotorra había resultado ser esa mujer. Aun así, su deseo por ella no disminuía, sino todo lo contrario. Al no poder participar en la conversación, el marqués se limitó a observarla durante todo el rato, recreándose en su nariz pequeña y respingona, salpicada por algunas pecas encantadoras, y en sus marcados pómulos. También

miró sus asombrosos ojos azules, sus espesas pestañas, de un rubio más oscuro que su cabello, sus arqueadas y finas cejas, su cuello largo y tentador, sus delicadas clavículas, su piel de alabastro, que se moría por acariciar, y, cómo no, la porción de sus pechos que mostraba el escotado vestido. Esa zona que tanto anhelaba probar con los labios...

—He oído que antes de retirarse de su carrera militar lo nombraron comandante, lord Glenmore.

Alexander salió de su ensoñación mirando al caballero de enfrente con asombro. ¿Cómo se había enterado de su pasado militar? Sólo podía saberlo de una manera.

—¿Podría decirme de dónde ha sacado esa información?

El hombre se mostró visiblemente contrariado ante la brusquedad del marqués.

—Su excelencia lo ha comunicado al *Times*, que lo ha publicado esta mañana. Había una extensa noticia sobre usted, donde se informaba que durante la contienda, empleó el nombre de Alexander Gryf. He de decir que, si todo lo que he leído es cierto, lo admiro enormemente. Es usted un héroe de guerra.

—Seguramente, todo lo que leyó sean exageraciones.

Odiaba ser el centro de atención, como ocurría en ese preciso momento. Todos los comensales guardaban silencio, observándole.

—Entonces, ¿no es cierto que fue condecorado por el mismísimo Wellington, quien, según he oído, le tiene gran estima?

—Bueno, es cierto que me condecoraron —admitió lord Glenmore a regañadientes.

Los comensales empezaron a murmurar entre sí y el marqués se sintió aún más incómodo. Alex sabía que no debería haber revelado el nombre a su padre, pero no pudo resistirse a intentar, una vez más, impresionarlo. Como siempre, la estrategia había resultado inútil.

—En ese caso, no es verdad que estuvo todos estos años en el Caribe —dijo una voz femenina.

—Yo no sé si creérmelo del todo —dijo otra.

—Lo más seguro es que el duque lo contase para acallar los rumores de su libertino hijo.

—No me extrañaría. Su excelencia tiene mucha influencia.

Poco a poco fueron multiplicándose comentarios como éstos. Los comensales hablaban en voz baja, pero Alex podía oír casi todo lo que decían.

—Si saben tanto del tema, no sé por qué se toman la molestia de preguntarme. Al parecer, tienen más información de mi persona que yo mismo.

Cuando dijo esto, en todo el comedor se hizo un incómodo silencio.

—Lord Quintell —le dijo Elizabeth al hombre que había empezado todo aquello—, he oído que su invernadero tiene los pensamientos más bellos de Sussex. Si no recuerdo mal, me lo comentó la señora Applewhite. ¿Me equivoco?

—Sí, sí. Son espléndidos —dijo la señora Applewhite.

—Gracias. Tardé más de dos meses en encontrar al jardinero adecuado. Es español, ¿saben?

—No sabía que los españoles fueran grandes jardineros. Mi hermana tuvo uno y dijo que era un incompetente —añadió la mujer que se sentaba a su izquierda.

—Pues el mío no, de hecho...

Así fue como la conversación terminó centrándose en la jardinería, sobre la que todos los presentes tenían algo que comentar, olvidando el tema anterior. Alexander estaba impresionado. Elizabeth lo había salvado de una situación verdaderamente desagradable, a pesar de mostrarse completamente fría con él durante días. De modo que le sonrió agradecido.

Había tenido la ocasión perfecta para desagradar aún más al marqués, comentando algo como los otros o, simplemente, manteniéndose callada, pero no lo hizo. Elizabeth no había podido evitar socorrerlo cuando sintió la gran tensión que emanaba Glenmore. No era nada agradable ser el centro de los cotilleos, y algo le decía que el marqués odiaba eso especialmente. Sin poder resistirlo, lo salvó de la situación. Aunque se arrepintió enseguida, se sintió recompensada al recibir aquella sonrisa suya que le quitaba el aliento. Iba a tener que esforzarse el doble para ser insoportable a sus ojos, cosa que le resultaría difícil, pues se estaba cansando hasta de sí misma. Además, si seguía hablando sin parar acabaría quedándose sin voz. Pero tenía que seguir con su plan. Ahora más que nunca estaba convencida de que podría llegar a enamorarse de ese hombre. Por lo tanto, no debía, bajo ningún concepto, casarse con él. Aquella idea la aterraba, tuvo pesadillas toda la noche y no pudo dormir, en cuanto amaneció, se levantó sigilosamente, aunque Phobe no se había despertado por más vueltas que su amiga daba en la cama. Decidió que un galope matutino, la ayudaría a relajarse y podría pensar con más claridad. Dedicaría una hora sólo para despejarse y luego podría volver esforzarse al máximo para que su plan fuera un éxito.

Alex salió temprano a montar por las propiedades de los Blackford. Al ver una figura al galope que le resultaba familiar, comenzó a seguirla. Cuando la estaba alcanzando, Elizabeth se paró.

—¿Esta vez también estoy siendo temeraria? Pues déjeme decirle, milord, que por aquí no pasa nadie y...

—No le iba a decir nada de eso. Yo también estaba galopando. Simplemente, quise saludarla —dijo lord Glenmore, interrumpiendo a Elizabeth cuando llegó a su lado.

—Ahora que lo ha hecho, ya puede seguir su camino.

—Pero no la he saludado correctamente. Baje y lo haré gustoso.

Elizabeth apretó los labios con fuerza, haciendo sonreír más a Alex.

—No es necesario que lo haga.

—El dilema está en que yo sí quiero hacerlo. Es el único momento en que puedo tocarla sin que me acuse de ser un crápula.

—Con esas intenciones no puede considerarse un caballero. Buenos días.

Dicho esto, Elizabeth se puso en marcha hacia el campo abierto ignorando al marqués, que la siguió como si ella no le hubiese hecho aquel desaire.

—Hoy os habéis levantado de muy mal humor, querida —dijo a sus espaldas.

—No me llame así, y tampoco me siga.

—¿Ya no queréis seguir jugando?

—No, ¿es que aún no se ha dado cuenta? Lo creía más inteligente.

—Vaya, entonces sí que tenéis miedo.

—No, no lo tengo —ella puso cara de indignación—. Lo que sucede es que nunca hago nada si no saco provecho, y ¿qué gano yo jugando?

—Divertirse. Podría entretenerla muy bien, Elizabeth.

—Es usted demasiado arrogante y maleducado. No recuerdo haberle dado permiso para tomarse esas libertades.

—Yo nunca pido permiso —Elizabeth lo miró irritada, intentando que su yegua se alejara del semental del marqués. Pero fue inútil, porque Alex se acercó aún más—. Soy como tú. ¿Qué provecho sacaría yo pidiendo permiso? Me perdería demasiadas cosas. Como ésta.

Antes de que a Elizabeth le diera tiempo de pensar en sus palabras, lord Glenmore la agarró por la cintura y la montó en su caballo delante de él. Justo cuando ella se disponía a protestar, el

marqués se lo impidió, fundiendo sus labios contra los suyos.

Capítulo 7

No sabía cómo pero sin mirar a tras supo que quién la seguía debía ser el marques. Maldijo su mala suerte e instó a su yegua a ir más rápido, sabía que él no la dejaría tan fácilmente pero jamás hubiera contado que su insistencia llegaría hasta tal punto. Estaba demasiado sorprendido cuando la besó como para poder reaccionar, quería alejarlo pero... ¡Le encantaban sus besos! Eran maravillosos, la aturdían por completo, haciendo que deseara fundirse con él. Como no podía, empujó todas las fuerzas que fue capaz de reunir para apartarse de sus cálidos labios e incluso darle una bofetada bastante contundente que tomó por sorpresa a lord Glenmore.

—No vuelva a hacer eso nunca más, milord.

Intentó parecer enfadada y no desilusionada, como se sentía, por no poder seguir besándolo.

—Pensé que no era tan fría, pero por lo que veo resulta que sí lo es. No merece la pena soportarla si no puedo besarla.

—Pues, entonces, aléjese de mí.

—Eso haré, milady, no se preocupe.

Y la dejó sin ningún cuidado en el suelo.

Elizabeth debería haberse sentido satisfecha porque su plan estaba siendo un éxito, pero en realidad se sentía terriblemente mal. Sin embargo, sabía que más adelante no se arrepentiría. Era mejor pasarlo mal ahora que tener el corazón roto en el futuro.

«¡Maldita niña mimada!», pensó el marqués. Bien, si no quería sus besos, no los tendría. No merecían la pena, aunque fueran los segundos más increíbles y excitantes de su vida. Tendría que sustituir a Elizabeth por otra mujer. El único inconveniente era que desde que la conocía no había prestado atención a ninguna otra. Lord Glenmore volvió a la mansión de mal humor, evitando al resto de los invitados, y decidió pasar la tarde en su habitación.

Esa tarde, Elizabeth y el marqués no intercambiaron una sola palabra. Ni siquiera en la cena, donde ambos se ignoraban. Como los invitados se abstuvieron de mencionar el pasado de lord Glenmore, Elizabeth no tuvo que interceder por él otra vez. Y así fue el resto de los días. Ambos no volvieron a mantener ninguna conversación y sólo se veían durante la cena. Elizabeth no podía evitar observar a lord Glenmore de vez en cuando, que siempre estaba junto a alguna joven dama acompañada por su madre. Era evidente que el marqués era un gran partido, justo lo que Elizabeth necesitaba, pero por más que lo intentaba era incapaz de encontrar a ningún otro caballero con quien pudiera charlar sin que sus pensamientos volaran hacia lord Glenmore. También era cierto que en aquella fiesta no había ningún hombre realmente interesante. Era evidente que lady Blackford lo había hecho a propósito, para que su hijo destacase aún más. Por todos era sabido que la condesa era una gran casamentera, pues había emparejado a sus dos hijas mayores con unos caballeros que las adoraban y ahora estaba haciendo lo mismo con su único hijo varón. La siguiente sería su hija Emily, la más pequeña, quien por ahora estaba fuera del mercado matrimonial debido a que sólo tenía cinco años.

Esa noche, la última, porque al día siguiente los invitados regresarían a sus hogares, se encontraban todos reunidos en el salón, aguardando que comenzara el famoso juego de los Blackford de esconder un objeto por la mansión, que los invitados, distribuidos por parejas, debían encontrar.

—Todos los nombres de los caballeros están aquí escritos —dijo la condesa, sosteniendo un

sombrero de copa—. Las damas han de coger un papel para saber la identidad de su acompañante.

Cada invitada fue cogiendo un papelito. Cuando le tocó a Phoebe, soltó un resoplido y se acercó a lord Castel. No es que no fuera atractivo, pero sus intenciones de casarse con una heredera eran bien conocidas, y Phoebe no formaba parte de ese grupo. Por eso, cuando se acercó al barón, éste mantuvo con ella una actitud fría y distante. Elizabeth se compadeció de su amiga. Le resultarían interminables las dos horas de juego con un acompañante que sólo le hablaría con monosílabos. Cogió un papel del sombrero y, cuando estaba a punto de leerlo, lord Middleton se lo quitó de las manos.

—Da igual quien le tocase porque irá con la dama que me ha tocado a mí. Yo voy a ir con vos.

—Milord, no irá a romper las normas del juego de su madre, ¿no?

—Haré eso y todo lo que haga falta con tal de pasar unas horas a solas con usted —dijo, esbozando una sonrisa irresistible que hubiera podido derretir a cualquier mujer. A Elizabeth, desgraciadamente, no le surtía ningún efecto.

—No, no lo hará. No me agradan los hombres tramposos, y lo que más me gusta de usted es que es un caballero honrado.

Iba a coger el papel de sus manos, pero el vizconde lo levantó para que Elizabeth no lo alcanzara. Hubiera tenido que saltar para cogerlo y no estaba dispuesta a hacer eso. Mucho menos rodeada de gente.

—¿Y qué otras cosas le gustan de mí? —Le preguntó, guiñándole un ojo y acercándose más a ella.

—Lord Middleton —dijo Elizabeth en tono de advertencia, dando un paso atrás.

—Está bien, veamos quién es el afortunado.

Desplegó el papel y lo leyó, soltando una carcajada.

Justo en ese momento, lord Glenmore pasaba junto a ellos, y el vizconde le hizo un gesto para que se acercara. Elizabeth quería coger el papel y alejarse corriendo, pero ya era demasiado tarde porque el marqués estaba con ellos. Entonces, lord Middleton dijo algo que los paralizó a ambos.

—Alex, eres el hombre más afortunado de la sala. Tendrás el placer de ser el acompañante de lady Elizabeth.

Alexander había pensado quedarse en sus aposentos toda la noche, si era necesario, para librarse de aquel juego estúpido, pero no tuvo esa suerte porque un lacayo lo buscó para pedirle de parte de la condesa que bajara. Desde que Alex tenía trece años, jamás había desobedecido a lady Blackford, de modo que bajó y, una vez estuvo allí, se arrepintió de haberlo hecho debido a su pareja de juego, que en esos momentos caminaba junto a él por el lado este de la casa buscando aquel maldito objeto.

—Deberíamos mirar en la biblioteca —sugirió Elizabeth.

—Donde usted diga.

—¿Podría indicarme el camino?

—Sí, claro, pero está en la otra punta de la casa.

—¿Por qué no me lo dijisteis antes?

—No sabía adónde queráis ir.

—Porque no me lo habéis preguntado. No me habéis dirigido la palabra desde que comenzamos buscar.

—Vos tampoco.

Alex se percató de que lady Elizabeth apretaba los labios con fuerza. Se veía que deseaba decir

algo, pero de su boca no salió ningún sonido y continuó caminando con rigidez. Si se la observaba bien, podía apreciarse que actuaba de manera forzada, y él quería descubrir cuál era su verdadera personalidad.

—Es obvio que ambos querríamos tener otros acompañantes.

—Cierto, milord.

—Estoy seguro de que usted preferiría estar con lord Whesitong. Hacen una buena pareja.

Lord Whesitong era un hombre odioso, sin una pizca de inteligencia, y no tenía ninguna vergüenza de mirar a las mujeres con lujuria. Lady Elizabeth respiró hondo tres veces antes de contestar:

—Sería mejor compañía que vos.

—No es culpa mía. Si queréis atención masculina, necesito que llevéis un escote más amplio. Con el vuestro no puedo vislumbrar nada. Así tendríais toda mi atención, como a vos os gusta.

—Es usted despreciable. Es grosero conmigo y, para colmo, tiene la indecencia de hablar de mi ropa.

—No puedo hablar de ello, pero a las mujeres os gusta que los hombres se fijen en vuestros atuendos.

—Quizás no a todas nos guste.

Ambos se pararon en seco y lady Elizabeth miró al suelo. Apretaba las manos con fuerza y parecía muy nerviosa.

—¿Acaso usted no es una de esas damas?

—Yo...

Alex le cogió la barbilla con suavidad, levantando su rostro, para que le mirase a los ojos. Elizabeth se arrepintió enseguida, al sumergirse en la profundidad de sus pupilas grises.

—Dígame la verdad, ¿es usted de las que esperan recibir constantemente la atención de los caballeros?

—No —contestó Elizabeth con una voz casi inaudible.

—¿Por qué?

—Me siento como un objeto y soy una persona. Tengo otras cualidades aparte de mi físico.

—Pues no las oculte. A mí sólo me ha dado a entender que es una mujer superficial, antipática y engreída. No creo que seáis así. ¿Por qué me ocultáis la mujer amable, divertida, atrevida y tenaz que sé que sois?

—No quiero que me conozcáis y tampoco quiero conoceros a vos.

—¿Por qué?

—Es necesario que sea así. ¿Tenéis que hacer tantas preguntas?

Parecía que le estaba sacando las palabras a la fuerza. Era evidente que Elizabeth no sabía mentir y Alex, aprovechándose de ello, ahora ya no podía parar. Estaba comenzando a descubrir muchas cosas.

—Debo hacerlas para saber de una vez qué me ocultáis.

—Si fuerais un caballero...

Elizabeth apartó la cabeza, esquivando su mirada, pero Alex se aproximó más a ella y giró su rostro para no perder el contacto visual. Estaban tan cerca que Alex pudo aspirar su perfume de rosas con algún otro ingrediente que solamente era característico de ella.

—Ya te dije que yo no era un caballero. Contéstame. Te parecerá absurdo pero, ¿lo deseas?

—No —susurró Elizabeth.

—Me alegra saberlo.

Alex no pudo evitar sonreír abiertamente. Cuando parecía que ella iba a corresponderle con

otra sonrisa, se corrigió en el acto apretando los labios.

—No debería alegrarse tanto, porque hay una diferencia entre lo que yo deseo y lo que hago.

—Pero yo te empujaré a hacerlo. Déjame cargar con toda la culpa.

Alex inclinó la cabeza y comenzó a acariciar su nariz con la suya suavemente, notando cómo el cuerpo de Elizabeth se estremecía con cada roce.

—Por favor, no lo haga.

—Pero lo deseamos.

—Se lo suplico.

—Me da igual que me hagas quedar como el malvado, porque voy a hacerlo igual. Yo seré el único culpable.

—Nuestro deseo es el único culpable. Tenemos que comportarnos como personas civilizadas y no dejarnos dominar por él.

—No hay nada de malo en dejarse llevar. Si eso me convierte en una persona incivilizada, pues que así sea.

—Pero acabaremos haciéndonos daño.

—No pienses en el mañana, sino en el ahora.

Elizabeth cerró los ojos y apoyó su frente contra la de él como si ya no tuviera fuerzas.

—Se lo ruego, no me convenza. Estoy sufriendo un tormento conmigo misma.

—Yo también estoy sufriendo. Sólo puedo pensar en ti. Me duermo y me despierto con tu imagen. He intentado apartarte de mi mente, pero no puedo.

Elizabeth lo miró, asombrada por tal confesión. Todavía no había asimilado del todo sus palabras cuando Alexander abrió la puerta que estaba tras él, empujándola para que ambos entraran. Luego la cerró, aprisionó a Elizabeth entre sus brazos y la besó.

Ella sabía que era un error, pero era un error delicioso. Tendría que haberle mentido, pero nunca se le había dado bien, y mucho menos mirando aquellos ojos que tanto la turbaban. De modo que sólo pudo ser sincera, muy sincera.

Alexander la besaba, introduciéndole la lengua en su boca, y acariciándola como nunca antes había imaginado. Elizabeth, que no se sintió tan escandalizada como la primera vez que se besaron, ahora disfrutaba de ese contacto, y empezó a gemir y a apretarse contra él. El marqués le acariciaba la espalda y ella no pudo reprimir el impulso de pasar los dedos por su cabello. Armándose de valor, repitió los movimientos de Alex y entrelazó la lengua con la suya, arrancándole un gemido. Se sintió más excitada al comprender que ejercía aquel poder sobre él. Tenían que parar, pero su cuerpo no le respondía. Sólo lo hacía a las caricias de Alexander. Ahora su cuerpo le pertenecía a él y ya no podía hacer nada.

—Mi dulce Elizabeth —le susurró al oído mientras sus ávidas manos le desabrochaban los pequeños botones de la espalda.

Ella debía detenerle, pero ansiaba con desesperación tocar su piel y se quitó los guantes, tirándolos despreocupadamente por el suelo. Se agarró con fuerza a sus hombros, sintiendo que iba a desmayarse. Él lo notó y se sentó en un sillón, colocándola a horcajadas en su regazo. Alexander la besaba en el cuello mientras ella le mordía la oreja, tal como él le había hecho en el parque.

—Vas a volverme loco —dijo el marqués con voz ronca antes de besarla otra vez. Mientras, los manos le bajaron el vestido hasta la cintura, sacándole sus brazos de las mangas. Elizabeth no se dio cuenta hasta que notó el aire frío en su pecho, apenas protegido por la camisola que Alex tenía intención de que siguiera el mismo camino. En pocos segundos, para sorpresa de Elizabeth,

Alex se apartó de sus labios, bajó la cabeza y empezó a lamer sus pechos y a succionar suavemente sus pezones.

—Alexander —dijo Elizabeth, con una voz que ni ella misma reconoció.

—Me encanta cuando pronuncias mi nombre.

Fue ascendiendo, cubriendo de besos su mandíbula, y sus manos empezaron a subirle el vestido. Ella dejó de quitarle el pañuelo y lo miró preocupada.

—No tienes nada que temer, confía en mí.

—Pero...

—No haré nada de lo que nos podamos arrepentir. Tu virtud está a salvo... por ahora.

Ese «por ahora» era algo de lo que se preocuparía después, porque en esos instantes sólo era consciente de que los labios de Alexander estaban sobre su piel, y de que las grandes manos descansaban sobre sus muslos y ascendían por ellos, desatando sus medias. Luego, la mano derecha de Alex se desplazó entre sus muslos. Elizabeth, temblorosa, se agarró a su camisa, clavándole las uñas en el pecho fuerte y musculoso. Mientras Álex le acariciaba los pechos con una mano, deslizó los dedos de la otra por su hendidura, humedeciéndola y provocando que la respiración de Elizabeth se entrecortara. El pulgar había encontrado el punto más sensible que ella desconocía. Inconscientemente, movió las caderas, apretándose más contra su mano, anhelando algo que desconocía y que aún no había experimentado. Ahora el dedo índice se introdujo en su interior, iniciando una danza hipnotizante, deslizándose por su resbaladizo canal, moviéndose cada vez más rápido, haciéndola que se sintiera a punto de estallar.

—Déjate ir, mi dulce ángel, déjate ir —le murmuró contra sus labios, mirándola intensamente.

Entonces llegó la explosión, los muros de su interior se apretaron contra su dedo y su pulgar le provocó grandes escalofríos. Alexander atrapó el gemido liberador con un beso y Elizabeth lo abrazó fuertemente, sintiéndose gratamente satisfecha y en paz.

Capítulo 8

Estaban fuertemente abrazados, intentando relajar sus respiraciones. Alex olía extasiado el aroma del precioso pelo de Elizabeth, que parecía oro entre sus dedos. Se sentía terriblemente excitado, pero no cambiaría ese momento por nada del mundo. Le hubiera encantado llevarla a sus aposentos, encerrarla allí durante semanas y hacerle el amor una y otra vez hasta que su deseo por ella se consumiese, aunque estaba empezando a temer que ni de esa manera se extinguiría.

—¿Qué me has hecho? —Dijo Elizabeth. Su voz era apenas audible y su cuerpo aún continuaba temblando.

—Te he dado placer, mi dulce ángel.

—En ese caso, gracias —respondió ella, sonriendo contra su mejilla.

Alex no pudo evitar soltar una carcajada. Elizabeth se removió sobre él y paró, al sentir su erección.

—¿Yo no te he dado placer?

—Sí que me lo has dado. Sólo con verte llegar al orgasmo he recibido placer, aunque no alivio.

Alex le subió la camisola y le colocó el vestido, antes de que cambiase de opinión y buscase su liberación.

—Debemos regresar —dijo, más brusco de lo que pretendía.

Se incorporó, con Elizabeth todavía entre sus brazos, y la dejó delicadamente en el suelo. Su corazón pareció dejar de latir debido a la imagen que veían sus ojos. Una Elizabeth sonrosada, con los labios inflamados por sus besos, algunos mechones sueltos cayendo por sus hombros y los ojos brillantes, que se podían apreciar a pesar de la escasa luz de luna que entraba por las ventanas.

—Eres tan hermosa —dijo, acariciándole dulcemente la mejilla—. No puedo resistirme a ti, mi dulce ángel.

Ella dio un paso atrás, apartándose de su mano, e irguió la barbilla. La princesa de hielo había vuelto a apoderarse de su ángel.

—Creo que será mejor que nos unamos al resto de los invitados.

—Entonces, deberías visitar a tu doncella. Si apareces con ese aspecto, todos se darán cuenta de lo que ha pasado.

—Algo que no volverá a ocurrir.

—¿Estás segura?

Ella no contestó, simplemente se dio la vuelta y salió.

«¡Estúpida, estúpida!», se iba diciendo Elizabeth, después de pasar por sus aposentos y dejar que una sorprendida Mary le arreglase el peinado. Recordando su mirada, que la había hecho ruborizarse, reconoció que Alexander tenía razón. Su aspecto la delataba. Menos mal que Mary no le había preguntado nada. Sabía que era una doncella leal y no andaría por ahí chismorreando.

Mientras llegaba al salón, donde se encontraban todos felicitando a los ganadores, se juró a sí misma que sería fuerte y no volvería a sucumbir a los encantos de ese odioso hombre. Entonces se le ocurrió el plan perfecto y definitivo. Alexander la dejaría en paz si Elizabeth se casaba. Ya le había dado vueltas esa idea convenientemente, así que sólo le quedaba acelerar el proceso.

Pero, ¿quién podría ser el candidato? Tenía que ser alguien con dinero y con el que pudiera mantener una amistad. Cuando comenzaba a pensar que le resultaría muy difícil encontrarlo, y resolver su gran problema, apareció la solución.

—Seguro que nosotros habríamos encontrado ese tintero rojo más rápido que el señor White y lady Bloston.

—No me cabe ninguna duda, lord Middelton. ¿Podría acompañarme a tomar un refrigerio? Estoy sedienta.

—Por supuesto, milady.

El vizconde le ofreció el brazo y Elizabeth se agarró a su tabla de salvación.

—¿A qué viene ese ceño fruncido?

—¿Qué?

Alex se giró para mirar a Michael. Estaban en un salón donde los caballeros se habían reunido para fumar y beber después de la cena. Al final de la sala había unas puertas cristaleras que daban a la terraza, donde se congregaban algunas damas y caballeros, que preferían el aire fresco. Alexander no podía quitar sus ojos de una pareja en concreto.

—Antes de la cena, después del estúpido juego, parecías de un excelente humor y ahora estás terriblemente irritable.

—No sé de qué me hablas —respondió el marqués, mientras bebía su coñac y observaba a aquella perturbadora pareja.

Michael dirigió la mirada al objeto de su distracción.

—Yo también creo que debería alejarse de ella.

—¿Quién? —preguntó Alex, provocando un resoplido en su interlocutor.

—¡Charles, hombre! Ya conoces su obsesión de perseguir a mujeres hermosas. Lo que pasa es que siempre fueron actrices, cortesanas, cantantes de ópera... Nunca una mujer virginal como lady Elizabeth. ¡No sabe dónde se está metiendo!

«Ya somos dos los que no lo sabemos», pensó Alex.

—Llevan casi toda la noche coqueteando, y a Charles se le cae la baba mientras ella pestañea con sensualidad. —Michael se percató de que su comentario había enfadado a su amigo, que ahora apretaba la copa con fuerza—. Debería alejarse de ella y olvidarla antes de que se meta en problemas. Él no está preparado para el matrimonio y lo sabe. También sabe, aunque no lo admita, que en cuanto se acueste unas veces con ella se acabará cansando, pero se encontrará atado a ella de por vida y los dos se terminarán odiando.

—¿Y qué pasa si, después de que la haga suya, se da cuenta de que su deseo no disminuye sino que aumenta y perdura?

Michael rió.

—¿Estamos hablando del mismo Charles?

—No.

El marqués acabó su copa de un solo trago y Michael parpadeó sorprendido. Miró a la pareja y después a Alex, fijándose en su expresión.

—¡Dios bendito! ¡No estarás tú también detrás de la dama!

Alex ni siquiera lo miró y volvió a llenarse la copa por tercera vez, seguro de que no sería la última.

A la mañana siguiente, Elizabeth se encontraba en el carruaje de los Wessit de camino a casa. Se habían despedido de los anfitriones hacía una hora y Charles, como le había pedido que lo

llamase, le había solicitado visitarla para dar un paseo en su faetón aquella semana. Ella había aceptado, por supuesto. Su plan estaba funcionando. Con suerte, dentro de poco ya estarían prometidos. Pero ese pensamiento, en vez de alegrarla, la entristeció. Después de la cena, mientras hablaba con Charles, sólo podía pensar en Glenmore, y cuando le prestaba atención, se daba cuenta de que sus palabras no le interesaban. Charles era ingenioso, pero no tenían nada en común. Había dejado que le hablase de él, y detestaba los pocos libros que Charles había mencionado. La había divertido con alguna anécdota de cuando era pequeño, pero el nombre de Alex aparecía constantemente. Así que, cuando cambiaron de tema, sólo acabó escuchando los halagos de Charles. Que si se veía hermosa con ese color, que si ese peinado la favorecía... Todos los halagos fueron sobre su aspecto físico. Y, cuando los ojos de él se clavaron por unos segundos en su escote, se había sentido incómoda. No temblaba de placer, como lo hacía cuando la miraba el marqués.

—¿Qué le han pasado a tus guantes, Elizabeth?

—¿Qué?

Elizabeth miró a la señora Wessit, saliendo de su ensimismamiento.

—Tus guantes de gala. Me fijé que después de la búsqueda del tesoro ya no los llevabas.

Era cierto. Se los había dejado en aquel salón donde Alex le había dado tanto placer. Sin poder evitarlo, se ruborizó, agradeciendo en silencio que ninguno de los ocupantes se diera cuenta.

—Lord Glenmore y yo nos cansamos de buscar y yo me fui a mis aposentos a refrescarme. Los olvidé allí cuando volví con los demás. Mi doncella los habrá guardado en el baúl con el resto de mis pertenencias.

—Es una suerte. Por un momento se me pasó por la cabeza que los habías perdido. Eran los favoritos de tu madre.

La señora Wessit y su madre se habían conocido cuando eran jóvenes. Se habían hecho amigas y siguieron siéndolo aun después de casarse. La señora Wessit se había casado con alguien de categoría inferior, pero había sido un matrimonio por amor. Todo lo contrario que el de su madre. Debido a sus dificultades económicas, casi todo el vestuario de Elizabeth estaba compuesto por la ropa que heredó de ella, modificada por su habilidosa doncella. Era lo único que le había dejado al morir, cuando tenía siete años. No conservaba ningún recuerdo de ella, pues nunca había pasado demasiado tiempo con la duquesa. Lo poco que sabía era gracias a Marcus.

Lady Handquenfield había fallecido debido a unas fiebres, tres días después de dar a luz a su hermano William. Elizabeth nunca llegó a entender cómo la duquesa había podido prestar tan poca atención a su propia hija.

Elizabeth quería muchísimo a su hermano, que era muy parecido a su madre, al igual que ella. Siempre jugaban juntos y, como no pudieron pagarle una institutriz, Elizabeth fue quien le enseñó a leer y escribir para que cuando fuera a la escuela no estuviera en desventaja con respecto a sus compañeros. Desde que se había marchado a Eton, Elizabeth lo echaba mucho de menos, sólo podía disfrutar de su compañía durante las vacaciones.

William veía en ella a la figura materna que nunca había tenido. La admiraba y respetaba. Jamás la desobedecía en nada y la colmaba de besos y abrazos. Él era la verdadera razón por la que ella debía casarse. William tenía derecho a la educación que le correspondía a un duque, y Elizabeth tampoco quería que de mayor se viera obligado a cargar con las deudas de su padre. Éste ya le había dicho a Elizabeth que, como no se casase pronto, no podría seguir haciéndose cargo de las facturas de Eton del próximo año.

Debía recuperar los guantes. Eran los más elegantes que tenía y una dama no podía asistir a

cualquier velada con las manos descubiertas. En cuanto llegara a su casa, le enviaría una carta a lady Blackford pidiéndole que los buscara, aunque no sabía qué excusa podía darle para haberlos dejado en un salón que no estaba abierto a los invitados.

A Alex le dolía terriblemente la cabeza y el ruido que hacía Button, su ayuda de cámara, al recoger sus pertenencias, lo molestaba dolorosamente.

—Button, vuelve más tarde para acabar de hacer el equipaje —dijo Alex, visiblemente molesto.

—Todos los invitados se han ido, milord, e incluso los condes están a punto de hacerlo también.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro, señor.

¡Maldición! Se había pasado casi todo el día durmiendo. Recordaba vagamente haberse tumbado en la cama, totalmente borracho, y que Mike lo había ayudado a llegar allí.

—Milord, he encontrado esto en el bolsillo de su chaqueta. Si me dice el nombre de la mujer, me encargaré de que lo reciba. O quizás prefiera hacerlo usted mismo.

Alex se incorporó un poco en la cama, extrañado por aquel tono de reproche de su impecable ayuda de cámara. Button sostenía con desagrado unos guantes blancos femeninos. El marqués le hizo un gesto con la mano para que se acercase y se los diera. Mientras Button seguía con su tarea, él olió los guantes, recordando la fragancia al instante y también el momento en que los recogió del suelo cuando Elizabeth salió apresurada del salón.

—Me encargaré personalmente, descuida.

Y sonrió, inhalando el aroma de la mujer que lo estaba volviendo completamente loco.

Elizabeth seguía dando vueltas en su cama, aunque ya era casi mediodía y no había ido a cabalgar. No había dormido nada en toda la noche, y eso que había llegado tarde a casa debido a que en el camino se había roto el eje de la rueda del carruaje. Cada vez que cerraba los ojos y comenzaba a quedarse dormida, soñaba con el marqués y sus excitantes besos y caricias. De modo que había permanecido despierta para apartarlo de sus pensamientos.

—Han traído esto para usted —dijo Mary, entrando en su habitación con una docena de rosas blancas—. Creo que la tarjeta está entre las flores.

La doncella le puso el ramo en el regazo y cogió un jarrón para llenarlo de agua.

Elizabeth aspiró el delicioso aroma y observó las rosas. Jamás le habían regalado rosas blancas, sino las habituales rosas rojas o alguna flor azul que aludía al color de sus ojos. Buscó la tarjeta, ansiosa por saber de quién eran, y se quedó con la boca abierta al leer el mensaje.

Estas rosas me recuerdan a los delicados guantes que tengo ahora en mis manos. Si quieres recuperarlos, réunete conmigo esta noche a las doce en el jardín de lord Wedtong.

A. R.

—¿Qué ocurre, milady?

—Nada.

—Pásame las flores para meterlas en este jarrón. Creo que quedarán perfectas en el salón de té.

—No, tíralas.

—¿Disculpe?

—Tíralas o quédalas tú, pero apártalas de mi vista. ¡No quiero volver a verlas!

—No le agrada el pretendiente que se las envió, ¿cierto?

—Ese hombre jamás será mi pretendiente y no quiero nada que provenga de él.

—Entiendo.

Dicho esto, la doncella salió del cuarto con las rosas.

Elizabeth se levantó y se dirigió a su escritorio, donde guardaba las invitaciones. Buscó entre ellas hasta encontrar la de lady Wedtong. Se sentó y escribió con rabia el mensaje de aceptación para acudir, esa misma noche, a su baile.

Capítulo 9

—¿Qué sucede? Estás constantemente mirando el reloj.

Elizabeth se mordió el labio inferior, nerviosa. A Phoebe, que se encontraba a su lado, no le había pasado inadvertido su extraño comportamiento.

—Tiene que ver con mis guantes. No los tengo desde que salí de la casa de los Blackford.

—¡Lo sabía! Ya me parecía extraño que me pidieras prestados mis guantes rosas, convenciéndome de que combinaban con tu vestido. Jamás me pides nada.

—No me gusta hacerlo.

—Lo sé, eres demasiado orgullosa. Pero a veces tienes que dejar que la gente te ayude, y más si son tus amigos, como yo —dijo Phoebe, tomando su mano y dándole una palmadita—. Por lo menos, hazlo por mí. Déjame sentirme útil. Dime qué puedo hacer para ayudarte.

—No puedes hacer nada... —Elizabeth abrió los ojos de par en par y sonrió abiertamente, apretando la mano de su amiga—. ¡Eres un genio!

—Lo sé, pero ¿por qué lo soy en esta ocasión?

—Por tu sugerencia de ayudarme. Me acompañarás a las doce al jardín.

Phoebe arqueó las cejas, extrañada.

—¿Y eso? ¿Qué es lo que no me estás contando?

—Lord Glenmore tiene mis guantes y me los devolverá hoy a las doce en el jardín, pero no quiero estar a solas con él, tengo miedo de que...

Su compañera soltó una exclamación, interrumpiéndola, y se llevó la mano a su boca abierta.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha hecho? ¿Te hizo daño? En ese caso, yo no soy la más indicada para protegerte de él. Necesitamos...

Elizabeth la apartó de la multitud, mandándola callar.

—Baja la voz. No me hizo daño y mejor no quieras saber los detalles. Tú eres la más indicada para ayudarme, pues necesito que me protejas de mí misma, que me acompañes fuera a recoger mis guantes y regreses conmigo. Así no dañaré mi reputación y, lo más importante, no me entretendré en el jardín.

—Entiendo. Bueno, no entiendo nada, pero te acompañaré.

—Gracias, me siento más aliviada.

Eran las doce y cuarto y Elizabeth aún no había aparecido. Alex había llegado hacía más de veinte minutos. En cuanto saludó a los anfitriones, se dirigió al jardín sin demora. No quería asistir a otra aburrida velada y ver, además, cómo Elizabeth coqueteaba con uno de sus mejores amigos. No lo soportaba. Pero le relajaba saber que dentro de unos momentos le demostraría que él era el único hombre al que deseaba. Metió la mano en su bolsillo y acarició los guantes blancos de seda, de los que no se había separado desde que los recogió del suelo. Se giró, al oír unos pasos por el camino de grava, y respiró aliviado al ver que ella se presentaba. Sin embargo, tuvo que tragarse una maldición al comprobar que no venía sola. Cuando Elizabeth se acercó, sonrió al notar el rostro malhumorado de Alex.

—No especificaste que no podía venir acompañada.

—No, es culpa mía. Pero le pondré remedio ahora. Señorita...

—Phoebe Wessit —le dijo la intrusa.

—Señorita Wessit, si es tan amable de volver dentro, se lo agradecería. Necesito hablar con lady Elizabeth a solas.

—No, no lo hará. Las dos nos iremos en cuanto me devuelvas mis guantes.

Y Elizabeth extendió la mano, expectante.

—Te los daré en cuanto se vaya tu acompañante.

—En ese caso, me iré sin ellos —respondió Elizabeth agarrando a su amiga, volviendo sobre sus pasos.

—Pero, Lizzie, si no tienes otros —le susurró la señorita Wessit, pero no lo suficientemente bajo, porque Alexander logró oírlo.

Se sentía frustrado y muy furioso. Había esperado todo el día ese instante para volverla a estrechar entre sus brazos. Alex se dirigió a la salida del jardín, que daba a la calle, buscó su carruaje y ordenó que lo llevaran al club con la idea de emborracharse una noche más, por culpa de esa irresistible rubia.

—El rosa te queda muy bien, Elizabeth.

—Gracias, Charles.

Estaban bailando un vals y Elizabeth buscaba desesperadamente al marqués con la mirada, para pedirle sus guantes una vez más, pero no lo había vuelto a ver desde su encuentro en el jardín.

—Te noto un poco distraída.

—Lo siento. Hoy me cuesta concentrarme.

—No te disculpes. Es normal en una mujer como tú.

A Elizabeth le extrañó ese comentario.

—¿En serio?

—Claro, ahora mismo estarás preparando tu horario de la semana, ya que todos los caballeros te habrán pedido una cita. No obstante, debes tener en cuenta que el miércoles por la tarde es para mí —dijo Charles, sonriéndole con picardía.

Seguramente, Charles había hecho ese comentario para halagarla y recordarle su paseo por el parque, pero ella se ofendió. Parecía que Charles pensaba que Elizabeth no podía llenar su cabeza con cosas más importantes, o que era tan superficial como otras damas. De todos modos, se relajó pensando que aún no la conocía. Quizás, después de su cortejo, la acabaría conociendo y podrían llevarse bien ya que, al menos por parte de ella, no había atracción.

—Por supuesto, el miércoles es para ti.

—Ojalá mañana fuese miércoles.

—Sólo tendrás que esperar un día.

—Será el día más largo de mi vida.

Ese hombre era capaz de conquistar a cualquier mujer que se propusiera. Era una pena que ella pareciese ser la excepción. Aunque precisamente por eso lo había elegido.

Al día siguiente, Elizabeth estaba tocando el piano, una de sus grandes aficiones, cuando el mayordomo la interrumpió.

—Disculpe, milady, pero han traído esto para vos.

Se levantó y cogió el paquete que le sostenía el mayordomo. Se sentó en un sillón y levantó la tapa de la caja. Lo primero que encontró fue una nota.

Sólo podrás recuperar tus guantes si te los doy en persona y estando solos. Hasta entonces, espero que te conformes con éstos.

A. R.

Elizabeth metió la mano dentro del paquete y sacó un guante de exquisita seda de color rojo. Luego siguió mirando el contenido y, muy sorprendida, sacó el resto. Había tres pares de guantes de distintos tonos de azul, tres blancos y otros amarillos y rosas. En total, ocho pares de preciosos y caros guantes de gala. Su primer impulso fue mandarlos de vuelta, pero lo pensó mejor. Se dio cuenta de que estos guantes le eran muy necesarios. Los únicos pares que poseía, y no estaban rotos, eran los que tenía marqués. Además, aún no se los había devuelto. Si de verdad fuese un caballero, se los habría enviado con un mensajero en lugar de chantajearla para encontrarse con ella a solas. Acarició los guantes lentamente, convenciéndose de que estaba contenta por las nuevas prendas y no por el hecho de que fuera él quien se las hubiera regalado.

Capítulo 10

—Estás adorable a la luz del sol.

—Gracias, Charles, pero te estaría más agradecida si dejases de halagarme tanto.

El caballero se quedó en silencio y se concentró en las riendas de su faetón. Elizabeth pensó que tal vez debería haberse callado, pero estaba harta de tanto cumplido superficial. Tenía que hacer algo para compensarlo y que se sintiera más relajado, quizás interesándose por su familia.

—Me he enterado de que la próxima semana es el cumpleaños de tu hermana mayor.

—Sí, de Helen —ahora Charles sonreía feliz. Era evidente que el tema de sus hermanas era terreno seguro—. Cumple veintinueve, pero no le digas que te lo he contado yo.

—Puedes estar tranquilo, no le diré nada —dijo, sonriéndole cómplice—. La verdad es que no los aparenta.

—Todos los Paget aparentamos ser más jóvenes de lo que somos, lo llevamos en la sangre.

—Vuestras facciones son muy juveniles. Y vuestra madre tiene el mismo entusiasmo que una debutante. No cesa en su empeño de encontrar pareja para sus hijos.

Charles la miró sonriendo y bajó la cabeza, como para contarle un secreto.

—Y se infla como una gallina hablando de sus polluelos. Te revelaré que mi madre no tuvo nada que ver en la alianza de Helen y Richard.

—Y ella que presume de ser una gran casamentera.

—Es cierto, hizo un gran trabajo con mi otra hermana.

—¿Y por qué se atribuye el mérito de los dos matrimonios?

Charles se encogió de hombros, risueño.

—Quizás porque convenció a mi padre para que diera su consentimiento, aunque lo tenía fácil. Mi padre nunca le niega nada.

—Richard Stranfford es un caballero sin título, pero proviene de una familia ilustre. No entiendo cómo tu padre no le daba su aprobación.

—Con él simpatizaba, aunque se oponía a su noviazgo.

—Perdonad mi curiosidad, ¿acaso fue escandaloso?

—No es que fuera escandaloso, sino que fue un noviazgo a distancia. Verás, los primos de Richard son vecinos nuestros, y cuando mi hermana tenía dieciséis años se conocieron en una de sus visitas. Los dos bromeaban diciendo que fue amor a primera vista. Richard estaba empezando su carrera militar, lo destinaron lejos y no pudo volver a visitarla. Sin embargo, eso no impidió que se cartearan. Yo aún era un niño para estas cosas, pero eso no impidió que me diera cuenta de la impaciencia de mi hermana cuando venía el cartero y de las horas que se pasaba sentada a su mesa, escribiendo.

—¿Y cuánto duró ese noviazgo?

—Cinco años.

—¡Sorprendente! ¿Y no se volvieron a ver ni una sola vez?

Charles negó con la cabeza.

—Mi madre no dejó que Helen se quedara en casa languideciendo por él. De modo que no cedió e impuso a Helen sus temporadas. Aunque estoy seguro de que ella nunca habría aceptado si, como nos enteramos después, Richard no le hubiera pedido lo mismo.

—Muy caballeroso por su parte.

—Sí, demasiado. Aun así, mi hermana nunca miró a ningún hombre. Jamás le dio esperanzas a otro. Un día, cuando recibió una carta de Richard, todos nos enteramos por sus gritos de que acababa de llegar a Londres y esperaba verla. Fue increíble cuánto lloró de felicidad. Le suplicó

a mi madre ir a verlo, porque Richard había sufrido una herida en la pierna y estaba preocupada. Mi padre no veía ningún futuro a este noviazgo y decía que en cuanto pasaran un tiempo juntos comprenderían que no estaba hechos el uno para el otro. Pero mi madre le insistió para que aceptase una reunión con él y, al día siguiente, se presentó Richard cojeando y pidiendo la mano de Helen. Mi padre aún no había contestado cuando apareció mi hermana, se abrazó a Richard y le dijo a mi padre que qué esperaba para aceptar. Desde entonces, no se han separado ni un solo día.

—Es una historia demasiado hermosa para ser real, eso del amor a primera vista...

—Yo tampoco me lo hubiera creído, de no ser porque lo vi. Creo que el hecho de que en los matrimonios de mi familia haya tanto amor, me ha convertido en el romántico empedernido que soy ahora.

—Y a mí me pasa lo contrario —susurró Elizabeth.

Él ignoró el comentario.

—Ya hemos llegado.

Elizabeth no se había dado cuenta de que la estaba conduciendo a un sitio apartado en el parque, poco transitado y rodeado de árboles, alejados de las miradas curiosas. Cuando Charles le enmarcó la cabeza con sus manos, confirmó sus sospechas porque la besó. Quiso apartarse, pero recordó que si quería que le pidiese matrimonio debía dejar que la besase. El beso no era desagradable. Él sólo rozaba sus labios contra los suyos y, sin embargo, Elizabeth no experimentó nada. Cuando el beso terminó, sólo se sintió aliviada.

—Perdona, pero llevaba tiempo deseando hacerlo.

Como Elizabeth no sabía qué contestarle sin tener que mentir, le sonrió tímidamente y le dijo lo mismo que le diría cualquier dama educada en esas circunstancias.

—Será mejor que regresemos, antes de que nos vea alguien.

—Es cierto, tu reputación —respondió Charles, sonriendo y guiñándole un ojo de esa manera suya tan encantadora.

Cuando Alex llegó a White's, Michael y Charles lo estaban esperando mientras charlaban sentados a una mesa. Al acercarse, no pudo evitar oír su conversación.

—Es más dulce de lo que parece y tiene unos labios muy suaves —dijo Charles.

—¿Quién? —preguntó Alex cuando se sentó con ellos.

—Nadie —contestó rápidamente Michael, mirando fijamente a Charles para que no añadiera nada más, pero éste no debió entenderle porque continuó.

—La hermosa lady Elizabeth.

—¿Y de dónde sacas esa idea? —Preguntó Alex, cada vez más molesto.

Aunque Michael no dejaba de indicarle a Charles que se callara, éste siguió ignorando sus gestos.

—Porque hoy la besé.

—¿Qué?

Alex se incorporó con un movimiento brusco, tirando la silla de golpe y provocando un gran silencio en la sala, convirtiéndolos así en el centro de atención. Todos se quedaron absortos viendo cómo el marqués de Glenmore tenía fuertemente sujeto por el cuello a su amigo de la infancia.

—Dime que no es cierto —dijo Alex entre dientes y con tono amenazante.

—¿Qué te pasa? ¿A ti qué te importa si la beso o no? —Preguntó Charles, jadeando.

Michael tiró de los brazos de Alex para que soltase a su amigo, pero éste parecía fuera de sí.

—Alex, estás montando una escena. No te dejes llevar por los celos —le advirtió para intentar hacerlo entrar en razón.

Por fin Alex lo miró y dejó de presionar el cuello de Charles.

—Yo no estoy...

Entonces observó sus manos, que aún sujetaban a Charles, y pudo reaccionar. Lo soltó y se pasó las manos por el cabello, exasperado.

—¡Maldición! ¡No sé qué me ha pasado!

Y salió del club dando grandes zancadas.

—¿Qué diablos le sucede? —Le preguntó Charles a Michael mientras se volvían a sentar y se quitaba el pañuelo, pues estaba arrugado y su elaborado nudo se le había deshecho.

—¿De verdad es necesario que te lo explique?

—Sí, porque no entiendo nada y, al parecer, no soy tan inteligente como tú.

—Simplemente, he estado pendiente de un amigo en lugar de perseguir faldas.

—¿Qué intentas insinuar?

—Da igual, olvídalo. De todos modos, sólo es una sospecha. Aún no puedo confirmar lo que sucede, aunque ese arrebato suyo lo demuestra bastante. Cuando esté seguro, te lo contaré.

—¿Y mientras tanto tendré que sufrir su temperamento?

—Pues no te vendría mal. Así espabilarías un poco.

Charles se levantó enfadado.

—Cuando dejes de hacerte el misterioso y de meterte conmigo, ten a bien comunicármelo.

—¿Adónde vas?

—A casa, a que mi ayuda de cámara me vuelva a poner otro pañuelo, y a esconderme de Alex para poder conservarlo.

—¿De dónde sacaste estos guantes?! —Exclamó Phoebe, agarrando el brazo de Elizabeth y acariciando el sedoso guante—. ¡Son magníficos!

—Son un regalo.

Llevaba un vestido blanco, con lazos azules en la cintura y el bajo. Los guantes eran de ese mismo color y le quedaban perfectos con el vestido. De modo que no pudo resistirse a utilizarlos.

—¿Y quién fue el generoso o la generosa? —Preguntó Phoebe, divertida.

—Prefiero no revelarlo.

Phoebe arqueó las cejas, sorprendida.

—¿No me lo dirás? ¿A mí? —y, teatralmente, se llevó una mano al pecho—. Me ofendes, querida amiga.

Elizabeth resopló, poniendo los ojos en blanco.

—No te ofendes porque no confíe en ti, sino porque eres demasiado cotilla como para aguantar sin saberlo. Pero te lo diré. Fue el marqués.

—¡No! —Exclamó Phoebe, tapándose la boca con ambas manos al darse cuenta de que había chillado—. ¿Por qué te regala unos guantes tan caros y no quiere devolverte los viejos, que son tuyos?

Elizabeth se encogió de hombros. Ni ella misma tenía la respuesta. Miró al resto de los asistentes, muchos de los cuales bailaban en la gran sala. Ahora tenía menos admiradores que le solicitaran un baile, debido a las atenciones de Charles, pues quizás lo consideraban un adversario invencible, y a que, por supuesto, ahora prácticamente toda la sociedad estaba al tanto de que Elizabeth no disponía de dote. Ya se podía dar prisa Middleton en pedirle matrimonio o permiso a su padre, porque se estaba quedando sin opciones.

—¿Has visto a lord Middleton? —Le preguntó Elizabeth a Phoebe.

—No, no lo he visto. Debe de seguir ofendido por lo que le pasó ayer en White's.

—¿Qué le pasó?

Phoebe la miró dubitativa.

—No sé si debería decírtelo.

—Oh, me ofendes, querida amiga.

—Te lo contaré, pero seguro que después me dirás que preferirías no haberlo sabido.

—¿Por qué?

—Porque quizás tú fuiste la causante.

—Explícate, Phoebe, por favor.

—Bueno, verás... Cómo decirte...

—¡Phoebe, por Dios, dílo de una vez!

—Lord Glenmore casi estrangula a Middleton en el club. Mi padre me lo contó de camino hacia aquí. Dice que Glenmore estaba como loco.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?

—Los allí presentes están seguros de que discutían por una mujer, y daba la casualidad de que unas horas antes habías dado un paseo con el vizconde. Además, todo el mundo piensa que te está cortejando. Y lord Glenmore, bueno, no sé qué hay entre vosotros, pero estoy segura de que hay algo, aunque nadie parezca haberse dado cuenta.

—Entre el marqués y yo no hay nada —dijo Elizabeth, tajante.

—Sea lo que sea, dicen que la reacción de Glenmore era la de un hombre celoso. No encuentran otra explicación para que un hombre cuerdo como él atacase a uno de sus mejores amigos en un lugar público.

¿Celoso? ¿Lord Glenmore? ¿De la relación que mantiene con Charles? Imposible. Phoebe no sabía lo que decía.

—Y hablando del rey de Roma... —dijo Phoebe, impidiendo que Elizabeth se girase.

—¿Quién? ¿Middleton?

Phoebe negó con la cabeza y se abanicó, nerviosa.

—¿Entonces quién...?

—Lady Elizabeth, señorita Wessit.

Ahí estaba él, Glenmore en persona, inclinándose ante ellas. «Tan atractivo como siempre», pensó Elizabeth, furiosa.

—Lord Glenmore —murmuraron ambas, a la vez que le hacían la reverencia de rigor.

—Lady Elizabeth, ¿me concede este baile?

—Yo...

Pero dejó de excusarse al darse cuenta de que no podía rechazarlo. No podía hacerle tal desplante ante la mirada de todos los que se encontraban cerca, quienes no les quitaban los ojos de encima, sorprendidos de que por fin, desde su regreso a Londres, el marqués le pidiera a una dama que bailara con él. Si se negaba, la única perjudicada sería ella y eso era lo último que le faltaba para espantar a los demás caballeros.

—Por supuesto, sería un honor.

Aceptó su brazo, apenas rozándolo con la mano.

—Lamento decirle que tendrá que prescindir de la compañía de la señorita Wessit. Todavía no sé bailar con dos damas a la vez.

Elizabeth prefirió ignorar su comentario y lo acompañó a la pista de baile, donde las otras parejas habían acabado de bailar su minué y, para su consternación, empezaron a sonar los

primeros acordes de un vals.

—¿No es muy pronto para un vals? —Preguntó nerviosa.

—Lo sé.

Y Álex sonrió de tal manera que Elizabeth sintió cómo le temblaban las rodillas. Sin embargo, al pensar en sus palabras, sospechó lo que había hecho.

—¿Has sobornado a los músicos?

—No hizo falta. Les dije quién era y accedieron encantados.

—Eres un tramposo —dijo Elizabeth, sin poder evitar sonreír.

Se pusieron en posición. Alexander le tomó con delizadeza la mano y rodeó su cintura y comenzaron a bailar. Elizabeth se sorprendió al descubrir que Glenmore era un excelente bailarín. Él notó la sorpresa en su rostro.

—Cuando estuve destinado en Viena pude perfeccionar mis pasos.

Ella fijaba la vista en su pecho, evitando mirarlo a los ojos para no quedarse atrapada.

—Te veo muy callada.

—¿Por qué agrediste a Charles ayer? —Preguntó Elizabeth impulsivamente, arrepintiéndose enseguida.

—Veo que ahora me tuteas.

—No cambies de tema.

—Es que éste no es un tema para una dama tan delicada como tú —dijo sarcásticamente, haciendo enfadar más a Elizabeth.

—¿Desde cuándo un bruto como tú se preocupa por la sensibilidad femenina?

—¿Y desde cuándo una damisela se derrite en los brazos de un bruto como yo?

Elizabeth se ruborizó de ira y siguió hablando acaloradamente, controlándose para no alzar la voz.

—Muy bien, si no me lo quieres decir, no me importa. Pero déjame advertirte que, si de verdad he sido yo la causa de esa pelea, me has ofendido profundamente. No tienes ningún derecho a interponerte entre Middleton y yo.

—Charles es mi amigo.

—¿Y así es como tratas a tus amigos? Lo que hagamos o dejemos de hacer no te incumbe.

—Sí me incumbe —replicó Alex.

—No —insistió Elizabeth entre dientes.

—Sí —volvió a decir Alex.

—¿Por qué? —Inquirió ella, frustrada.

—No lo sé. Simplemente, no puedo mantenerme al margen.

Ambos permanecieron en silencio. Elizabeth cerró los ojos, dejándose llevar e intentando relajarse. No entendía que pudiera encontrarse tan maravillosamente bien, y al mismo tiempo tan enfadada, entre sus brazos. Su respuesta debería haberle extrañado, pero se dio cuenta de que, inexplicablemente, entendía el comportamiento de Alex.

—¿Por qué dejaste que te besara?

Elizabeth abrió los ojos asombrada.

—¿Qué te hace suponer que me besó él y no fue al revés?

—Creo que te voy conociendo, y estoy seguro de que no serías capaz de tomar la iniciativa con un hombre por el que no sientes nada.

—¿Cómo sabes...? —Empezó a decir Elizabeth, interrumpiéndose al percatarse de que con su actitud no haría otra cosa que confirmar las sospechas de Alex—. No me subestimes, podría sorprenderte. Aún no me conoces bien.

—Me sorprendes continuamente desde que te conocí. Dame tiempo y te conoceré mucho mejor.

Alexander siguió acercándose a ella, rondando los límites de lo respetable y haciendo que la respiración de Elizabeth se acelerara aún más. Entonces, ella dijo con firmeza:

—¿Es que aún no lo entiendes? No te daré tiempo porque no quiero que me conozcas. Entre nosotros no debe haber ningún tipo de relación. Desde este momento, te pido que no vuelvas a acercarte a mí.

—Eso es imposible y lo sabes. Entre nosotros hay una fuerte atracción.

—Por favor —suplicó Elizabeth, odiándose por ello.

Al notar su angustia, Alexander la miró fijamente a los ojos durante breves instantes y apartó la mirada, apretando con fuerza la mandíbula.

—Si tanto lo necesitas, lo intentaré.

—Gracias.

—¿Te he dicho lo preciosos que te quedan los guantes? Sólo tú podrías lucirlos tan bien.

Elizabeth notó que se volvía acalorar, y esta vez no a causa del enfado, y bajó la mirada. Sólo él podía turbarla así. Había podido ver en sus ojos que estaba tan angustiado como ella. Ambos desconocían lo que les pasaba y, sin embargo, comprendieron que era mejor distanciarse, aunque no quisieran hacerlo. Cuando Elizabeth volvió a relajarse y disfrutar del baile, éste concluyó. Glenmore cogió su mano, la besó prolongadamente y, al incorporarse, le dijo con voz suave y gran tristeza en la mirada.

—Adiós, Elizabeth.

Y se perdió entre la multitud, dejando a Elizabeth a la deriva.

—Hace una semana que no se te ve en ningún acontecimiento social —le comentó su excelencia a Alex en cuanto entró en su despacho.

—¿Me habéis hecho madrugar para recriminarme mi falta de actividad social?

Alex se dejó caer en el asiento que estaba frente al escritorio de su padre, albergando la esperanza de que éste no sospechara sobre la causa de su aislamiento. La única solución que veía para mantenerse alejado de su obsesión era no verla en absoluto.

—Si no me equivoco, ya te he hablado de las responsabilidades que debes asumir.

—Y, si yo tampoco me equivoco, las estoy cumpliendo —contestó Alex de mal humor—. Ya me he puesto al día con el estado de mis propiedades y he hablado con mis administradores.

—Olvidas que debes perpetuar el nombre de los Randolph, y para eso tienes que casarte y engendrar hijos varones. Esto implica que conozcas a una dama de reputación intachable para casarte, y no te topará con ninguna si no frecuentas los lugares adecuados.

—¿Acaso sólo las damas de buena cuna tienen hijos varones?

—Alexander William Randolph, tómate esto en serio.

El único indicio que demostraba que su padre estaba molesto era cuando lo llamaba por su nombre completo, aunque su tono de voz no variase.

—Vos os casasteis cuando casi teníais treinta y cinco años. ¿Por qué yo debo hacerlo casi diez años antes que vos?

—Porque así tendrás tiempo de rectificar si tu esposa resulta estéril.

—¿Acaso estáis insinuando que cometa homicidio? —Preguntó Alex, burlón.

—Me refiero a que tendrías tiempo para solicitar la anulación. Ella también podría morir por causas naturales y así no serías tan viejo para cuando tuvieras que buscar otra esposa.

—¿Y desde cuándo estáis a favor de la anulación? Pensé que no queríais escándalos.

—Y no los quiero, pero nadie hará ningún comentario malicioso si anulas el matrimonio porque tu mujer no te da herederos. Me opongo a que el apellido muera contigo y el título acabe en manos de un primo lejano que no conocemos y que, gracias a Dios, hasta ignora ser nuestro pariente. Si no ya estaría rondando por aquí como un parásito.

—Una suerte para el pobre.

—Hoy me acompañarás en nuestro palco y serás correcto con nuestros invitados. Te recogeré a las siete. Eso es todo, puedes retirarte.

El duque volvió a centrarse en los documentos, dando por finalizada la conversación. Alex se levantó, malhumorado, y salió de la mansión.

—Esta noche saldremos juntos.

Elizabeth dejó de comer el almuerzo para mirar a su padre con curiosidad.

—¿Por qué, de repente, quieres acompañarme?

—¿Es que un padre necesita motivos para estar con su hija?

—Un padre como tú, sí.

El duque de Handquenfield también dejó de comer y dijo, mirando a Elizabeth:

—Últimamente tienes a tus pretendientes muy abandonados, ¿qué les haces para que no vengan a pedirme tu mano?

—Será porque ahora todo el mundo sabe que no tengo dote y me creen una cazafortunas. Como sólo busco la compañía de caballeros adinerados... Los únicos a quienes les da igual que no tenga dinero son hombres incluso mayores que tú.

—Lord Glenmore es joven.

—Papá, no empieces otra vez.

—Pero es verdad. Te estás complicando las cosas tú sola. A estas alturas ya podrías estar casada con él y yo no tendría que preocuparme más por el dinero. Es indigno que un duque deba preocuparse por algo tan vulgar —comentó lord Handquenfield con cara de repugnancia, y siguió comiendo.

—Por supuesto, qué poco considerada soy al cargarte con algo así, cuando deberían ser los administradores de mi futuro marido los encargados de gestionar tus bienes, aliviando de ese modo tu cabeza aristocrática.

—Yo no tengo la culpa de haber heredado el título con tantas deudas y de que el dinero de tu madre se acabase tan pronto —dijo el duque, indignado.

—Claro. Tampoco tienes la culpa de pedirle un préstamo a tu amigo el duque de Kinstong y venderme a su hijo.

Su excelencia siguió comiendo e ignoró a su hija, como hacía siempre que salía a relucir ese tema, y ella lo imitó. Cuando acabaron el almuerzo, el duque se levantó y dijo con firmeza:

—A las siete saldremos de aquí.

—Veo que Charles continúa evitándome.

—Sigues teniendo buena vista —contestó Michael cuando Alex se sentó a su lado.

El marqués había llegado al club y, al acercarse a sus amigos, Charles se había levantado inmediatamente para salir del recinto sin tan siquiera saludarlo.

—Creo que se siente molesto porque piensa que estás rompiendo una de nuestras normas.

—¿Cuál?

—El primero que la ve es quien se la queda y no permite que se la arrebaten. Él vio antes a lady Elizabeth, Alex.

—¿Acaso no hace tiempo que me he alejado de ella?

—La verdad es que hace tiempo a lady Elizabeth no se la ve en compañía de ningún caballero, a no ser que éste carezca de cabello. Charles, al igual que tú, no frecuenta ningún acontecimiento social, y desde que se sabe que lady Elizabeth no tiene dote...

—¿No tiene dote?

—Ése es el rumor que circula por los salones. Siempre se supo que el duque de Handquenfield no tenía dinero, pero esto...

—La gente es idiota y ciega.

—¿Cómo dices? —preguntó Michael, intentando disimular su curiosidad ante el arranque de Alex. Había sacado ese tema a propósito para ver cómo reaccionaba su amigo.

—Prefieren a las mujeres frívolas, superficiales e incultas pero con dinero.

—Evidentemente, todo lo contrario que lady Elizabeth.

—Exacto.

Alex se dio cuenta demasiado tarde, al ver la sonrisa de su compañero, de que estaba diciendo más de lo que pretendía.

—¿Y Charles es uno de esos idiotas?

—No lo creo. Seguramente dentro de unos días volverá a perseguir a lady Elizabeth, pero por ahora no se atreve por ti.

—Tendré que hablar con él.

—Sí, deberías. Pero ¿qué le vas a decir? ¿Que puede seguir yendo detrás de la dama o que no se le vuelva a acercar?

Michael ocultó que Charles no había acudido a ningún acontecimiento social por estar ocupado atendiendo a su nueva amante. Estaba seguro de que el interés de Charles por Elizabeth no duraría mucho más, pero dudaba seriamente de que le pasara lo mismo a Alex.

El marqués se había quedado callado, reflexionando sobre lo que le diría a Charles. No le gustaba nada ver a Elizabeth con su amigo, pero tampoco tenía ningún derecho sobre ella. Sin decir nada más, pidió una copa a un camarero que pasaba cerca de ellos y cambió de tema.

—Esta noche tengo que ir con mi padre y sus invitados a Drury Lane.

—No sabía que tu padre invitase a gente a su palco.

—Y no lo hace. Ignoro a qué viene este cambio.

Elizabeth no quería admitirlo, pero se sentía entusiasmada mientras esperaba con su padre en el vestíbulo del Drury Lane. Le encantaba el teatro y la ópera, por eso estaba dispuesta a aguantar a los amigos de su padre con tal de poder disfrutar del espectáculo.

—Ahí vienen —le dijo su padre mientras avanzaba entre la multitud.

Elizabeth no le prestó atención, intentando ojear el folleto de una dama que se encontraba cerca de ella. Su padre no le había dicho qué iban a ver, y ella quería saberlo, pero por más que se estiraba para leer el folleto, no conseguía distinguir bien las letras. Lord Handquenfield le había prohibido llevar las gafas porque, según él, parecía una intelectual, y los hombres no buscaban eso en una esposa.

—Creo que ya conocen a mi hija.

Elizabeth oyó tras ella la voz de su padre y se giró, quedándose sin aliento cuando vio al marqués de Glenmore acompañado por el duque de Kinstong. Su padre no era tan ingenioso como para tenderle una trampa así. Al ver la cara de sorpresa del marqués, se dio cuenta de que el autor de aquello no podía ser otro que lord Kinstong.

—Su Excelencia, milord.

—Alexander, acompaña a lady Elizabeth a nuestro palco mientras yo me encargo de unos asuntos con Handquenfield.

—Por supuesto, será un placer —Glenmore le ofreció su brazo y subieron las escaleras—. Tú tampoco lo sabías, ¿cierto?

—No, mi padre se calló muy bien quién nos había invitado.

—Esta emboscada es extraña en mi padre, pero hace tiempo que dejé de intentar comprenderlo. Es imposible averiguar lo que está tramando.

—¿Sabes lo que vamos a ver?

Alexander miró a su alrededor, buscando un folleto, y vio uno en manos de un caballero.

—*Dido y Eneas*, de Henry Purcell. ¿La has visto ya?

—No.

—Yo sí la he visto varias veces.

—En ese caso, cuéntame la historia, por favor.

—Es una ópera, inspirada en la *Eneida* de Virgilio, sobre la historia de amor entre Dido, la legendaria reina de Cartago, y el refugiado troyano Eneas. Cuando Eneas y su tropa sobreviven a un naufragio frente a las costas de Cartago, él y la reina se enamoran. Pero unas brujas, envidiosas de la felicidad de Dido, convencen al héroe de que debe marcharse de Cartago para fundar una nueva Troya en tierras latinas. La reina, al no poder vivir sin su amor, se suicida.

—Una historia trágica, como muchas otras.

—Sí, pero ésta es especial. A mí me fascina, y si la soprano que interpreta a Dido es buena, podremos disfrutar mucho del lamento de Dido, que es el aria más conmovedora.

—No sabía que te gustara la ópera.

Alexander sonrió mientras entraban en el palco y le enseñaba su asiento.

—Soy un seguidor del teatro y de la ópera. Durante mi carrera militar, al viajar constantemente por el continente, tuve la oportunidad de disfrutar de grandes obras y ver a muy buenos artistas.

Ese hombre cada día la asombraba más y, cuando se sentaron, siguió haciéndolo.

—Esta semana ha sido horrible, sin poder verte —susurró.

Desgraciadamente, para ella también. Había anhelado verlo más de lo que le gustaría, pero no podía decírselo. Elizabeth se cubrió con el abanico y empezó a abanicarse. De pronto, se sintió acalorada, seguramente debido a la proximidad de Alex.

—Me alegra que me sigas tuteando.

—No puedo evitarlo.

—Es comprensible, después de lo que hemos vivido juntos.

Elizabeth sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo y se irguió en el asiento, abanicándose con más fuerza.

—¿No te sorprende que no haya llovido estos días? —Preguntó ella, intentando entablar una conversación trivial.

—No me importa el tiempo, sino tú. ¿Cómo te fue esta semana?

—Pues... —Elizabeth titubeó antes de proseguir. Lo cierto es que se había pasado todos los días pensando en él. Por su culpa, cada vez le resultaba más difícil coquetear con otros hombres. Así que intentó molestarlo—. La verdad es que he echado de menos la compañía de Charles. ¿Sabes dónde ha estado estos días?

La estrategia funcionó. Alexander, apretando los labios y los puños, contestó secamente:

—No sé dónde ha estado.

—No será culpa tuya, ¿no?

—¿Mía? ¿Piensas que le he prohibido verte porque estoy celoso?

—Yo no he sugerido tal cosa, pero si crees que pienso eso será por algo...

—Eres una egocéntrica.

Elizabeth estrujó el abanico con fuerza.

—No hablemos más del tema. No vaya a ser que digamos cosas de las que nos arrepintamos después.

—No, ahora que hemos entrado en ello me gustaría advertirte que Charles no es de los que se casan. Seguramente lo acabará haciendo, como todos —dijo, esbozando una mueca de disgusto que demostraba que él tampoco esperaba ansioso ese día—, pero no tan pronto. De modo que no te hagas ilusiones con él.

Elizabeth volvió a erguirse en su asiento.

—¿Cómo te atreves a hablar así de un caballero tan honorable como Charles?

—Precisamente porque es mi amigo y lo conozco bien. Mucho mejor que tú. Sólo digo la verdad, aunque no te guste.

—No pienso seguir hablando de él contigo.

Elizabeth miró hacia los palcos de enfrente y se dio cuenta de que los ocupantes estaban pendientes de ellos. Quizás podía sacar algo bueno de aquello porque mañana ella estaría en boca de todos. El prestigioso duque de Kinstong no era famoso por invitar a nadie, así que su popularidad subiría y, con suerte, algún caballero volvería a prestarle atención. Además, ese palco tenía una vista perfecta y Elizabeth podría disfrutar de la obra, olvidándose del hombre que tenía a su derecha y estaba peligrosamente cerca de ella. Al poco tiempo, se oyeron las voces de los duques y la cortina se cerró tras ellos. Elizabeth se giró y pudo apreciar que ambos estaban decepcionados al encontrarlos tan callados. Bueno, sólo pudo notar la decepción en el semblante de su padre, ya que el duque siempre mostraba la misma expresión. Se sentaron detrás de ellos e inmediatamente comenzó la función, que la absorbió por completo, entendiendo por qué le gustaba tanto al marqués. Era fantástica. Los tres actos se le pasaron volando. Cuando cayó el telón, sus excelencias se retiraron enseguida con la clara intención de dejarlos solos.

—No podrían haberlo hecho mejor si se lo hubiera pedido.

—¿Qué estás haciendo?

Alexander la había arrinconado en una esquina oscura del palco, ocultándose de las miradas ajenas, y la apretaba tanto a su cuerpo que sentía su respiración en las sienes.

—Sólo quiero aprovechar esta oportunidad.

Y sus labios se encontraron. Él la saboreaba como un hombre hambriento y ella se agarró a sus hombros, recreándose en aquel tierno y profundo beso que no duró tanto como a ella le hubiera gustado. Aprovechando el aturdimiento de Elizabeth, y antes de que ella se apartara, Alex le susurró al oído:

—Pero, ¡ay! Con qué palabras puedo intentar pacificar a mi ofendida reina; nada más ceder a su corazón, me veo forzado a partir arrancándome de sus brazos. ¿Cómo puede ser tan duro un destino? Una noche de gozo, la siguiente de renuncia. ¡A vosotros os culpo, a vosotros, dioses! Ya que no obedezco vuestros deseos, pero con mayor facilidad moriría...

Le dio un rápido y dulce beso en la mejilla, se alejó unos pasos y le ofreció su brazo a Elizabeth, que aceptó temblando. Durante toda la noche, ella no dejó de preguntarse cómo podía haber recitado las palabras de la obra con tanta convicción, como si se tratara de alguno de sus personajes o fuese un hombre enamorado.

Capítulo 11

—Es incomodísimo andar con estos zapatos por la hierba. ¡Menuda ocurrencia la de lady Abot!

Elizabeth y Phoebe sonreían ante la incomodidad de la señora Wessit. Lady Abot era famosa por su originalidad y no era extraño que celebrase un picnic en su casa, a las afueras de Londres. Al fin y al cabo, la temporada ya había concluido y, si no fuera por las festividades que celebraban el triunfo de la batalla, en la ciudad apenas quedaría nadie. En estas reuniones se podía jugar al críquet y practicar el tiro con arco. Eran los acontecimientos preferidos de los jóvenes, pero las matronas los detestaban y solían sentarse en unas sillas para cuchichear sobre los jóvenes que corrían por el campo.

—Niñas, venid a sentaros un rato conmigo.

Ambas obedecieron y se sentaron a su lado. La señora Wessit no era partidaria de que jugasen, aunque no se oponía si algún caballero o dama influyente les pedía que se unieran a ellos.

—¿Cómo va tu plan? —le susurró Phoebe a Elizabeth.

—¿Perdona?

—Tu plan de casarte con un hombre rico para no tener que hacerlo con el marqués. Me parece que, últimamente, no te estás esforzando demasiado.

—Sí que lo estoy intentando.

Phoebe puso los ojos en blanco.

—Lizzie, no sabes mentir.

Elizabeth resopló.

—Bueno, vale, no me estoy esforzando mucho. Además, mi primer objetivo es Charles y hace tiempo que no lo veo.

—¿Ah, sí?, pues yo lo estoy viendo ahora mismo. Si esperas un minuto, tú también lo verás.

Las dos se pusieron a hablar del tiempo, para disimular, mientras el caballero se acercaba.

—Señoritas.

—Lord Middleton —dijeron ambas, al levantar la vista, y sonrieron.

—Es un placer volver a verlas.

—Hacía tiempo que no lo veíamos, milord —comentó Phoebe, revelando en voz alta los pensamientos de Elizabeth.

—Estos días he estado muy ocupado. Mi familia se ha ido al campo. Como no tengo que acompañar ni a mi madre ni a ninguna de mis hermanas, soy todo tuyo —dijo Charles con una sonrisa seductora—. ¿Me harías el honor de echar una partida de críquet conmigo?

—Por supuesto, milord.

Elizabeth se levantó, pero Phoebe permaneció en su sitio.

—Hoy me encuentro muy cansada. Mejor me quedo aquí con mi madre.

Y, disimuladamente, le guiñó un ojo a Elizabeth.

—Debo advertirle que soy muy competidora. Odio perder —bromeó Elizabeth, mientras Charles y ella caminaban.

—Por favor, volvamos a tutearnos, por lo menos entre nosotros. A mí tampoco me gusta perder. No me dejaré vencer, aunque sea poco caballeroso.

—Mejor, así no será tan fácil ganarte.

—Si llego a saber que te ganaría de esta forma, hubiera apostado más de dos libras.

—Perdona, Mike, pero estoy distraído.

—Sí, de eso ya me he dado cuenta.

Michael le estaba ganado al billar a Alex, ya que éste aún no había metido ni una bola y a Michael sólo le quedaba meter la negra.

—¿Ya hablaste con Charles?

Esa pregunta provocó que la bola blanca volara fuera del tablero. Alex gruñó y Michael intentó no reírse.

—Sí, le pedí perdón y quedamos en que olvidaría mi estúpido comportamiento.

—De modo que te mantendrás al margen.

—En efecto.

—Ajá, por eso Charles se fue hoy a la propiedad de los Ascot para asistir a su picnic.

Siguieron jugando sin hablar hasta que Michael metió la bola negra.

—Quizás habría que avisar a la pobre dama.

—¿De qué hablas?

—Está claro que Charles la persigue por su belleza. La gente puede interpretarlo como un cortejo, pero sabes bien que Charles no tiene ninguna intención de atarse a una mujer de por vida.

—Lady Elizabeth lo sabe.

—¿Qué quieres decir?

—Ya se lo advertí, aunque no me hizo mucho caso.

—¿No me acabas de decir que te ibas a mantener al margen?

—Bueno, hablé con ella antes de conversar con Charles.

—Ajá, ¿y dices que ella no consideró tu consejo?

—No, lo que hizo fue defender a Charles —dijo Alex irritado, mientras se sentaba para dar largos tragos a una copa llena que tenía en la mano.

Michael se sentó frente a él y se quedó mirándolo durante un rato.

—Pensaría que estabas intentando deshacerte de la competencia.

—Michael, por favor, no empieces otra vez. Charles no es ninguna competencia para mí porque yo no tengo ningunas intenciones con Elizabeth.

—Ajá.

—Ese ajá tuyo está empezando a desquiciarme. ¿Es que acaso no me crees?

—No.

—Me da igual lo que creas porque es la verdad.

—Ajá.

—¿Jugamos otra partida?

—Claro, pero esta vez apostaremos diez libras.

Al acabar la segunda partida, Alex le dio las diez libras a un Michael triunfante.

Elizabeth estaba tarareando en el comedor, cuando Marcus entró.

—Siéntate, Marcus, y desayuna conmigo.

—Gracias, niña. Ya he desayunado, pero me sentaré. Esta mañana te veo de muy buen humor.

—Creo que, dentro de lo que cabe, las cosas están marchando bien.

—¿A qué te refieres?

—Ya lo sabrás. ¿Qué querías decirme?

—Tu padre ha vuelto a la casa de campo para solucionar un problema con los arrendatarios.

—¿Por qué lo está haciendo él y no tú, como siempre?

—Necesitamos que los arrendatarios vean que se preocupa por ellos, sobre todo cuando sepan que no estamos en una buena situación financiera. Pero éstas no son las noticias que te quería comunicar.

—¿Son buenas o malas?

—Me temo que te parecerán malas, niña.

—Si tiene ver con que vais a vender algo para conseguir dinero, me parece bien. Sabes que no soy como papá.

—Hemos puesto en venta el palco.

—¡No!

Elizabeth se horrorizó y Marcus le dio unas pequeñas palmaditas en la mano, a modo de consuelo.

—Casi nunca lo utilizáis, y cuando te cases utilizarás el de tu marido o el de su familia.

—Entonces tardaré mucho en volver a pisar el teatro —dijo Elizabeth, y Marcus suspiró—. No, no quiero enfadarme. No volvamos al tema del matrimonio. Ya estoy en ello, pero no quiero apresurarme.

—Está bien. Aunque tu padre está muy preocupado por eso.

—Pues que se relaje, porque ya hay un prometido a la vista.

—¿Sí? ¿Quién?

—No, no te lo diré. Todos son malos para ti, excepto lord Glenmore.

—Es que debes admitir que es un buen partido. Heredero de un ducado, rico, honrado, valiente, amable, respetable, joven y, según dicen las damas, muy apuesto.

—Te faltó tiempo para hacerle un informe —refunfuñó ella al pensar que Alexander era todo eso y más.

—Si no fuese así, convencería a tu padre para que se olvidase del marqués.

—Pues hazlo.

—Actualmente no hay ningún caballero que te merezca tanto como él, ni siquiera ese dandi con el que estás ilusionada.

—Si ya lo sabías, no sé para qué me preguntas quién es.

—No puedes hablar en serio. Lord Middleton no piensa en ti como futura esposa.

—Incluso tú no puedes saber eso.

—Los hombres como él sólo se casan cuando les llega el momento de pensar en los herederos. Aún es joven y pasará mucho tiempo para que empiece a planteárselo.

—Creo que se me ha ido el apetito.

Elizabeth se levantó, dejando su plato casi lleno.

—Niña, eres demasiado testaruda y siempre huyes cuando hay algo que no te gusta.

—Mentira.

Y salió enfurecida del comedor. Marcus soltó una carcajada pues, actuando de ese modo, Elizabeth no hacía otra cosa que corroborar su afirmación.

Cuando llegó a su alcoba, su doncella le estaba colocando la ropa limpia en el armario.

—Mary, cógeme el sombrero y la capa, necesito dar un paseo.

—Sí, milady, ¿adónde iremos?

—No lo sé, pero podríamos ir...

—¿Al museo?

—Qué bien me conoces.

Solía ir varias veces al mes. Allí se sentía segura, disfrutaba de las exposiciones y cada día aprendía una cosa diferente.

Alex paseaba por Piccadilly, pensando en la conversación que acababa de tener con su padre. Éste le había vuelto a recriminar que se mantuviese apartado de la vida social, pero él no sólo no acudía para evitar a Elizabeth, sino también porque estaba cansado de que le preguntasen por los años que había vivido fuera de Inglaterra. Se detuvo frente a la Royal Academy y decidió entrar para ponerse un poco al día. Una vez dentro, cuando contemplaba los cuadros, tropezó sin querer con otro observador.

—Disculpe...

—No, discúlpeme, yo...

Ambos se interrumpieron al mirarse a los ojos, y Alex volvió a encontrarse atrapado en el objeto de su deseo.

—Que coincidencia verte aquí —dijo Elizabeth con recelo.

—No te estaba siguiendo. No seas tan egocéntrica.

Elizabeth inspiró con fuerza y decidió ignorarlo, así que se giró y continuó observando los cuadros.

—Sólo vine para cultivarme un poco. Incluso un soldado tan tosco como yo lo necesita de vez en cuando. Además, me entró curiosidad por saber por qué te interesan estas cosas.

Ahora sí que la estaba siguiendo y ella se esforzó por ignorarlo a pesar de que sentía, perturbadoramente cerca, su presencia varonil.

—Dime qué ves en este paisaje que tanto te atrae.

—Aparte de que es hermoso, es lo más cerca que estaré de la naturaleza italiana.

—¿Acaso has descartado por completo viajar?

—Simplemente no puedo permitirme ese lujo.

—Estoy seguro de que, cuando te cases, tu marido te llevará gustoso a cualquier parte del mundo.

Ella estaba a punto de refutar esa afirmación, cuando vio a lo lejos que su doncella le hacía señas.

—¿Qué sucede? —preguntó Alex, mirando en su dirección.

—Mi doncella me está avisando de que ya llevo mucho tiempo aquí. Debo irme.

—¿Tu doncella tiene que estar siempre pendiente de ti?

—Sí, suelo ensimismarme en las exposiciones y me olvido de la hora. Aquí el tiempo se me pasa volando. Buenos días.

Elizabeth se reunió con Mary para dirigirse a la salida, mientras se repetía varias veces que no estaba desilusionada por alejarse del marqués, sino por no poder quedarse más tiempo allí.

Capítulo 12

—¿Puedo preguntarte algo, Phoebe?

—Pregunta.

—¿Crees que las intenciones de Middelton son serias?

—¿Te refieres a si te está cortejando? ¿Si su intención es pedir tu mano?

—Exacto.

—Aparentemente parece que sí, pero...

—¿Pero?

—No veo a lord Middelton casado. Tampoco creo que fuerais a ser felices si os casarais.

—¡Oh, perfecto! ¿Y ahora qué hago?

—Siempre puedes buscar otro caballero.

—Los caballeros disponibles tienen una edad igual o superior a la de mi padre.

—Siempre te quedará el mejor partido de la temporada.

—Dicho así suena muy bien, pero no es así en absoluto. Incluso esa posibilidad es ahora cada día más lejana.

—¿Lo dices por el escaso interés que muestra por ti últimamente?

—¿Escaso? Inexistente, diría yo. Ni siquiera me mira.

Phoebe no pudo evitar sonreír.

—Oh, sí que te mira. Sobre todo cuando tú no lo estás mirando a él, cosa que haces en demasía. Disimula bastante bien, pero yo lo tengo vigilado.

Hacía tres días que Glenmore había vuelto a acudir a los acontecimientos sociales, y en esas tres reuniones la había ignorado por completo. Elizabeth lo echaba muchísimo de menos y, aunque se esforzaba al máximo por reprimirlos, se moría de celos cada vez que Alex bailaba o conversaba con alguna dama.

—¿Y lord Hasclot? —Preguntó Elizabeth, más que nada para cambiar de conversación.

—¿Ese hombre? ¡No puedes hablar en serio! Me dan escalofríos cada vez que lo veo y la manera en que te mira es aún peor. Cuando bailáis jamás aparta la mirada de tus pechos. Ni siquiera intenta disimular.

—Eso me demuestra lo fácil que sería de atrapar. Podría manipularlo, utilizando mis armas femeninas. Además, al estar ocupado con sus amantes, me dejaría un poco en paz.

—Pero tiene un aire tan siniestro y agresivo... No me parece un buen hombre y creo que se dicen cosas horribles de él.

—¿Qué clase de cosas?

—Lo ignoro. Ya sabes que, según los hombres, las mujeres tenemos el oído demasiado delicado para ciertos temas.

—Es probable que sean exageraciones. Lo importante es que no le falta dinero, no es tan mayor y es el único que se sigue acercando a mí después de que se supiese que no tengo dote. Seguramente no le importará pagar la cantidad del préstamo.

—Claro que no. Está decidido a poseerte.

—Como todos los maridos, Phoebe. Para ellos no somos más que una posesión.

—Estoy segura de que no para todos. Verás...

Como alguien se acercaba, Phoebe se interrumpió para decir:

—Lord Hasclot.

—Damas. ¿Me permite pedirle que sea mi acompañante en esta pieza, lady Elizabeth?

—Por supuesto, milord.

Phoebe disimuló una mueca y Elizabeth se alejó hacia la pista de baile acompañada de lord Hasclot, ignorando que estaba siendo observada por unos ojos grises.

—Ya que no le quitas los ojos de encima, invítala a bailar.

Alex se sobresaltó al oír su voz, pero lo disimuló de inmediato, girándose sin bajar la cabeza. Su interlocutor era el único de la sala que casi tenía su misma estatura.

—Hágalo usted, excelencia.

—Probablemente la dama prefiera tu compañía.

—Yo no apostaría nada por eso.

—Tonterías, cualquier dama aquí presente se sentiría honrada con tu petición.

Alex lo miró sorprendido. Era lo más parecido a un halago que le había dicho jamás, pero él no se dejó engañar.

—Por supuesto, ¿quién rechazaría al heredero del ducado de Kinstong?

—Exactamente, ninguna dama en su sano juicio te rechazaría.

—Entonces, hay varios tipos de cordura.

—¿Es que la dama se te resiste? En ese caso, es por tu culpa. Si no te esfuerzas ni lo más mínimo...

—Eso no es de su incumbencia.

—Pues claro que sí lo es. Me preocupa que mi hijo no haya bailado con ninguna dama de alcurnia durante estas últimas semanas. Así que baila con Elizabeth, que es de tu mismo nivel. Instala a bailar, si quieres, un vals. Tengo entendido que ya lo bailaste con ella en una ocasión.

Eso lo endureció aún más. Odiaba que su padre vigilara todos sus pasos.

—¿Con un baile me dejará en paz?

—Me conformo con un vals cada noche.

—Hecho.

—En ese caso, ¿a qué esperas? Ve y libérala de esa escoria.

Por una vez ambos estaban de acuerdo. Alex deseaba separar a Elizabeth del repugnante lord Hasclot, pero antes tendría que encargarse de hablar con otra persona.

Se alejó para buscar a Charles. Tendría que explicarle la razón por la cual incumpliría su promesa. No le gustaba romperlas, aunque en ese momento su júbilo era superior por el hecho de tener una buena excusa para volver a estrechar a su dulce ángel entre sus brazos.

—¿Qué tal con lord Hasclot? Después del baile estuvisteis un rato conversando —dijo Phoebe.

—Sí, dejé que me hablase de él todo el tiempo. Es del tipo de hombres a quienes les gusta vanagloriarse de sus hazañas. Al final recordó que hacía mucho tiempo no íbamos a cabalgar, y me pidió que lo acompañara mañana —respondió Elizabeth.

—¿Mañana? ¿Tan pronto?

—Sí. Sus intenciones son claras, ¿verdad?

—Es sabido por todos que busca una esposa. Su madre lo está presionando y, como es la que controla la fortuna de la familia, no le queda otra que seguir sus órdenes.

—Aun así, tu mirada me dice que me ocultas algo.

—Ya te advertí que ese hombre me da mala espina.

—Te conozco. Seguro que, mientras estaba con el barón, averiguaste algo sobre él.

—Tenías razón. Es un hombre muy rico. Procede de una de las familias más adineradas de Inglaterra y su título, aunque de poca relevancia, es muy antiguo. Sin embargo, no goza de

respetabilidad entre los miembros de la clase alta, por eso su madre quiere que se case con urgencia para acallar los rumores. Unos rumores que, por más que intento saber cuáles son, no puedo descubrir.

—Sabes que no me gusta hacer caso de los rumores. Si está buscando esposa, soy perfecta para él

—No sé, lord Hasclot me parece peligroso. Más te vale andar con cuidado en lo que a él concierne.

—Siempre soy precavida con los hombres.

«Con todos no», le recordó una voz en su cabeza.

—Pues con éste debes serlo más... Tengo sed. Me apetece un ponche, ¿vienes?

—Si no te importa, prefiero quedarme aquí, junto a las puertas de la terraza. El aire fresco me viene bien. Estoy un poco sofocada.

—Por supuesto, ahora vuelvo.

Elizabeth estaba tan concentrada en abanicarse, aliviándose del calor, que no se percató de que un hombre se acercaba a ella, hasta que éste le habló.

—Parece que es una noche calurosa.

Elizabeth reprimió un chillido.

—Lord Glenmore, me ha asustado.

Y se llevó una mano a su desbocado corazón, sin saber si la causa se debía al susto o a tener al marqués tan cerca.

—Lo lamento muchísimo. No era ésa mi intención.

Pero él no dejaba de sonreír, clavando la mirada en su mano, y Elizabeth la bajó de inmediato.

—Permítame que lo dude.

Alexander puso cara de inocente. Estaba irresistible esa noche. Ella reconoció que lo estaba siempre, pero cuando lo tenía tan cerca apreciaba mejor su atractivo físico.

—Sé que me dijiste hace tiempo que me mantuviera alejado de ti, pero ahora tengo que pedirte un favor.

—También te pedí hace tiempo que no me tutearas.

—Es curioso que me recuerdes eso cuando te conviene. Y creo que, con lo que hemos vivido juntos, las formalidades están de más.

El marqués, al decir esto, la miró de un modo tan penetrante que la hizo recordar aquella mágica noche en la casa de los Blackford, lo que le provocó un mayor acaloramiento y un intenso rubor en las mejillas. Elizabeth carraspeó, intentando controlar su postura.

—¿Cuál es ese favor?

—Que bailes un vals conmigo en cada reunión en la que nos encontremos.

—¿En todas? ¿Por qué?

—Te lo explicaré todo mientras bailamos.

Y le ofreció su brazo. Debido a su gran curiosidad e ignorando su sentido común, Elizabeth lo aceptó.

—¿Me lo vas a contar?

—¿Ahora ya no te opones a tutearme?

—Lo haré si no hay nadie escuchando, y no cambies de tema.

—Me lo sugirió mi padre.

—¿Tu padre te sugirió que bailaras conmigo?

El marqués asintió algo incómodo. Odiaba el poder que ejercía su padre sobre él, y más aún

tener que reconocerlo, pero con Elizabeth sólo podía ser sincero cuando se perdía en las profundidades de sus ojos.

—¿Te chantajeó de algún modo?

—No es exactamente un chantaje.

—¿Qué es, entonces?

—Desde niño me he esforzado por no defraudarlo y hacer que se sintiera orgulloso de mí, aunque ahora sé que todo ha sido en vano porque nunca ha dado muestras de ello. A medida que iba creciendo, mi manera de llamar su atención fue rebelándome, pero no conseguía nada. Tan sólo perjudicarme.

—No puedes hablar en serio. Tu padre debe sentirse orgulloso de ti. No despilfarras su dinero ni lo avergüenzas en público, por no mencionar tu brillante carrera militar.

Alex estaba estupefacto. Aparte de Charles y Mike, jamás nadie le había dicho aquello. Ella siguió enfrascada en su discurso sin darse cuenta de la reacción que suscitaba en él.

—No te compraste una comisión, sino que empezaste como soldado raso. Sobreviviste a una guerra destacando entre los demás, siendo condecorado y nombrado comandante. Tu padre debería estar orgulloso de ti, muy orgulloso.

—Vaya, gracias.

—Sólo he dicho la verdad.

—Pues esa verdad impresiona con tus palabras.

La atrajo aún más hacia él, inconsciente del lugar donde se encontraban, con el único pensamiento de fundirse con ella, de besarla, de...

—No te acerques tanto.

La soltó, apartándola un poco, sin dejar de mirarla fijamente a los ojos.

—¿Aceptas entonces mi petición?

—Por supuesto, te reservaré un vals cada velada.

—Supongo que no accederás si también te pido que te alejes de lord Hasclot.

—No tienes ningún derecho a pedirlo.

—Es por tu bien, es despreciable.

—No hables así de él. Es más, tampoco estoy obligada a hablar contigo de él.

Alex apretó fuertemente la mandíbula para no discutir, pero no pudo evitar decir:

—También debes tener cuidado con Charles, porque no tiene puestas las miras en el matrimonio. No te hagas ninguna ilusión al respecto...

—Si quieres conversar, cambia de tema porque no hablaré contigo de cosas que no te conciernen —dijo Elizabeth, impidiendo que terminara su discurso.

—Está bien —Alex guardó silencio durante unos instantes y luego prosiguió—: ¿Has ido a ver la nueva representación de *Hamlet*? Es realmente buena, los actores son excelentes y... —Dejó de hablar al ver el triste semblante de Elizabeth, que miraba al suelo cabizbaja—. ¿Qué sucede? —Ella ni se inmutó—. Elizabeth, por favor, mírame.

Ésta levantó la cabeza lentamente y, por fin, lo miró a los ojos.

—¿Qué sucede? —repitió el marqués.

—Mi padre ha puesto en venta nuestro palco.

Alex la vio tan afligida que sintió un nudo en el estómago. Quiso consolarla, invitándola al suyo, pero sabía que lo rechazaría. Mientras pensaba en otra solución, la música cesó, ambos dejaron de moverse y Alex la soltó, reticente.

—Hasta el próximo baile, lady Elizabeth —dijo él, haciendo una reverencia.

—Hasta el próximo vals, milord —respondió Elizabeth, y desapareció de su vista.

De camino a la sala de juego, donde lo esperaban Charles y Michael, Alex sonrió triunfalmente. Había dado con la solución perfecta para alegrar a Elizabeth.

—Quizás hoy quieras ir al teatro.

Marcus le había interrumpido su práctica diaria de piano, cuando se acercó a Elizabeth con unos documentos en la mano.

—Al parecer, tienes un palco. ¿Se puede saber cómo has hecho para comprarlo?

—¿De qué hablas?

—El palco que tu padre puso en venta ahora está a tu nombre.

—Pues yo no lo he comprado.

—Entonces alguien lo compró para ti, porque está a tu nombre y se adquirió de forma anónima.

Elizabeth se levantó de un salto y le arrebató los documentos. Tras leerlos, lo miró incrédula.

—¿El palco es completamente mío?

—Sí, niña.

—¿Y tú no tienes nada que ver con esto?

—¿De dónde iba a sacar yo el dinero para pagar el palco?

—Pero ¿quién me iba a comprar un palco?

—No lo sé y hay dos abogados de por medio. Me resultaría imposible averiguar quién fue el comprador.

—¡Es increíble! ¿Crees que estaría mal si lo aceptase?

—No, ya que nadie, aparte del comprador, los abogados y yo, lo sabe. Y estoy seguro de que ninguno de nosotros dirá nada. De modo que nadie se tiene que enterar. Ante los ojos de la sociedad, estarás usando el palco de tu padre.

—¿Y puedo ir siempre que quiera?

—Claro.

Elizabeth dio pequeños saltitos, casi provocando que se le cayeran las gafas, tiró los documentos y abrazó fuertemente a Marcus.

—Sería todo perfecto si no se lo dijeras a papá. Al fin y al cabo, lo importante para él era conseguir el dinero de la venta. ¿Qué puede importarle de quién sea ahora?

—No sé, niña...

—Por favor, por favor, Marcus. Si papá se entera, me prohibirá usarlo y, además, criticará a mis acompañantes. No podré huir de tantas cenas y reuniones, y ya voy a demasiadas. Además, la temporada ya ha finalizado y no queda tanta gente en Londres.

—No me gusta mentir a tu padre. Se supone que soy su hombre de confianza.

—Pero lo eres más de mí, ¿verdad, Marcus? —le dijo, con la misma carita inocente que ponía cuando era niña, para que Marcus no informase a su padre de sus pequeñas travesuras.

—Te lo suplico, Marcus.

—Está bien.

—¡Oh, gracias!

Elizabeth le dio a Marcus un beso en la mejilla y se alejó corriendo a su escritorio para escribirle una invitación a Phoebe. Iría con ella al teatro esa misma noche.

Capítulo 13

—¿Por qué sonreirá tanto cuando mira hacia aquí? —Le susurró Elizabeth a Phoebe en el palco para no despertar a la señora Wessit, que se había quedado dormida en el asiento de atrás.

—¿A quién te refieres?

—Al marqués.

—Yo también lo he visto. Diría que parece contento de verte aquí.

A Elizabeth la asaltó una idea alarmante.

—¿Crees que él podría haber comprado el palco?

—No creo, ¿con qué fin? Lo más probable es que te lo comprara lord Hasclot, que últimamente te persigue de forma incansable. Aunque, pensándolo bien, dudo que haya sido él. Si lo hubiera comprado presumiría de ello, de modo que a él también debemos descartarlo. ¿Tú tienes alguna idea?

—No, no se me ocurre nadie.

—Bueno, ¿qué más da? Lo importante es que está a tu nombre. No te pueden reclamar nada por utilizarlo.

—Tienes razón, debo dejar de preocuparme.

—Exacto.

Y ambas, ignorando las miradas del marqués, siguieron disfrutando de la obra.

—Últimamente te comportas como un hijo ejemplar. Sólo te queda casarte. ¿Quién será la afortunada? —preguntó Michael.

—Por el bien del duque más le vale esperar sentado, porque pasarán años hasta que me case, si es que lo hago —respondió Alex.

—Nunca digas de esta agua no beberé —dijo Michel risueño, como ocultando algo.

—Con tal de que no lo hagas con Elizabeth —soltó Charles, sorprendiéndolos a ambos.

—¿Desde cuándo eres tan posesivo? No tienes ninguna intención seria con ella —dijo Alex de repente, molesto con su amigo.

—No sé, lo he estado pensando. Me lo paso muy bien con ella y la única manera de acostarme con esa dama es casándome.

—O esperar a que se case con lord Hasclot.

Después de decir esto, Michael observó con atención la reacción de Alex, que no se hizo esperar. Éste apretó los puños con fuerza y agarró una copa de la bandeja de un lacayo que pasaba por allí.

—La verdad es que no es una mala idea. La preferiría tener como amante antes de como esposa.

—Oh, sí, muy buena idea. Sobre todo si lord Hasclot se entera —dijo Alex con sarcasmo, haciendo que Charles esbozara una mueca.

—Sí, ese hombre es despreciable. Si llegase a enterarse, me desafiaría a un duelo y mataría a golpes a Elizabeth.

—Precisamente. Charles, ¿no decías que te considerabas su amigo? Pues, como buen amigo, deberías avisar a lady Elizabeth —sugirió Alex.

—Seguramente ya sabe la clase de hombre que es, pero no le importará debido a lo acaudalado que es el barón.

Este comentario de Michael provocó en Alex una ira monumental.

—No sabes de lo que estás hablando —añadió el marqués entre dientes.

—Oh, sí. Olvidábamos que tú la conoces mejor, ya que has bailado con ella. ¿Cuántas? ¿Seis veces?

La verdad es que habían sido ocho. Ocho magníficos vales donde ambos habían charlado sobre todo: sus intereses, sus aficiones, del arte egipcio y hasta de algunas historias de cuando eran niños. Era como si ambos hubieran hecho un pacto en el que, mientras bailaban, eran dos personas sin responsabilidades, como dos amigos que se reunían para conversar, pero en cuanto se acababa la música ella volvía a ser la fría lady Elizabeth que buscaba un marido y él el marqués de Glenmore que huía del matrimonio.

—Seguramente la conozco más que Charles.

—¡Eh, oye! A mí me la presentaron hace más tiempo y he conversado con ella mucho más que tú.

—¿Y qué me dirías de ella? ¿Cuál es su libro favorito?

—No hablamos de esas cosas.

—¿Ah, no? ¿Entonces de qué?

Charles se quedó pensativo mientras Alex lo miraba, con una sonrisa expectante.

—La verdad es que hablamos de mí.

—Entonces, no la has estado conociendo a ella, sino a ti.

—¡No es mi culpa si yo siempre termino siendo el tema de conversación! Es ella la que no deja de preguntarme por mi vida.

—El truco que utilizan todas las damas para adular a los hombres —comentó Michael con sorna.

—Y dices que sería una buena esposa para ti.

—Sería tan buena como cualquier otra.

—Sí, claro...

—Charles, me parece que Helen te reclama. Ve a ver qué quiere. Quizás sea algo importante —dijo Michael, interrumpiendo la discusión.

Charles salió a reunirse con su hermana, que no lo había llamado en absoluto, al otro lado del salón.

En cuanto se fue, Michael le dio un fuerte codazo a Alex.

—¡Eres idiota! Si sigues fastidiando así a Charles, hoy mismo le pediré a Elizabeth que se case con él. Sabes que de los tres es el que menos está preparado para el matrimonio. Y en realidad no quiere hacerlo, pero lo hará sólo para demostrarte que puede.

—Es un inmaduro.

—Exacto, siempre lo han sobreprotegido sus padres y ha vivido entre algodones.

—Pues ya va siendo hora de que vuele del nido.

—Ya lo hará, a su debido tiempo. Nosotros lo hicimos antes por culpa de nuestras circunstancias.

—Hablando de eso, ¿qué tal te va con las herederas?

Michael bufó.

—Fatal. Lo he estado pensando y he llegado a la conclusión de que cortejarlas no es una buena idea, las pobres se ilusionan. No quiero que mi futura mujer piense que nuestra unión es por amor y no por conveniencia. Además, lo importante es convencer a sus padres. No... Si me caso, mi esposa también tiene que sacar beneficio de ello. Lo mejor es que me ponga en contacto con los ricos comerciantes que quieren introducir a sus hijas en la alta sociedad.

—Así también saldrán perjudicadas.

—No, no creo que sean tan tontas como para no saberlo. Ya hay varios matrimonios así. Antes de casarse, lord Stapleton estaba en la ruina, a punto de entrar en la cárcel de deudores. Ahora vive en su casa de campo, con sus deudas pagadas, y su esposa, la hija del dueño de una naviera, es la perfecta anfitriona, acude a las reuniones y toma el té con las damas de la alta sociedad.

—¿Eso es lo que buscas tú?

—Exacto, sería lo más adecuado para mí.

—Y triste.

Michael permaneció callado un instante, con la mirada perdida en el salón.

—Sí, mucho —musitó.

—Te veo realmente contenta —dijo Phoebe.

—Sí que lo estoy. No tengo nada de lo que quejarme. Últimamente todo me va bien.

—Eso y que acabas de bailar con el marqués.

—No tiene nada que ver.

—Sigue mintiéndome si quieres, pero antes de bailar con él te noto ansiosa y después siempre sonríes y estás de buen humor.

Cuánto la fastidiaba esa verdad. Sin embargo, Phoebe tenía razón. Cada noche se repetía a sí misma que no le dirigiría la palabra al marqués, pero en cuanto se encontraba entre sus brazos y él le hablaba de cosas que le interesaban tanto y siempre pidiéndole su opinión, como si le importase mucho, ella no podía evitar contestarle y conversar con él. Le parecía increíble todas las cosas que tenían en común, hasta su libro predilecto y su pasión por Mozart. Y se sintió muy impresionada cuando supo que él también tocaba el piano. Ahora Elizabeth le tenía más miedo que nunca.

—Estoy de buen humor porque hoy lord Hasclot me comentó que quería tener una cita con mi padre.

—Entonces, puedo quedarme tranquila. No creo que tu padre sea capaz de darle tu mano a un hombre así.

—Pues espero que lo haga. Por lo menos, yo le dije que lo hiciera.

—¡Lizzie, no puedes hablar en serio!

—Hablo totalmente en serio. Me voy a casar con él.

—¡Estás loca! Aún no te he contado lo que pude averiguar sobre él. Verás...

—Para, no quiero oír ninguna habladuría.

—Pero...

—No. Digas lo que digas, si me pide matrimonio, aceptaré. Y así solucionaré los problemas económicos de mi familia.

—Pero Lizzie...

—¡No! Y ahora, si me disculpas, creo que saldré a la terraza a tomar un poco el aire.

Mientras se alejaba, no pudo oír a su amiga susurrar:

—Oh, Lizzie, deja de hacerte la fuerte delante de mí.

En cuanto vio que Elizabeth dejaba sola a su amiga, Alex vio su oportunidad.

—Señorita Wessit.

—Milord, si está buscando a Elizabeth...

—No, la buscaba a usted. Hay algo de lo que le quiero hablar.

—Dígame, milord.

—Lady Elizabeth es su amiga, por eso quizás a usted la escuche. ¿Podría advertirle sobre lord

Hasclot? No puedo decirle los motivos, pero ese hombre no debería casarse con ninguna mujer.

—Oh, milord, ya lo he hecho, pero Elizabeth es terriblemente...

—¿Obstinada y testaruda?

—Exacto, y por más que pretenda hacerla cambiar de opinión, siempre actúa de la misma manera cuando no quiere oír la verdad: huye. Justo eso acaba de pasar ahora mismo. Estaba intentando hablar con ella sobre lord Hasclot, cuando salió despavorida hacia la terraza.

—No creo que me escuche si yo se lo advierto, pero debo hacer un esfuerzo y le pido a usted, por favor, que no desista.

—Por supuesto. Dígame, milord, ¿es verdad todo lo que se rumorea sobre lord Hasclot?

—Todavía no lo sé con seguridad. Procuraré confirmarlo, aunque no me extrañaría que fuera cierto.

—Lo poco que he oído me ha aterrado.

—Precisamente por eso tenemos que alejarla de él. Y ahora, si me disculpa, iré a hablar con ella.

—Espero que tenga más éxito que yo.

—Lo intentaré.

La terraza no quedaba muy lejos y los lacayos acababan de cerrar las puertas cristaleras debido al fresco de aquella noche. La terraza estaba desierta y poco iluminada, pero aun así pudo vislumbrar su silueta cerca de la barandilla. Y se dirigió hacia allí.

—Lady Elizabeth.

Elizabeth se dio la vuelta con rapidez. No lo había oído acercarse y se sintió sorprendida al ver que el marqués estaba detrás de ella.

—¿Es que intentas matarme de un susto?

—Disculpa.

—¿Qué haces aquí?

—Te estaba buscando.

—Tenía entendido que sólo nos veríamos durante nuestro vals. Hoy ya hemos bailado.

—Sí, pero debo decirte algo importante.

—Y bien, ¿qué es?

—Te veo algo alterada. ¿Estás bien?

—Sí, sólo necesitaba algo de soledad y tú lo has estropeado. De modo que di lo que tengas que decir y márchate.

—Por tu seguridad, te convendría alejarte de lord Hasclot.

—¿Tú también? No entiendo cómo podéis dar crédito a esas viejas chismosas.

—No sé con seguridad si lo que se dice de él es verídico, pero voy a comprobar si son sólo calumnias o si hay algo de cierto en ellas. Si ése fuera el caso, ¿te alejarías de él?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque no resultaría el marido idóneo.

—Vaya. ¿Y quién dice que eso exista? Además, no sé de dónde sacaste que me casaré con él.

—¿Aún no te lo ha pedido?

—Ésa es una pregunta demasiado íntima que involucra a otra persona, y a ti no te incumbe.

—Por favor, Eli, contesta.

El nombre con el que la llamaba mientras bailaban, cuando Alex bromeaba con ella, pareció ablandarla.

—No, no me lo ha pedido. Sólo me dijo que quería hacer las cosas bien, y por eso solicitó una reunión con mi padre para hablarle de sus intenciones.

—¿Y cuándo tendrá esa cita con tu padre?

—No creo que...

—¿Cuándo?

—Aún no ha hablado con él. Mi padre hasta el martes no vuelve de la propiedad que tenemos en el campo.

—Hoy es viernes. Tengo cuatro días para informarme sobre lord Hasclot. Creo que me sobrará tiempo, pero prométeme que durante estos cuatro días te mantendrás alejada de él.

—No puedo prometértelo.

Elizabeth comenzaba a irritarlo sobremanera.

—Eli, por favor, prométemelo.

—Está bien, te lo prometo, pero ¿y si descubres que todo lo que se dice de lord Hasclot es mentira? Podría perderlo si me alejo de él.

—¿Y tan terrible sería?

—Pues sí.

—¿Acaso te gusta?

—Estás preguntando en exceso, pero sí, me gusta. Creo que podría ser un marido adecuado para mí.

—¿Ya imaginas una vida junto a él? ¿Os imagináis en el lecho?

Se acercó más a ella, acorralándola sobre la barandilla de piedra, poniéndole las dos manos a cada lado de su cintura.

—Sí, lo ima-ma-gino —tartamudeó Elizabeth con evidente nerviosismo.

Era obvio que ella le estaba mintiendo. Aunque no podía verla bien, Alex sabía que Elizabeth evitaba mirarlo directamente a los ojos. Aun así, sus celos no disminuían.

—¿Disfrutas de sus besos? ¿Sientes la misma pasión con los suyos que con los míos? Mírame —le exigió casi brusco, a la vez que le agarraba la barbilla, obligándola a mirarlo.

—No —susurró.

Eso bastó para que él, aliviado, la besara apasionadamente.

Elizabeth sabía que debía apartarlo, pero no podía. Había echado tanto de menos su caricias y sus besos que no pudo oponerse a ellos. Disfrutó del beso e imitó el movimiento de la lengua de Alexander, arrancándole un gemido. Luego deslizó sus manos hasta la cintura de él, lo apretó contra su cuerpo y entonces pudo sentir su virilidad. Sin embargo, en lugar de alejarse intimidada, se excitó aún más y empezó a mover las caderas instintivamente. Anhelaba tanto fundirse con él, que tuvo el escandaloso pensamiento de que sus ropas sobraban. De repente, se percató de que ya no tocaba el suelo y comprobó que Alex la había levantado para sentarla en la barandilla.

—Soy demasiado alto. No quiero que te disloques tu hermoso cuello —murmuró el marqués con tono ronco y risueño, al mismo tiempo que le besaba la mandíbula y bajaba hasta su cuello, para detenerse donde se encontraba su acelerado pulso.

—Qué considerado —Elizabeth no pudo evitar reírse y notó que él también lo hacía contra su piel—. Deberíamos parar —dijo ella, con voz casi inaudible, mientras Alex le mordisqueaba el lóbulo de la oreja y le acariciaba los pechos por encima del vestido.

—Pídemelo y lo haré.

—No puedo.

—Yo tampoco.

Y Alex volvió a apoderarse de su boca. Mientras Elizabeth le devolvía el beso de forma

desenfrenada y le acariciaba el cabello, oyó la voz de Phoebe, que rompió el hechizo al instante. Elizabeth apartó al marqués abruptamente y éste la ayudó a bajar de la barandilla.

—Lizzie, ¿estás ahí?

—Sí, ahora voy.

—No rompas tu promesa —le susurró Alex con voz ronca y temblorosa.

Para Elizabeth fue reconfortante saber que lo turbaba tanto como él a ella.

—¿Y qué excusa pondré durante estos cuatro días para alejarme de él así sin más?

—¿Qué le ves? —le preguntó el marqués con frialdad.

—En serio, Alexander, eso no es de tu incumbencia.

—Es la primera vez, desde... que me llamas por mi nombre. Dímelo otra vez.

—Alexander —susurró Elizabeth mientras él le acariciaba el rostro y acercaba el suyo al de ella.

—Lizzie, no puedo verte. Será mejor que vengas ya, mi madre quiere irse y pregunta por ti. Es capaz de salir a buscarte —dijo Phoebe.

—Ve entrando, que voy ahora.

Elizabeth se alejó de Alex y, cuando estaba a punto de llegar a la puerta, oyó su voz:

—Di que estás enferma.

—¿Perdona?

—Finge un resfriado, un dolor de cabeza o algo, cualquier cosa que sea creíble para mantenerte en casa durante cuatro días sin recibir visitas. No te aburrirás, ¿no?

Elizabeth sonrió. La verdad es que sería un descanso para ella, y tenía un libro que llevaba tiempo queriendo leer.

—¿No te parece que hace mucho frío? No me extrañaría nada que cogiese un resfriado.

Ambos rieron. Antes de entrar en la mansión, Elizabeth se giró para mirar a Alex por última vez. El cielo se despejó y la luz de la luna mostró el rostro del marqués, con el pelo alborotado por el encuentro amoroso. La imagen hizo que a Elizabeth le temblaran las rodillas, pero enseguida recuperó la compostura y entró en la sala, donde la esperaban los Wessit, sin despertar sospechas. Había decidido cumplir la promesa de pasar unos días de tranquilidad en su casa. Aunque pensó para sus adentros que tan tranquila no estaría, pues iba a recordar cada minuto de aquel encuentro, como había hecho con los otros, en su retiro solitario.

Capítulo 14

Al día siguiente, Alexander se encontraba sentado en el despacho de la persona idónea para descubrir a lord Hasclot. Acababa de levantarse, cuando un hombre mayor, menudo pero robusto y con un rostro intimidatorio, entró por una puerta lateral del despacho.

—Milord, es un auténtico honor poder conocerlo al fin. Mi hijo no deja de alabarlo. Es un héroe en la familia y déjeme decirle que estoy enormemente agradecido de que salvara a John.

—Sólo cumplía con mi deber, haciéndome responsable de la seguridad de un soldado bajo mi mando.

—Tampoco estaba obligado, aunque fuera su superior, a sacar a mi hijo de debajo de aquel caballo y cargar con él en pleno combate para dejarlo en la enfermería. Además, me parece que mi hijo no fue el único que se salvó gracias a usted. Las hazañas de Alexander Gryf son famosas en toda Inglaterra.

—Al igual que su fama de saberlo todo sobre todos en Londres.

—Supongo que a cada uno de nosotros se nos da bien algo. Siéntese y cuénteme en qué puedo servirle.

—Me gustaría que recopilara información sobre Edward Cliford, barón de Hasclot. Quiero saberlo todo de él.

—Ese nombre me suena —el señor Kennedy, que era un antiguo agente de Bow Street, reflexionó un momento—. Si es el hombre que creo, estuvo implicado en un crimen de asesinato. Sin embargo, salió impune y, gracias a su dinero, el suceso fue enterrado en un solo día. Mañana mismo le daré un informe detallado de dicho hombre.

—¿Tan pronto?

—Es lo mínimo que puedo hacer por usted.

Elizabeth llevaba todo el día en la cama leyendo apaciblemente. No recordaba la última vez que lo había hecho y se sentía en la gloria. Libre de las restricciones sociales, sin nadie pendiente de cada uno de sus movimientos, sin esforzarse por ser la dama perfecta y nunca la persona que era en realidad, y que sólo salía a la superficie cuando estaba con Phoebe y Alexander. ¡Otra vez él! ¡No podía quitárselo de la cabeza! Sus brazos rodeándola, sus labios atormentando los suyos, sus manos tocando partes de su cuerpo que hasta entonces desconocía lo sensibles que podían ser a sus caricias... Una llamada a la puerta la sacó de sus febriles pensamientos.

—Milady, acaba de llegar esto para usted.

Mary se acercó con un gran ramo de gardenias.

—¡Oh, Mary, son preciosas! ¡Y son mis favoritas!

—Sí, quien se lo envió debió de tenerlo en cuenta, ¿no cree? —dijo la doncella y le guiñó un ojo—. Espero que esta vez lea la tarjeta antes de tirar las flores.

—No, ¿podrías ir a por un florero para ponerlas en agua?

Mary le dejó el ramo sobre el regazo y salió de la habitación. Elizabeth buscó ansiosa la tarjeta, sabiendo de antemano de quién serían.

Te deseo una amena recuperación de ese terrible resfriado.

Tuyo, A. R.

Se llevó las flores al pecho, aspirando su aroma. ¿Acaso no podría ser feliz con el marqués? No, no podría, acabaría irremediablemente enamorada de él. Alexander se apoderaría de su

corazón y se lo rompería en cuanto se cansase de ella y se fuera con otras mujeres. En cuanto dejara de respetarla y la ignorara. Sería capaz de aceptar infidelidad e indiferencia de un marido por el que no sintiese nada, pero nunca de un hombre de quien estuviera enamorada. Eso la acabaría destrozando y moriría en vida. Además, el marqués ya había declarado que no tenía ninguna intención de casarse y, si se enteraba de que su padre lo había planeado desde hace años sin su consentimiento, se opondría con más firmeza al matrimonio. Se pondría furioso y, para no dejar que el duque controlase su vida, jamás se casaría con ella. Lo más seguro es que pusiera tierra de por medio y ella no volvería a verlo, incluso hasta que lord Kinstong muriese. Elizabeth lo entendía perfectamente. Pensó que, si fuera hombre, también se alejaría. Pero no lo era. Como mujer, tenía la obligación de casarse y darle un heredero a su marido.

—He elegido el más bonito. ¿Dónde dejó las flores?

—Allí, en mi escritorio.

Mary cogió las flores, las metió en el florero y las llevó al escritorio mientras Elizabeth sentía que su mundo se desmoronaba.

—Oh, milady, tiene mala cara. ¿Se encuentra peor? ¿La puedo ayudar en algo?

—No, pero déjame sola y di que no quiero que me interrumpen.

—Por supuesto, milady.

En cuanto su doncella se fue, Elizabeth se tumbó de nuevo sobre la cama y abrazó fuertemente las almohadas. Sintió un intenso dolor en el pecho al llegar a la conclusión de que sería infeliz con Alexander pero también sin él.

—Señor Kennedy, no hacía falta que viniera en persona —dijo Alexander mientras se acercaba al investigador, que acababa de entrar en su despacho, y le estrechaba la mano.

—Los malos informes prefiero darlos en persona.

—¿Es el hombre que usted creía?

—Me temo que sí.

Alex le indicó al señor Kennedy que se sentara mientras él volvía a su asiento.

—Entonces, él...

—Sí, hace un año estuvo implicado en la muerte de una prostituta. Pudo ocultar muy bien el delito, pero mi investigación ha demostrado claramente que él fue el culpable. Le fue fácil taparlo porque pagó a unos hombres para que se deshicieran del cadáver y también entregó una suma nada despreciable de dinero a varios agentes de Bow Street para que no husmeasen en el asunto. La víctima, al ser una de las muchas prostitutas sin nombre de la calle, no fue reclamada por nadie y el suceso no tuvo más relevancia. Sólo que ese hombre no lo ha dejado ahí. Desde siempre, lord Hasclot ha sido muy violento con las mujeres. Hasta tal punto, que tiene la entrada prohibida en varios burdeles, aunque eso no quita que otros le sigan abriendo sus puertas a cambio de una cuantiosa suma. Como todo esto está empezando a filtrarse en los altos círculos, quiere limpiar su imagen cuanto antes para que su madre, que tiene el control de la fortuna familiar, no le reduzca su asignación. Es una mujer con mano de hierro que no admitirá que su hijo implique a la familia en ningún escándalo y, al parecer, el barón se ha fijado un objetivo para mantenerla contenta.

—Casarse con lady Elizabeth.

—Exacto.

Alex se contuvo para no salir corriendo y estrangular a aquella sabandija con sus propias manos.

—¿Y si el asesinato saliera a la luz?

—No hay suficientes pruebas para culpar a un aristócrata como él.
—¿Y toda esa gente a la que compró su silencio?
—No hablarán, saben que su palabra no tendría validez contra un par del reino.
—¡Maldición!
—Lo mejor sería advertir a la dama.
—Eso hará, no le quepa la menor duda —dijo una voz desde la puerta.
—¿Qué hacéis aquí? —Preguntó Alex a su padre, mientras el señor Kennedy y él se incorporaban sorprendidos.
—Intentar espabilarle. ¿Ha terminado tu reunión?
—Con vuestra llegada, supongo que sí —dijo Alex con disgusto—. Dígame, señor Kennedy, cuáles son sus honorarios.
—A vos no os cobraré nada, faltaría más.
—Oh, no, insisto.
—La vida de mi hijo no tiene precio, milord, y yo le debo muchos favores por ello. Tómese esto como uno de los muchos favores que, espero, pueda ofrecerle.
El señor Kennedy saludó al duque, al pasar a su lado, y se fue antes de que Alex pudiese seguir protestando. Éste se dejó caer sobre el asiento.
—Contadme, ¿qué es eso de que tenéis que espabilarme?
—Tu compromiso con lady Elizabeth ha surado ya demasiado tiempo. Tienes que actuar cuanto antes.
—¿De qué diantres hablas?
Alexander ya estaba cansado de formalismos con aquel hombre.
—Ya es hora de que te cases con la dama después de llevar seis años prometidos.
Alex lo miró estupefacto.

Elizabeth bajaba las escaleras cuando, de repente, se detuvo al ver a un desconocido con el uniforme de su mayordomo.

—¿Quién es usted?
El hombre, ya entrado en años, no le contestó. Ni siquiera se inmutó. Elizabeth bajó del todo las escaleras y, alzando la voz, volvió a preguntar:
—¿Quién es usted?
El anciano continuó sin hacerle caso. Elizabeth le dio un golpecito en el hombro y éste se sobresaltó, mirándola por primera vez.
—Oh, buenos días, señorita.
—¿Quién es usted?
—Disculpe, pero no la oigo.
—¿Quién es usted? —Preguntó Elizabeth, esta vez exasperada, gritando a pleno pulmón. No obstante, a su interlocutor le parecía que el tono era normal.
—El nuevo mayordomo.
—¿El nuevo mayordomo? ¿Quién le contrató?
—Disculpe, pero tiene que decirlo más...
—¡Oh, déjelo! —chilló Elizabeth, interrumpiéndolo.
Elizabeth se dirigió a su salita de té, que estaba cerca del recibidor. Aún no se había ni sentado, cuando apareció Marcus.
—¿Hay algún problema? Te oí gritar desde el despacho.
—El nuevo mayordomo es el problema.

—Bueno, es cierto que tiene dificultades para oír y es viejo, pero cobra la mitad que el anterior. Debemos recortar gastos donde sea posible.

—¿Tan mal están las cosas, Marcus? —Preguntó Elizabeth, preocupada.

—Sí, y ahora me temo que tenemos otro problema relacionado con el pequeño Willy.

—¿Qué le pasa a mi hermano?

Por culpa de su padre, Alex había salido furioso de su casa. No sabía lo que le enfadaba más, que no le hubiese dicho nada durante seis años o que ahora no le quisiese dar los detalles de su compromiso. No le sorprendió en absoluto que su padre lo hubiese prometido con una dama sin su consentimiento, pero sí que lo hubiese mantenido en secreto durante tantos años, sin imponerle casarse con ella de inmediato. Alexander dejó la casa echo una furia. Su propio padre lo había comprometido sin su consentimiento, en todos estos años no le había mencionado nada en absoluto, y ahora se negaba a darle detalles. Si era sincero consigo mismo, no estaba realmente sorprendido, aquello no era extraño viniendo de su padre pero no lo hacía menos doloroso, jamás había tenido sus deseos en consideración, más que un hijo suyo parecía un objeto que le pertenecía.

Necesitaba respuestas y quizás Elizabeth pudiera dárselas. Además, tenía que prevenirla contra la alimaña de lord Hasclot. Cuando llamó a la puerta apareció un anciano mayordomo que, sin decirle ni una palabra, le tendió una bandeja de plata, lo que hizo aumentar su mal humor.

—¿No le puede decir a lady Elizabeth que el marqués de Glenmore está aquí?

Pero el hombre seguía sin moverse.

—¡Está bien!

Se puso a rebuscar en sus bolsillos y, cuando encontró la tarjeta, la dejó en la bandeja con un movimiento brusco, mientras fulminaba al mayordomo con la mirada. Éste ignoró sus gestos y lo dejó pasar.

—Espere aquí, milord.

Alex estaba tan impaciente que ya se disponía a seguir al mayordomo, cuando las voces procedentes de una sala con la puerta entreabierta lo hicieron acercarse y escuchar.

—¿Dices que no ha pagado la última mensualidad de Eton?

Aquella voz era inconfundible para él, tanto como la desesperación que se notaba en ella.

—No, han enviado una carta advirtiéndole que, si no se pagaba de inmediato, echarían a tu hermano del colegio.

—¡Oh, no! Eton lo es todo para él. Ya sabes lo mucho que le gusta aprender y aquí no podemos pagarle unos tutores.

Alexander oyó el movimiento de sus faldas al dejarse caer en una silla. Cuando iba a acercarse más y hacer notar su presencia, el comentario del desconocido lo paró en seco.

—Siempre puedes casarte con Glenmore. El duque ya le ha dicho a tu padre que, si os casabais de inmediato, volvería a prestarle dinero. Dijo que sería generoso con su familia política.

—¡No! ¡No me casaré con el marqués! ¡Y no pienso aceptar el dinero de su excelencia! La última vez que nos prestó dinero me prometió a su hijo sin nuestro consentimiento. Lord Hasclot tiene dinero de sobra. Ya me lo dará cuando nos casemos.

—Pero...

—No, no hay más que hablar. Si lord Hasclot me pide matrimonio, aceptaré. Y, si no lo hace, me casaré con uno de los caballeros ricos que buscan a una joven esposa de buena cuna. Pero jamás me casaré con un hombre que me impongan. ¡No me casaré con Glenmore!

Alex ya había oído suficiente y salió de la casa dando un portazo. El comentario de Elizabeth le había dolido. Preferir a lord Hasclot o a un viejo verde antes que a él ofendía su vanidad, aunque debía sentirse aliviado de que ella tampoco estuviera de acuerdo con la alianza pactada. Ambos opinaban igual. Alexander no se casaría nunca con una mujer que le impusiera su padre, sino que la elegiría él. Pero el problema era que la mujer que eligió su padre y el eran la misma.

—¿Qué ha sido eso?

—Parecía un portazo.

—A partir de ahora, cada vez que ese mayordomo sordo la cierre, ¿vamos a tener que oír ese estruendo? No sé para qué intentamos ahorrar si no sirve de nada. La única solución es que me case.

—Te he dicho que estoy haciendo todo lo que está en mi mano para retrasarlo, pero parece inevitable. Lo siento, niña.

—¡Oh, no, Marcus! ¡Tú no tienes la culpa! Perdóname si me enfado contigo. Será mejor que me acueste un rato.

—¿Aún no te has recuperado? ¿Quieres que te vaya a buscar algo?

—No, no hace falta. Es más, creo que ya me encuentro mejor. Pronto volveré a mi caza del marido rico.

—¡Dios! ¡Lord Hasclot es peor de lo que se cuenta! —Exclamó Charles.

Los tres estaban apartados para evitar los oídos indiscretos. Alex les acababa de contar todo lo que ponía en el informe de Kennedy.

—Hombres como él deberían estar con los de su calaña en la cárcel, sin importar su título.

—Pero la realidad no es así, desgraciadamente.

—¡Y Elizabeth bailando con él!

—¡¿Qué?! —Exclamó Alex, casi gritando, a la vez que se giraba para observar la pista de baile. En cuanto la pareja entró en su campo de visión, se puso rígido.

Ignorando la ira que hervía a fuego lento dentro de él, sus compañeros siguieron charlando.

—Tenía que haberme avisado de que se había recuperado y la hubiera acompañado yo. Ahora más que nunca estoy seguro de que mi deber es alejarla de ese maltratador —dijo Charles.

—¿Y cómo pretendes conseguirlo? —preguntó Michael.

—Casándome con ella, por supuesto.

—Claro, por supuesto. ¿Has oído esa genialidad, Alex?

Pero Alex no les estaba haciendo caso. No podía alejar sus ojos de la pareja. Sólo pensaba en coger a Elizabeth por la fuerza, encerrarla en su casa y no dejarla salir nunca para impedir que le volviese a desobedecer. Charles y Michael continuaron discutiendo. En cuanto acabó la música, Alex salió disparado en busca de Elizabeth.

—Lord Hasclot, debo hablar con lady Elizabeth.

Agarró a Elizabeth del codo y la empujó para que caminara con él. Cuando ella se disponía a protestar, le dijo en tono tajante.

—Oponte y te llevaré en volandas.

Elizabeth apretó los labios con fuerza y lo siguió hasta que ambos entraron en una biblioteca vacía. En cuanto cerró la puerta, el marqués se apoyó en ésta y respiró hondo varias veces para recuperar un poco la calma. Elizabeth debió notar su ira, porque permaneció en silencio esperando a que él comenzara a hablar.

—¿Por qué rompiste tu promesa?

—Las circunstancias me obligaron a romperla. No tiene por qué importarte.

—Claro, no me importa que bailes con un asesino.

—¿Un asesino?

—Sí, un asesino. Mató a una mujer y ocultó su crimen, pero aún sigue siendo violento con las personas que considera inferiores a él y, según su punto de vista, las mujeres están en ese grupo.

—No te creo, ¿quién te contó esa calumnia?

—Un respetable investigador.

—¿Estás seguro de eso?

—Muy seguro. Existen pruebas que lo incriminan, pero no lo suficientemente sólidas como para poder encerrarlo. En cada burdel de Londres encontrarás a una mujer con marcas de su agresividad.

—¿Piensas que trataría igual a su esposa?

—No, sería peor, ya que a consideraría de su propiedad y pensaría que tiene todo el derecho de hacer con ella lo que quiera. Como si le da por matarla a golpes.

—Oh, cielos. ¿Dónde me he metido?

Alex la agarró de los hombros, preocupado.

—Todavía no es demasiado tarde para que puedas alejarte de él sin consecuencias, ¿verdad?

—Al ver que ella no contestaba y cada vez se ponía más blanca, insistió—: ¿Verdad, Eli?

—Ya es demasiado tarde, me temo. Al parecer, creo que el barón ya da por hecho que vamos a casarnos.

—¿Qué quieres decir?

—El barón se presentó en mi casa. Insistió en que lo acompañara hasta aquí porque tenía algo importante que comunicarme. Precisamente, era lo que estaba a punto de decirme antes de que llegaras...

Alex la abrazó con ternura al notar cómo le temblaba la voz y ella se apoyó contra él, confiada.

—Con un simple no...

—No lo entiendes. Antes de que me pidieras que me mantuviera alejada de él, lord Hasclot insinuó que quería casarse conmigo y yo nunca le advertí que sus intenciones no eran bien recibidas. Cuando me dijo que le pediría permiso a mi padre, no me negué.

—Bien, en ese caso cuando hable con tu padre lo rechazará y en el tiempo en que tarde en llegar, puedes hacerle ver que no estás interesada en él.

—Ya es demasiado tarde. El barón no pudo esperar hasta pedírselo en persona y lo hizo por carta. Mientras bailábamos me contó que mi padre aceptó...

—¡Cómo pudo ser tan insensato!

—Yo ya le había dicho a mi padre que aceptase su petición, en caso de que la hiciera justo antes de que se marchara.

—Si me hubieras hecho caso desde un principio...

—Sí, lo sé, pero estaba tan desesperada...

Ahora ella lo abrazaba con fuerza y Alex se abstuvo de decirle que ya sabía por qué estaba tan ansiosa de casarse con un hombre rico. Seguro que, si se lo revelaba, eso la incomodaría más.

—Hay un modo de solucionar esto.

Elizabeth apartó un poco la cara de su pecho para poder mirarlo esperanzada. Estaba tan adorable que, por un momento, Alex se quedó en blanco, olvidándose de lo que iba a decir.

—Diciéndole a lord Hasclot que ya estás comprometida.

¡Maldición! Podía leerle perfectamente el miedo en sus ojos.

—¿Y con quién? —preguntó Elizabeth, dubitativa.
—Conmigo.

¡Oh, no! ¡Ya lo sabía! ¿Desde cuándo? ¿Eso significaba que quería seguir adelante con el compromiso? Le aterraban las respuestas y Alexander debió notarlo.

—No pongas esa cara. Sólo tendríamos que fingirlo durante un tiempo, quizás unos meses, no lo sé, un tiempo que sea creíble.

¿Eso quería decir que se lo estaba inventando y que no sabía que ya lo estaban?

—¿Cómo lo haremos?

—Eso déjame a mí. Yo hablaré con lord Hasclot.

—Pero...

Elizabeth no pudo continuar porque Alex le tapó la boca con los dedos.

—Esta vez harás lo que yo te diga sin protestar ni desobedecerme.

Elizabeth asintió. Era reconfortante que, por primera vez, alguien que no fuera Marcus se preocupase así por ella y cargase con sus problemas.

Alexander retiró la mano e inclinó la cabeza. Ella esperó ansiosa que la besara, pero el marqués se limitó a darle un casto beso en la mejilla.

—Ahora salgamos de aquí, antes de que arruine tu reputación y no te quede más remedio que casarte conmigo.

Parecía malhumorado de nuevo. Quizás a él también le hubiera gustado seguir a solas con ella. ¡No! ¡Qué tonta era! Tenía que dejar esos inútiles pensamientos.

Cuando llegaron a la pista de baile, el barón apareció de repente ante ellos.

—¿Le importaría devolverme a la que será mi esposa?

—Sí, sí que me importaría.

Ahora Alexander la agarraba por la cintura, acercándola a él de forma posesiva. Lord Hasclot borró su educada sonrisa y Elizabeth sintió un estremecimiento al observar con atención la frialdad de su mirada.

—Lord Hasclot, me voy a White's. ¿Podría acompañarme? Tengo algo que hablar con usted.

—¿Es importante?

—Sumamente. De vital importancia.

—En tal caso, os acompañaré.

—¿Vamos contigo, Alex?

Elizabeth no se había percatado de que Michael y Charles estaban junto a ellos.

—Si queréis, aunque preferiría que uno de vosotros se quedara con ella.

Elizabeth apenas oía a Alex. El marqués murmuraba para que lord Hasclot no pudiera oírlos y para no seguir llamando la atención de los demás presentes, que ya empezaban a mirarlos con curiosidad.

—Claro, yo... —Empezó a decir Charles.

—Yo me quedaré —acabó diciendo Michael, y se acercó a ella—. Milady, creo que aún no he tenido el privilegio de bailar un vals con vos, ¿aceptáis?

—Por supuesto, milord.

Y ambos se alejaron hacia el centro de la pista de baile mientras lord Hasclot, Charles y Alexander desaparecían entre la multitud.

—¿De qué quiere hablar conmigo? —Preguntó lord Hasclot en cuanto se sentó, delante de Alexander y Charles, en el carruaje del marqués.

—De lady Elizabeth.

—¿Se refiere a mi prometida?

—Me temo que ha habido un malentendido porque ella no puede ser su prometida.

—¿Por qué no?

—Porque ya está comprometida conmigo.

—¿Perdone?

—Es una larga historia que resumiré en pocas palabras. Nuestros padres nos prometieron hace seis años y hay un contrato firmado.

—Pero su padre me dio su consentimiento.

—Es que debió de interpretarme mal. Pensaría que yo no aceptaba el compromiso.

—¿No habrá usted cambiado, súbitamente, de opinión?

Podía notarse que el barón apenas controlaba su enfado.

—¿Qué está insinuando?

—Como yo me voy a casar con ella, a usted le entró ahora el capricho de hacerlo también. No puede conseguir todo lo que se le antoja, Glenmore. Me da igual que su padre sea el duque de Kinstong.

—¿Insinúa que sin la influencia de mi padre no sería nada?

Alexander aparentaba mostrarse como el caballero ofendido. Al parecer, le estaba saliendo bien, porque lord Hasclot enseguida intentó rectificarse, complicando aún más su situación.

—No insinúo eso exactamente. Sólo creo que no llegará a casarse con lady Elizabeth. Además, ella me ha aceptado muy rápido. Quizás me prefiera a mí.

—Sí que me voy a casar con ella. Hace tan sólo unos minutos Elizabeth también estaba de acuerdo.

—Entonces es una niña mimada que no sabe lo que quiere.

—¿Está insultando a la dama que será la futura duquesa de Kinstong? —preguntó el marqués con ira.

Cuando Charles estaba a punto de intervenir para calmar los ánimos, Alex le apretó el brazo para que se callase. Quería llevar esa discusión a un punto determinado.

—¿Qué otra clase de comportamiento es ese? Primero me acepta a mí y después a usted. Sólo demuestra ser una mujerzuela sin carácter.

—De modo que la insulta con intención. Si la insulta a ella me está insultando a mí también, y yo no paso por alto esa clase de ultrajes. Merezco una satisfacción, milord. Elija a su padrino para que el mío, lord Middleton, acuerde con él la hora y el lugar.

—Será Miller.

—Iré a hablar con él —añadió Charles.

El carruaje se paró delante de la casa de lord Hasclot, como Alex le había ordenado al cochero.

—Bájese, ya nos veremos. Y lleve a un médico, porque lo necesitará.

—¡Vaya, un duelo! —Exclamó Charles en cuanto el carruaje se volvió a poner en marcha—. ¿No crees que te has excedido?

—¿Acaso dudas de mi puntería?

—No, pero Hasclot también tiene fama de excelente tirador. Éste no sería su primer duelo.

—Me he enfrentado, en el campo de batalla, a combates menos honestos que un duelo.

—Tienes que intentar no matarlo. Ahora los duelos son ilegales.

—No pienso matarlo, aunque le haría un favor a la humanidad. Sólo quiero herirlo para dañarle el orgullo, para que se mantenga alejado de Elizabeth y podamos fingir tranquilos nuestro compromiso.

—Entonces, todo eso de que los duques lo arreglaron hace tiempo, ¿es una invención tuya?

—No, todo eso es cierto. Llevamos seis años prometidos, pero yo no lo supe hasta ayer.

—Pero no pensáis casaros, ¿no?

—Ella no quiere —dijo Alex entre dientes, costándole admitirlo.

—Quizás yo pueda intentarlo.

—No, tú no.

—¿Por qué?

—Porque no te la mereces. No estás enamorado de ella.

—¿Y tú sí lo estás?

Alex se quedó callado pensando en eso. ¿La quería? Desde que la conocía, sólo podía pensar en ella. Se preocupaba por su seguridad y su felicidad. Lo cierto es que haría cualquier cosa por ella. No le aterraba la idea de tenerla por esposa, como le había pasado antes de conocerla, cada vez que pensaba en el matrimonio. Hasta se imaginaba con una pequeña niña rubita de impresionantes ojos azules, y aquel pensamiento lo emocionó sobremanera.

—Alexander. —Ahora Charles lo miraba sorprendido y su tono era extrañamente serio para provenir de él—. ¿La amas?

—Sí, la amo —soltó Alex con aplastante sinceridad—. Siento que eso rompa nuestra regla.

—El corazón no atiende a razones. No es culpa tuya. Además, tienes razón. Yo no me la merezco, aunque no te niego que estoy un poco molesto contigo. De todos modos, en el fondo me hace gracia, ¿sabes? ¿Quién iba a decir que, de los tres, serías el primero en enamorarte de verdad?

—Yo no, te lo aseguro.

Lord Castel podía ser sumamente entretenido, si quería. No paraba de hacerla reír. Sin embargo, una parte de ella seguía preocupada por lo que estaba haciendo Alexander. Precisamente en ese momento, mientras estaba distraída pensando en ello, dejó de prestar atención a una broma del barón.

—¿En dónde os encontráis? No muy lejos de aquí, seguro. Por lo menos, no fuera de Londres.

—¿De qué estarán hablando ahora?

—Quizás ya hayan acabado.

—Entonces, ¿habrán salido de White's?

—Puede.

—¿Podríamos ir a comprobarlo?

—No me sorprende que quieras ir a un club de caballeros, pero yo no soy la mejor compañía.

—Por favor, lord Castel, no podré dormir hasta saber lo que ha pasado. Acompáñeme, se lo suplico.

—Lo buscareis aunque no os acompañe, ¿verdad?

—Sí, no le quepa la menor duda.

—En ese caso, seré solidario y soportaré el enfado de Alex con usted.

Lord Castel se encargó de hablar con la señora Wessit para irse con Elizabeth. Ésta no supo qué le había podido decir para que la dejase ir sola con un caballero soltero que no era un familiar.

—¿Adónde vamos? —Preguntó Elizabeth dentro del carruaje de alquiler.

—A casa de Alex.

Una vez que llegaron allí y les abrió la puerta el mayordomo, lord Castel preguntó dónde estaban sus amigos, y ambos fueron sin su ayuda al piso de arriba. Cuando Michael abrió la

puerta del despacho de Alexander, la imagen dejó a Elizabeth paralizada. Charles y Alex estaban limpiando unas pistolas con toda la tranquilidad del mundo. Incluso habían estado riéndose antes de que Elizabeth y Michael irrumpieran en la habitación. En cuanto Alex la vio, se levantó con brusquedad y ocultó la pistola tras él, pero Charles no fue tan rápido y no pudo esconderla a tiempo, hasta que el marqués le dio una patada y se dio la vuelta para ver a los recién llegados.

—¿Qué hace Elizabeth aquí, Mike?

Alex le dirigió una mirada asesina, pero éste ni se inmutó.

—La señorita necesitaba mi ayuda. Y, sabes muy bien, que a una dama como ella no puedo negársela, aunque eso tú ya lo sabes.

—Esta dama necesita saber lo que pasa —dijo Elizabeth dando un paso hacia el frente.

Alexander hizo caso omiso y continuó fulminando a Castel con la mirada.

—Vamos, Mike, te invito a una copa, ya se encargará Alex de explicárselo todo. Yo te lo contaré a ti —dijo Charles.

Ambos salieron, cerrando la puerta tras ellos, mientras Alexander guardaba las pistolas en una caja, aún intentando ocultárselas a Elizabeth.

—Ya las he visto.

Él fingió no oírla.

—Será mejor que te lleve a casa.

El marqués se dio la vuelta, cogió su chaqueta de la silla y entonces ella reparó en que sólo llevaba puesta la camisa, sin chaleco, y sus musculosos brazos se marcaban claramente.

—No, no me iré hasta que me expliques qué vas a hacer con esas pistolas.

—Simplemente las estaba limpiando. Conviene revisarlas de vez en cuando.

Se iba a poner la chaqueta, pero Elizabeth se la arrancó y la tiró al suelo para que le prestase atención.

—Deja de tratarme como a una niña. Por si no te habías dado cuenta, ya soy una mujer adulta.

—Sí, ya me había dado cuenta.

Alex la observó de arriba abajo y su mirada se encendió de deseo, de una forma que ella estaba empezando a conocer muy bien.

—Pues entonces trátame como tal y no como estás haciendo ahora.

—¿Quieres que te trate como a una mujer?

—Exacto.

—Tú lo has querido.

El marqués la atrajo hacia sus brazos, apoderándose salvajemente de su boca, y la invadió con su lengua. Con ese beso brusco pretendía asustarla para que se alejase, pero ella se puso de puntillas, acarició su pelo con las manos y jugó con su lengua, sorprendiéndolo. Él relajó sus movimientos y posó sus manos en su trasero, acercándola más a él. Permanecieron así, besándose apasionadamente, hasta que Alex despegó sus labios, jadeando, y la alejó un poco.

—Por la seguridad de tu inocencia, será mejor que te lleve a tu casa.

—Ya te he dicho que no me iré hasta que me digas para qué son esas pistolas.

—No te lo voy a decir.

—Muy bien.

Ella también podía torturarlo con besos, como hacía él. Así que, dándole pequeños besos en la mandíbula, fue bajando hasta detenerse en su cuello desnudo.

—¿Me lo dirás? —Dijo Elizabeth contra su piel.

—No..., no... —contestó él con la voz increíblemente ronca.

—Pues entonces no pararé.

—Y así yo no te lo diré nunca.

—No me cansaré, ¿y tú?

—¡Por Dios que no!

Volvieron a besarse apasionadamente, deslizando las manos por sus cuerpos. A Elizabeth le fascinaba el cuerpo sólido y musculoso de Alex. Era todo un espécimen varonil. Con movimientos torpes, le desabrochó la camisa, que se deslizó por sus hombros y sus brazos hasta que cayó al suelo. Alex la ayudaba, dejándose desnudar, sin apenas moverse. Cuando se quedó sin camisa, ella miró asombrada su belleza, su torso esculpido, y le llamó la atención la cicatriz de unos tres centímetros que tenía en el hombro izquierdo. Pasó los dedos suavemente por ella.

—¿Aún te duele?

—Ya no, pero el brazo se cansa con facilidad y mi pulso ya no es el mismo.

—¿Cuándo te la hiciste?

—En Waterloo.

Le dio un suave beso en la herida, sobrecogida por un sentimiento de desesperación al pensar que podía haber sido más grave si la bala hubiera entrado unos centímetros más abajo. Posó sus trémulas manos en su pecho, bajando poco a poco por los abdominales, deteniéndose en cada relieve, estudiándolo con el tacto. Cuando llegó a la cintura de su pantalón, Alexander le agarró las manos y se alejó de ella, respirando con dificultad.

—Creo que por hoy ya me has torturado bastante.

—Y yo creo que todavía no es suficiente.

Se acercó otra vez a él, desabrochándose el vestido, pero sólo pudo desabocharse unos pocos botones, los suficientes para poder quitarse las mangas y bajárselo hasta la cintura, dejando sus pechos, apenas cubiertos por la camisola, ante los ojos de Alex. No pudo evitar ruborizarse, sintiéndose demasiado osada, pero la intensa mirada de Alex y su profunda respiración la hicieron sentirse poderosa.

—¿Me lo dirás? —preguntó ella sensualmente, mientras volvía a pasar las manos por sus pectorales.

Alex apretaba los puños con fuerza para evitar tocarla.

—No debería decírtelo —susurró con voz entrecortada.

—Pues no me lo digas ahora. Ya lo acabarás confesando al final de la noche.

Puso las manos sobre sus hombros para apoyarse y lo besó en los labios, imitando la forma en que él lo hacía. Alex dejó de resistirse y le devolvió el beso. Sus hábiles dedos terminaron de desabrochar el vestido hasta que, finalmente, éste cayó al suelo.

«¡Elizabeth, detente ahora!», le suplicó una voz en su cabeza, pero era demasiado tarde para parar. Quería aprovechar la ocasión de entregarse al hombre que amaba. Después de un tiempo intentando convencerse de lo contrario, ya no le quedaba otra opción que admitir que amaba a Alexander intensamente. Apenas fue consciente cuando la levantó del suelo, salió del despacho con ella en brazos y se coló por una puerta abierta que conducía a sus aposentos. Todo esto sin dejar de besarla. Al dejarla en el suelo, cerca de la gran cama, su mirada se intensificó todavía más.

—Ahora es el momento indicado para parar. Después ya no va a haber marcha atrás y no quiero arrepentimientos. Así que, si quieres, ahora mismo te llevo a tu casa.

—No quiero que pares.

—¿Me prometes que no lo lamentarás?

—Te lo prometo. ¿Cómo podría? Deseo esto tanto como tú.

Alex le acarició lentamente la mejilla y la tumbó en la cama, con suma delicadeza. Ahora en

sus ojos y sus caricias predominaba más la ternura que la pasión.

—Iremos despacio y seré lo más cuidadoso posible —le susurró al oído cuando se acostó a su lado.

Capítulo 15

Ante ese comentario, Elizabeth recordó su virginidad y lo poco que sabía del acto marital. Sólo había oído que la primera vez era dolorosa para la mujer y podía sangrar, pero esos temores se esfumaron con los besos que Alex esparcía por su cuello. Ella le acarició la espalda, dejándose llevar. Alexander le quitó las enaguas y la camisola, tomándose su tiempo, sobre todo con las medias. Fue deslizando cada una por sus piernas muy despacio, besando la piel descubierta. Cuando estuvo completamente desnuda debajo de él, Elizabeth sintió tanta vergüenza que intentó coger la colcha de la cama, pero él se lo impidió.

—No, no intentes cubrirte, tienes un cuerpo exquisitamente perfecto que merece que lo veneren.

Ella se relajó un poco y Alex continuó con sus tiernos besos y caricias. Al llegar a sus pechos, se quedó sin aliento. Primero le lamió y succionó el pezón izquierdo, mientras pellizcaba dulcemente el derecho, y después hizo lo mismo con el otro. Elizabeth no pudo evitar soltar pequeños gemidos de placer y movía las caderas inconscientemente, como queriendo obtener algo que aún seguía sin comprender.

—Tranquila, no hay ninguna prisa —murmuró Alex contra la piel de su vientre, cubriéndolo de besos. Cuando su barbilla rozó el pubis, Elizabeth dio un pequeño salto y se sentó en la cama.

—Alex, no sé si... —Dijo con voz entrecortada.

—Si te gustó lo que te hice con los dedos, te gustará esto. Fíate de mí. Si no te resulta placentero, no lo volveré a hacer —respondió Alex con arrogancia.

Entonces le indicó que abriera más las piernas. Ella se tumbó otra vez y accedió, curiosa por saber qué haría. Nunca imaginó que algo así pudiera resultar placentero. Alex abrió con sus dedos los labios vaginales y su lengua lamió a conciencia la pequeña protuberancia. Elizabeth, sin poder controlarse, comenzó a gritar su nombre en pleno éxtasis. Cuando llegó al clímax, agarró la colcha con ansia y levantó las caderas, acercándolas más a su boca. Jamás había experimentado nada igual. En casa de los Blackford había sentido algo parecido, pero no tan intenso.

—¿Dejarás que te lo vuelva a hacer? —Le preguntó Alex con picardía.

—¡Sí! —dijo Elizabeth, más entusiasmada de lo que pretendía, y Alex se rió socarronamente mientras se quitaba las botas y los pantalones, a la vez que las calzas.

Cuando vio su imponente verga, abrió los ojos asustada.

—¡Esto será imposible! ¡Es demasiado grande!

Alexander continuó riéndose y se puso encima de ella.

—Ya verás que sí, mi pequeña inocente.

Le quitó las horquillas, fue soltando su pelo y deslizando sus dedos por los largos rizos.

—Tienes un cabello bellísimo. No sabes cuántas veces te he imaginado así, con tu increíble cuerpo desnudo debajo de mí y tu hermoso cabello suelto sobre mi cama.

Entonces, Alex la besó y la acarició con tal devoción, que ella volvió a olvidarse de todo, menos de las sensaciones que él le provocaba. Cerró los ojos y se dejó llevar, devolviéndole las caricias y los besos. Pero los abrió de golpe cuando sintió la invasión.

—Ssssh, relájate. Intentaré hacerte el menor daño posible. Ahora no puedes tensarte, mi ángel, si no será más difícil.

—Todavía no me duele.

—Bien, porque tan sólo estaba empezando—dijo con sarcasmo.

Elizabeth se dio cuenta de que Alex sufría. Sudaba y apretaba los dientes con fuerza y todos

sus músculos estaban contraídos. El pobre se controlaba muchísimo para ir introduciéndose poco a poco. Elizabeth levantó las caderas para ahorrarle sufrimiento.

—No te muevas, quiero que te acostumbres a mí.

—Pero tú lo estás pasando mal.

—Es lo mínimo que puedo hacer por ti, mi ángel.

La besó en las mejillas y en la frente mientras seguía introduciéndose, muy despacio. Cuando llegó a la barrera, paró unos segundos, apoyando su frente sobre la de ella. Al hacer el decisivo empujón, le susurró:

—Lo siento, lo siento.

Elizabeth se sorprendió al sentir esa punzada de dolor que tan sólo duró unos instantes. Al irse adaptando a su miembro, no experimentó más que un pequeño escozor.

—¿Estás bien? —Le preguntó extremadamente preocupado.

—Estoy bien, ya pasó.

Elizabeth acarició su tensa mejilla y, al mirarlo a los ojos, comprendió que su amor por él nunca se extinguiría. Lo amaría siempre. Él comenzó a moverse lentamente dentro de ella. Elizabeth le clavó las uñas en la espalda cuando el ritmo se fue incrementando y volvió a sentir el placer de antes, mientras Alex le susurraba frases ininteligibles con el rostro enterrado en sus cabellos. Cuando llegaron a la cima, ambos gritaron, él salió rápidamente de su interior y Elizabeth notó como un líquido se extendía por su pierna. Se quedaron un rato así, abrazados, intentando relajar los latidos de sus acelerados corazones. Cuando Alex levantó la cara de su cuello, la miró a los ojos, apenado.

—Soy un canalla.

Elizabeth le acarició el rostro con cariño.

—Dijiste que nada de lamentaciones. ¿Es que te arrepientes?

—¡Por Dios, no! Ha sido el mejor momento de mi vida.

Seguramente exageraba. Quizás Elizabeth no era la primera mujer a quien se lo decía, pero aún así la hizo todavía más feliz. Ella sonrió ampliamente y dijo:

—Para mí también. Gracias por haber sido tan dulce y considerado conmigo. Nunca lo olvidaré.

Alex la besó con ternura y ella apretó los párpados para no pensar en la posibilidad de que nunca volviera a producirse un encuentro como ése. Cuando acabó el beso, Alex se puso en pie y fue hacia un mueble donde había un recipiente con agua, lo cogió junto con un paño y volvió a la cama para limpiarla con delicadeza. Al acabar, se tumbó a su lado sin tocarla.

—Tenemos que irnos. No quiero que llegues tarde y la gente sospeche.

—¿No podríamos estar aquí cinco minutos más? —Preguntó ella, esforzándose para que no pareciera una súplica.

Alex frunció el ceño.

—¿Estás dolorida?

—Un poco.

Lo cierto es que sentía un ligero escozor. Sin embargo, no le importaba exagerarlo si así podía prolongar aquel paraíso. Y funcionó, porque él cogió la colcha, los tapó a los dos y la abrazó, recostando la cabeza de Elizabeth en su pecho. Ella le acarició con cuidado la cicatriz de su hombro y suspiró satisfecha.

—Cuando te encuentres mejor, avísame.

—Lo haré.

Nunca volvería a sentirse bien, a menos que estuviera junto a él durante toda la vida.

¡Maldición! ¿Qué había hecho? Alex no quería que, cuando le pidiera matrimonio, ella pensara que lo hacía por obligación y no porque la deseara como esposa. También podía decirle lo que sentía, pero ¿y si ella, de todos modos, lo rechazaba? No podría soportarlo, y eso que había estado a punto de precipitarse, declarándole su amor. De hecho, tuvo que amortiguar su voz contra su pelo porque no podía controlar aquellas palabras que hace tan sólo unos meses habría sido incapaz de pronunciar, pero que le salían a borbotones mientras le hacía el amor. ¡Dios, esta mujer le estaba volviendo su mundo del revés! Nunca había sido un sentimental ni un romántico y siempre mantenía su cuerpo bajo control. No obstante, con ella era completamente distinto. Había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para salir de ella antes de derramarse en su interior, aunque la idea de dejarla embarazada le creaba un profundo sentimiento de posesividad y felicidad. Sabía que no podía precipitarse, no podía llevarla al altar con la excusa de la legitimidad de su futuro hijo. Tenía que hacer las cosas bien. Quería que aceptase su proposición con pleno consentimiento y, por lo menos, queriéndolo la mitad de lo que él la quería. Sí, con eso se conformaría, pero tenía que alejarse de ese delicioso cuerpo desnudo. Cuanto antes dejara a esa encantadora tentación en su casa, mucho mejor para sus planes, o volvería a hacerle el amor y quizás esta vez no podría contenerse a tiempo. Cuando iba a decirle que debía marcharse, notó su respiración lenta y sospechó que se había quedado dormida.

—¿Eli?

No contestó. Bueno, podría dejarla dormir unos minutos. Aquella posición era condenadamente agradable. Podría tenerla así para siempre. Le acarició su sedoso cabello y se fue sumiendo en una tranquila y apaciguadora oscuridad.

Elizabeth estaba felizmente dormida junto al hombre que amaba, cuando oyó unos fuertes golpes.

—¿Milord? —Dijo, al otro lado de la puerta, la voz desconocida de un hombre.

¿Qué hora sería? Apenas entraba luz por la ventana, así que seguía siendo de noche. Quizás fuera una emergencia. Levantó la cabeza y miró embelesada la imagen que tenía. Alex dormía plácidamente y su mano seguía agarrando su cabello. Aun dormido era tan guapo, que le quitó el aliento. Los golpes en la puerta persistían, pero él parecía no oírlos. Jamás llegó a pensar que un hombre como Alexander, que parecía estar siempre alerta, durmiera tan profundamente.

—Milord, ¿está ahí?

No le quedaba otro remedio que despertarlo, si no quería que aquel sirviente entrase y la viera en la cama con su señor.

—Alex, Alex.

Le sacudió el hombro, cada vez con más fuerza, al ver que no reaccionaba. Al fin, él abrió un poco los ojos y, al verla, sonrió.

—¿Sí, mi ángel? —Dijo, con una voz soñolienta y tan increíblemente sensual, que Elizabeth soltó un gemido y se apretó más contra él, olvidándose de la razón por la que lo quería despertar.

—Milord, ¿está ahí? ¿Puedo entrar?

Estaban a punto de besarse, cuando la voz del sirviente los hizo reaccionar, y Alex abrió los ojos sorprendido.

—¿Sí, Button? —Le preguntó, a la vez que se incorporaba un poco y apartaba a Elizabeth con cariño, dándole besos en el hombro, mientras intentaba salir de la cama con reticencia.

—Lord Middleton ya está aquí.

—¿Tan pronto?

—Milord, son las cinco.

—¡Diablos!

Se alejó de la cama, buscó sus pantalones y se los puso con rapidez.

—Hacía años que no dormía tanto y tan profundamente —dijo más bien para sí, mientras buscaba sus botas.

Miró a Elizabeth con intensidad y le sonrió, como agradeciéndole algo. Luego salió de la habitación y fue a su despacho. Volvió con la camisa puesta y la ropa de ella en las manos.

—¿Charles siempre te visita a estas horas? —Preguntó Elizabeth sin comprender aquel extraño comportamiento. Ignoró el vestido que había puesto junto a ella, intentando por todos los medios alargar todo lo posible, el tiempo que disponían juntos.

—No.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

—Hace tiempo que dejé de preguntarme por las extrañas costumbres de los dandis como Charles.

Elizabeth no se dejó engañar por su buen humor.

—Alexander...

—Vístete, por favor. Y, si necesitas ayuda con el vestido, házmelo saber.

Ya se había puesto las botas, el chaleco y estaba buscando una levita en el armario, cuando Elizabeth se percató de que Alex parecía incapaz de mirarla.

—Alexander, ¿qué es lo que hace Charles aquí? Y no mientas ni eludas mi pregunta.

Alex se acabó de poner la levita y se giró con lentitud para mirarla a los ojos.

—Tenemos una cita en un lugar.

—¿A qué lugar tenéis que ir a estas horas? —Preguntó mientras se sentaba y agarraba la colcha para cubrirse.

—A Hyde Park.

—¿A Hyde Park a esta hora? Pero qué vais a hacer... A menos que... ¡Oh, Dios mío! ¡Las pistolas! —gritó Elizabeth, y se tapó la boca para no seguir chillando como una histérica.

Alexander se acercó y se sentó frente a ella, cogiéndole las manos y enlazándolas con las suyas.

—No me pasará nada, no te preocupes.

—¿Que no me preocupe? ¡Podrías salir herido o muerto!

Esto último lo dijo con voz estrangulada, notando una extraña humedad en los ojos.

—¿No crees que pueda salir ileso? ¿Es tan baja la opinión que tienes de mí? —Preguntó Alex con tono burlón.

—No intentes bromear sobre tu encuentro con lord Hasclot, porque es con lord Hasclot con quien te enfrentas, ¿no?

—Sí, pero no temas, no se lo pondré fácil —dijo, esbozando una sonrisa pícaro que se esfumó con rapidez—. ¡Oh, Dios! ¡No llores!

La abrazó fuertemente. Elizabeth se palpó las mejillas con manos trémulas y se sorprendió al verlas húmedas.

—No recuerdo la última vez que lloré. Contigo hago cosas que no había hecho antes.

—No me hagas sentir más culpable. Por favor, mi ángel, no llores. —Le acarició las mejillas con ternura, secándoselas, la besó en la punta de la nariz y la volvió a abrazar—. ¿Por qué te preocupas así por mi vida?

¿Por qué? Porque lo amaba. Porque al pensar que podría pasarle algo sintió el mundo derrumbarse a sus pies. Porque, si muriese, su vida acabaría junto con la suya. No podía decirle

nada de aquello.

—Porque te he cogido cariño.

Alex no dijo nada. ¿Fue su impresión o le pareció que el marqués había dejado de respirar esperando su respuesta?

—No dejaré que me haga nada y tampoco lo mataré. Simplemente lo heriré para que se aleje de la sociedad y nosotros podamos anunciar la noticia de nuestro compromiso. Para cuando vuelva a aparecer, no podrá dañarnos con acusaciones. Además, tendría que explicar lo del duelo y no creo que le hiciera mucha gracia admitir que lo derroté. Es la única salida que veo para impedir tu matrimonio con él.

—Pues lo siento si no te lo agradezco —dijo ahora, enfadada.

Alex quiso besarla, pero Elizabeth giró la cabeza. Él se conformó con besarle la mejilla y se levantó.

—Anda, vístete. No puedo llegar tarde y tengo que llevarte a casa.

El marqués volvió a salir de la habitación y se quedó en el despacho. Elizabeth se vistió, pero no pudo terminar de abrocharse el vestido. Tampoco podía arreglarse el cabello porque había perdido sus horquillas en la cama. Cuando Elizabeth entró en el despacho, Alex ya se había anudado el pañuelo de una manera práctica y sencilla, y agarraba la caja que contenía aquellas malditas pistolas. Sin decirle una sola palabra, ella se giró y apartó el pelo de su espalda, esparciéndolo sobre su hombro, hasta que sus rizos rozaron el ombligo. Elizabeth oyó que Alex se acercaba y le abotonaba el vestido con firmeza.

—¿Algo más?

—No —respondió ella secamente.

Alex le dio la vuelta para mirarla y, peinándole el cabello con los dedos, le dijo:

—Ojalá pudieras llevarlo suelto siempre.

Aquello no la ablandó porque seguía furiosa con él. Entonces, un carraspeo les llamó la atención. El vizconde estaba en el umbral de la puerta y no dejaba de sonreír.

—¡Cómo has tardado! Aunque viendo la distracción...

Charles le guiñó un ojo a Elizabeth con coquetería y ésta se sonrojó ante la idea de que supiera lo que habían hecho.

—Ya podemos irnos.

Alex la agarró de la mano y la llevó con él para sacarla de la casa, pero antes le puso una capa que le quedaba enorme, con una capucha que ocultaba completamente su rostro. Justo antes de que el marqués subiera al carruaje, Elizabeth dijo:

—Pienso ir con vosotros.

—No.

—Si me dejas en casa, me escaparé y llegaré al lugar del encuentro yo sola.

—¡Maldición! Nadie te gana a obstinada —resoplando con fuerza, el marqués la ayudó a subir y la sentó a su lado, mientras Charles lo hacía frente a ellos—. Pero no saldrás del carruaje. En eso no pienso transigir.

—Está bien.

Capítulo 16

En cuanto el carruaje se detuvo, Alex volvió a recordarle el trato.

—No salgas del carruaje y ni siquiera te asomes por la puerta. Quiero que permanezcas debajo de la capa en todo momento.

—De acuerdo.

Cuando Charles se bajó del carruaje, Alex le quitó la capucha a Elizabeth para despedirse de ella. Su mirada aterrada lo dejó profundamente conmovido. ¿Era posible que sintiera por él algo más que cariño? Él no perdería la esperanza.

—Tranquila, no te librarás tan rápido de mí.

Le dio un rápido beso en sus dulces labios, la volvió a cubrir y salió, cerrando la puerta.

Lord Hasclot y Miller ya estaban en el campo, un poco alejados. Michael esperaba el inicio del duelo junto a un hombre que, supuso el marqués, era el doctor que había mandado llamar. Acompañado por Charles, Alex se aproximó a Michael.

—Ve a mi carruaje y encárgate de que lo que está dentro no salga de allí.

Michael arqueó una ceja, pero asintió y fue a cumplir con el encargo.

—Vaya, pensé que no iba a venir —dijo Hasclot cuando se acercó a él.

—No me perdería darle una lección por nada del mundo y, si está listo, me encantaría comenzar cuanto antes.

—Siempre estoy listo ante la oportunidad de disparar a un arrogante marqués.

—Se va a destrozar las uñas —le dijo Michael a la vez que le agarraba las manos para que dejase de mordérselas.

—Estoy demasiado nerviosa —respondió Elizabeth.

—Pues no tiene por qué. Desde niño, Alexander siempre ha sido muy perfeccionista. Así que ya se puede imaginar lo que pasó cuando cogió un arma por primera vez a los dieciséis años.

—¿Practicó mucho?

—Oh, sí. Hasta que pudo presumir de disparar con los ojos cerrados, hacia atrás y sobre una sola pierna.

Elizabeth sonrió.

—Ahora se está burlando descaradamente de mí.

—Sí, pero ha funcionado para distraerla, ¿no?

Justo en ese instante, se oyó un único disparo. Elizabeth pegó un brinco gritando y las lágrimas empezaron a manar. Michael le pasó un brazo consoladoramente por la espalda, recostándola contra él para tranquilizarla.

—Shh, no llore, no tiene de qué preocuparse. El tiro procedía de Alex, ya lo verá.

—Pero ¿y si...?

La puerta se abrió. Alex asomó la cabeza y frunció el ceño al mirarlos.

—¿Así es como me esperas? ¿En los brazos de otro hombre?

—¡Oh, Alex!

Nunca se había sentido tan aliviada, y no pudo resistir el impulso de echarse a sus brazos y cubrirle la cara de besos.

—Eso está mejor.

Se dieron un apasionado beso dentro del carruaje, con un incómodo Michael como testigo.

—No estás herido, ¿verdad?

Le palpó el rostro y los brazos para comprobarlo.

—No, no, estoy bien —y rió—. Fui más rápido que él y le di justo en el brazo derecho, lo que le hizo soltar la pistola, por lo que no pudo llegar a dispararme.

—Eso le habrá molestado mucho —añadió Michael, sonriendo también.

—Eso espero —dijo Alex con arrogancia.

—¡Oh, hombres! —exclamó Elizabeth, dándole un codazo Alex y apartándose de él, pero éste sonrió y la acercó a su lado, reposando el brazo sobre sus hombros.

—Charles irá en su carruaje. Mike, ya que viniste en él, acompáñame a dejar a Elizabeth en su casa.

—Sí, más me vale ayudarte en eso, si no nunca llegará a casa —dijo, guiñándole un ojo a Elizabeth.

Elizabeth fingió ignorar el brazo de Alex y se sentó lo más erguida posible, sintiendo una pesada incertidumbre. ¿Qué pasaría ahora entre ella y Alexander?

De camino a casa, sólo los hombres hablaron durante el trayecto, comentando la proeza como dos niños. Al acercarse a Handquenfield House, el carruaje se detuvo.

—Llamarás menos la atención si continuas andando y te cuelas por la entrada del servicio. Tus criados no te delatarán, ¿verdad?

—No, no lo harán.

Lo más seguro es que no la vieran. La cocinera, que también era el ama de llaves y la madre de Mary, su doncella, a esa hora estaría muy atareada limpiando con su hija, y el nuevo mayordomo era demasiado sordo para oírla.

Agradeció que aquella capa le tapara el rostro para que no pudieran ver su lúgubre expresión.

—¿Te envío la capa a casa?

—No, ya me la darás mañana cuando vaya a visitarte. Hoy descansa y, si mañana puedes acudir a alguna velada, mejor. Así fingiremos que no ha pasado nada. Yo me pasaré por White's para que me vean.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana.

—Lord Castel.

—Milady.

Bajó sola del carruaje y entró en su casa, pasando completamente desapercibida.

—¿Cuándo es la boda, Casanova?

—Aún no sé si habrá boda.

—¿Estás diciendo que has deshonrado a la hija de un duque y no piensas casarte con ella?

—Yo quiero casarme, y tengo muy claro mis sentimientos, pero ella... ¡sólo me tiene cariño!

—¿Eso es lo que piensas?

—Ella misma me lo dijo.

—¿Y qué esperabas que dijera? Aunque, en mi opinión, ese sentimiento ya es suficiente para un matrimonio. Más sólo causará problemas.

Michael miró hacia delante de forma ausente. Alexander se dio cuenta de que pensaba en el matrimonio de sus padres. Sin embargo, el marqués sabía que un matrimonio por amor no tenía que ser tan tormentoso como había sido el del barón.

—Lo malo es que ya le oí decir que no quiere casarse conmigo.

—¿Escuchando a escondidas, Alex? Ya sabes lo que dicen sobre eso. ¿Cuándo fue?

—Ayer.

—Supongo que lo dijo antes de que se acostara contigo —Alex lo fulminó con la mirada—. Bueno, quizás ahora haya cambiado de opinión. Nunca pensé que subestimarás tu poder de persuasión, semental.

Alexander se incorporó de golpe, agarrando a su amigo por las solapas.

—No pienso permitir que bromees con esto ni que le faltes al respeto.

Michael lo miró fijamente.

—Siempre fuiste muy temperamental. Te metiste en más peleas de las que puedo recordar, y hubieran sido más si no fuera porque Charles y yo te paramos los pies unas cuantas veces, pero nunca fuiste agresivo con nosotros. Desde que ella apareció, estoy seguro de que has tenido muchas ganas de atizarnos, e incluso has estado a punto de hacerlo —Michael miró hacia las manos de Alex, que aún agarraban con fuerza su levita. Alex, arrepentido, lo soltó—. ¿Te das cuenta de lo que esa muchachita te provoca?

—Lo sé, y lo lamento Michael.

Alex se pasó las manos por el cabello. Sin duda, tenía demasiado temperamento. Era de los que pensaban después de actuar, pero nunca había sido agresivo con sus mejores amigos. Se sentía celoso de cada hombre al que Elizabeth tocaba y era demasiado protector con ella, como si fuera suya. Si eso era sentirse enamorado...

—No quiero ni pensar lo que será de ti si te rechaza.

—Intentaré que no lo haga.

—¿Y cómo?

—Conquistándola. Dentro de poco, todos sabrán que estamos prometidos y yo podré cortejarla formalmente. Me convertiré en el pretendiente perfecto. Cuando Elizabeth empiece a sentir algo más que cariño por mí, le pediré matrimonio.

—Milady, su padre ha llegado y quiere verla.

Elizabeth estaba acostada en su cama y, cuando Mary abrió las cortinas, dio un pequeño gruñido, tapándose la cara con las mantas. La noche anterior se había acostado temprano, ya que había vuelto pronto de una aburrida velada musical. Aun así, había dormido muy poco. No había parado de dar vueltas en toda la noche, echando de menos un cuerpo musculoso y caliente al que abrazarse. Volvió a gruñir, intentando alejar aquellos pensamientos que la persiguieron durante toda la noche, cada vez que cerraba los ojos.

—Dile que ahora mismo voy.

—¿Necesita ayuda? Porque tengo tareas pendientes, pero...

—No, no te preocupes, Mary, ya bastante trabajo tienes. Me pondré un sencillo vestido que pueda abrochar por delante.

Se incorporó y se vistió intranquila, pensando en lo que le podría decir su padre sobre lord Hasclot.

—Adelante —dijo lord Handquenfield cuando ella llamó a la puerta de su despacho.

Dentro también estaba Marcus, que, sentado al escritorio, escribía en unos papeles.

—¿Qué deseáis decirme, padre?

—Traigo buenas noticias, aunque algo extrañas. Al parecer, el pago del colegio de tu hermano ya se ha efectuado.

—¿De dónde ha salido el dinero?

—No lo sé, yo lo no he pagado.

—Pero padre, nadie da dinero así como así. Seguramente esa persona pedirá algo a cambio.

—Para eso tendría que decir su nombre, pero no lo ha hecho. Por lo tanto, no le debemos nada

a nadie. Será un buen cristiano que no puede soportar la idea de que un hombre de tan alta cuna como yo pase por estas dificultades.

Elizabeth miró a Marcus, dubitativa, pero éste se limitó a negar con la cabeza y encogerse de hombros. Ya era la segunda vez que recibía un regalo así de un desconocido. ¿Quién podría interesarse tanto por ellos? ¿Les estarían tendiendo alguna trampa para tenerlos en su poder?

—La finca empieza a dar beneficios. Hemos tenido una buena cosecha. Muy pronto la familia Handquenfield volverá a ser la misma, y más con tu futuro marido. La verdad es que esperaba un caballero de mayor rango, aunque tiene...

—Padre, no me casaré con el barón.

—Pero si me dijiste que, si me pedía tu mano, aceptara. Y yo ya le he dado mi consentimiento por carta.

—Sí, pero yo lo he rechazado —dijo Elizabeth, a pesar de que aún no lo había hecho. Primero debía consultarlo con Alex—. Lord Hasclot esconde un oscuro secreto.

—¿No hay ningún caballero lo suficientemente bueno para ti?! —le gritó su padre.

—Excelencia, si me permite, lady Elizabeth tiene razón. Lord Hasclot es todo menos un caballero. En mi opinión, ha hecho muy bien.

—¿Ah, sí?

Marcus asintió y el duque se tranquilizó un poco.

—Bueno, debido a nuestra nueva situación económica, no hay tanta prisa para que te cases, pero más te valdría no tardar mucho.

—Sí, padre.

—Bien, hoy pasaré la tarde en mi club.

—Si no deseas nada más, me retiro.

—Claro, puedes irte.

Elizabeth salió del despacho y fue directa a la sala de música. Tenía que entretenerse con algo para no andar pendiente del reloj, torturándose mientras esperaba a Alex. Estaba tan concentrada tocando el piano, que no fue consciente de que tenía un oyente hasta que acabó la pieza y éste aplaudió. Elizabeth se giró, sorprendida.

—Eres una pianista magnífica. No podría tocar tan bien a Mozart aunque me pasase años practicando.

—No exageréis tanto, milord.

—No volvamos a las formalidades otra vez. Además, ahora estamos prometidos. Tenemos derecho a poder tutearnos y utilizar nuestro nombre. Ya no tenemos que hacerlo sólo en privado, Eli.

—Por supuesto, Alexander, tienes razón.

—Hablando de nuestro compromiso, mañana aparecerá en los periódicos.

—¿Mañana? —Preguntó asombrada.

—Sí, cuanto antes mejor. ¿Se lo has dicho ya a tu padre?

—No, quería hablarlo antes contigo.

—¿Está en casa?

—No, dijo que se pasaría el día en su club.

—Bien, después iré a hablar con él.

Alexander se acercó a ella con paso decidido y el corazón de Elizabeth se desbocó. Luego se detuvo y la miró fijamente con una encantadora sonrisa. Ella agradeció en silencio el hecho de estar sentada, pues esa sonrisa suya le debilitaba las rodillas.

—No sabía que utilizaras gafas. Te quedan muy bien.

Elizabeth colocó las partituras para disimular su nerviosismo. ¡Dios, ahora cada vez que lo miraba sólo veía al hombre que le había hecho el amor!

—Las utilizo desde hace unos años. No es algo que suela confesar por ahí.

—No entiendo por qué no las llevas más a menudo. Te hacen, si cabe, todavía más atractiva. Como tu prometido, tendría que saber estas cosas. ¿Te gustaría dar un paseo a caballo conmigo?

—Me encantaría.

—¿Nos vamos ahora o necesitas cambiarte?

Elizabeth lo miró escéptica y Alex se dio una palmada en la frente de forma exagerada.

—¡Qué estúpido! Tienes que ponerte un traje de montar. Disculpa, no estoy acostumbrado a tratar con damas. A mí me parece que siempre estás perfecta —dijo, con una amplia sonrisa.

Elizabeth se ruborizó tontamente mientras subía a su habitación. Estaba acostumbrada a esa clase de halagos, pero siempre los había ignorado. Con Alex era distinto. No podía fingir indiferencia ante sus halagos. Aunque tampoco entendía por qué ahora él sentía la necesidad de alabarla tanto.

—Y bien, ¿qué historia daremos?

—¿Perdona?

Elizabeth puso los ojos en blanco.

—No me estabas escuchando.

—No, lo lamento.

¿Y cómo podría? Si llevaba todo el día pensando en ella y por fin la tenía delante. Al principio, Alex la visualizó con sus encantadoras gafas, después con aquel traje viejo de montar, luego con uno a la moda de color escarlata, que él mismo le compraría, y al final, cuando se la imaginó desnuda, no había podido concentrarse en sus palabras.

—Te estoy preguntando sobre lo que le diremos a los demás en relación con nuestro compromiso. ¿Cómo fue nuestro cortejo?

—Ah, eso —Alex no lo había pensado, pero podría utilizar esa incógnita en su beneficio—. Di lo que quieras, ¿cómo te gustaría que hubiese sido?

—Con que digamos cualquier cosa que sea creíble, valdrá. Podría decir que me lo pediste hoy mismo, ya que mañana saldrá en los periódicos.

—Lo que quiero saber es cómo imaginabas una petición de mano, es decir, el momento en que un caballero te hacía la gran pregunta. ¿Cómo era? ¿Se arrodillaba? ¿Te regalaba flores, joyas, dulces? ¿Declaraciones de amor?

Para su gran desconcierto, Elizabeth se rió con tanta dulzura, que el marqués sólo pudo pensar en decirle cualquier cosa graciosa para volver a oírla reírse de ese modo.

—Nunca me lo he llegado a imaginar así. Es más, nunca intenté hacerlo de ninguna manera.

—¿Por qué?

—Porque nunca anhelé que llegara el día en que se acabase mi poca libertad.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, claro, en la cabeza de un hombre esto es incomprensible, ¿no? —dijo, mirándolo de reojo, y él le devolvió una mirada de sincera curiosidad—. Las mujeres nunca disponemos de total libertad como vosotros. Desde que nací, siempre ha habido un hombre controlándome. Y ése era y sigue siendo mi padre. Cuando me case, será mi marido quien lo haga, porque tendré que depender de él y estar a su entera disposición. Si no fuese por mi cuna, me vería obligada a buscar un empleo como institutriz, dama de compañía o cualquier otro trabajo que me diera una relativa independencia.

—¿Y qué harías tú con esa independencia?

Elizabeth permaneció callada y su yegua fue aminorando el paso. Alex también redujo la velocidad de su montura hasta que ambos estuvieron parados.

—Vivir, supongo. Sin tener que pedir permiso para hacer lo que me gusta, como tocar cuanto quisiese, llevar permanentemente mis gafas, leer los libros que me apetecieran, aunque no fueran considerados aptos para damas, hablar con las personas que yo eligiese sin tener que fingir con las que me desagradan y, si pudiera tener una pequeña cantidad de dinero, comprarme una pequeña casita en el campo. Me encantaría encargarme personalmente del jardín, tener un gato, un perro e intentaría componer mi propia sinfonía —dijo, con una sonrisa nostálgica.

—¿Y eso sería suficiente compañía para ti?

—¿Qué quieres decir?

—Un gato, un perro, un piano y unas plantas serían tu única compañía. Te acabarías sintiendo muy sola sin un compañero con el que compartir la vida. ¿Y qué me dices de los niños? ¿No te gustaría ser madre?

La sonrisa de Elizabeth se evaporó y, en aquel momento, Alex se odió por entristecerla. Quizás había dicho algo inoportuno, pero él sólo había dado su opinión. Le resultaba inconcebible que una persona tan cariñosa como ella pudiera conformarse con pasar una vida en soledad.

—Te echo una carrera hasta aquellos árboles —le dijo ella de pronto, e incitó a su yegua a ponerse al galope.

Nunca nadie le había hecho ese tipo de preguntas. Elizabeth había estado a punto de revelar el que, últimamente, era su mayor anhelo. ¿Cómo podría decirle a Alex que en aquel sueño imposible, en vez de un perro y un gato, tenía por compañía a un adorable niño moreno de ojos grises que la llamaba mamá?

Capítulo 17

Así pasó la semana. Alex la acompañaba a todos los eventos y siempre estaba pendiente de ella, y Elizabeth se convirtió en la envidia de todas las damas. Los primeros días, toda la sociedad se acercó a ellos para felicitarlos por su compromiso, y algunos incluso se aventuraban a comentar que ya lo habían visto venir. Su padre no cabía en sí de gozo. A Elizabeth le parecía que el comportamiento de Alex había cambiado. Ya no intentaba besarla y se comportaba con perfecta corrección. Le pedía que hablara de ella en todo momento, la visitaba por las tardes y salían juntos por las noches. Todas las mañanas recibía un nuevo ramo de flores, siempre con una gardenia entre ellas, y una caja de dulces. Éstos cada día eran distintos porque, cuando Alex le preguntó cuáles le gustaban más, ella le dijo que no había probado tantos como para saber cuáles eran sus favoritos. Así que él la tentaba con aquellas delicias para que pudiera elegir. Lo de no dormir bien por las noches se había convertido en una costumbre, al igual que despertarse todas las mañanas con lágrimas en los ojos, deseando quedarse todo el día en la cama para no seguir con aquel tormento. La entristecía enormemente recordar cada día que su compromiso no era real y que dentro de unas semanas lo romperían. Nunca había querido saber lo que se estaría perdiendo si hubiese aceptado el compromiso desde un principio, lo que sería pasar los días de su vida junto al hombre que amaba. Pero una pequeña parte de ella, la que hasta hace unos días consideraba su parte madura, le recordaba que el comportamiento de Alex no duraría y que era mejor asumir que se iba a acabar, que no podía ilusionarse, que él podría llegar a cansarse de ella en cualquier momento, porque sí. Ahora todo era muy idílico, pero llevaban poco tiempo juntos. Y si él no la amaba...

—Milady, lord Glenmore la está esperando abajo —le dijo Mary al entrar en la biblioteca donde ella fingía leer.

Cierto, era lunes y Alexander le había prometido llevarla, todos los lunes, de paseo en su calesa.

—Dile que voy enseguida. Tengo que ponerme otros zapatos.

Y se fue a su cuarto. Allí se puso unos zapatos y unos guantes que iban a juego con su vestido rosa de corte imeprio con flores amarillas y blancas en el bajo. Luego cogió su papalina y salió, respirando hondo para calmarse.

—No hacía falta que te apresuraras, no me importa esperarte —le dijo Alex después de saludarla con un casto beso en la mejilla, como hacía habitualmente—. ¿Nos vamos?

El marqués le ofreció su brazo con galantería, sonriendo de forma deslumbrante. Sin embargo, Elizabeth no le devolvió la sonrisa, como había empezado a hacer últimamente. Se negaba a mostrarse feliz ante un hombre que podía abandonarla de un momento a otro. Y eso le impedía disfrutar plenamente de su compañía.

Alex no sabía qué estaba haciendo mal. Elizabeth, cada vez más melancólica y taciturna, apenas lo miraba. El marqués empezó a pensar que su cortejo resultaría un completo fracaso.

—¿Te gustaron los bombones de hoy?

Ella asintió sin pronunciar una palabra.

—Como el otro día me dijiste que te gustaban más los de chocolate sin relleno, pensé que éstos te agradarían. El vendedor me dijo que estaban hechos con su mejor chocolate. ¿Tú qué opinas? ¿Acaso probaste otros?

Ella se encogió de hombros y Alex se controló para no sacudirla y despertar a la vivaz

Elizabeth que cada día se alejaba más de él. Permanecieron callados durante todo el trayecto. Cuando Alex intentaba entablar una conversación, ella sólo asentía o negaba. Al volver a casa, él no pudo disimular su desilusión.

—¿Qué es lo que te pasa? ¿Tan desdichada te hace nuestro compromiso?

Elizabeth dejó de jugar con sus guantes, parpadeó varias veces y lo miró a los ojos por primera vez en varios días. Al marqués le sobrecogió la tristeza que vio en ellos.

—No sé a qué te refieres. Cualquier dama daría lo que fuera por estar en mi situación. Soy una mujer afortunada y te estoy muy agradecida por el enorme favor que me estás haciendo —dijo Elizabeth con voz inexpresiva.

—¿Pero?

Alex sabía que algo pasaba. No comprendía nada.

—Pero me gustaría acabar con esta farsa cuanto antes —dijo ella con frialdad, mientras dejaba de mirarlo.

Elizabeth agradeció haber llegado a su casa. No sabía cuánto tiempo más podría contener sus lágrimas. Sí, lo mejor era acabar con esto cuanto antes, sufrir ahora y no torturarse después temiendo el día en que fuese él quien pusiese fin a su compromiso. Cuanto más lo alargase, más ilusiones se haría con algo irrealizable. Ahora ya no tenía esperanzas de casarse, ya no era pura y ningún caballero la querría en esas condiciones, y menos sin dote. Podría engañar a su futuro marido, pero éste lo descubriría en la noche de bodas y la repudiaría. Y quizás, para vengarse, no le daría dinero. ¿Qué sería de su hermano entonces? Aun así, no se arrepentía de la noche que había pasado con Alexander. Tendría que buscar otra salida, quizás un puesto de acompañante o institutriz, aunque no sabía muy bien cómo se lo explicaría a su padre... Al parar la calesa, dejó que un lacayo la ayudase a bajar en vez de permitir que Alex lo hiciera, como siempre. Él, que tardó un rato en salir de la calesa, la acompañó por las escaleras en silencio. Elizabeth lo miró de reojo y se asustó al ver su expresión fiera. Cuando el mayordomo les abrió la puerta, Alex no hizo ningún ademán para acompañarla.

—Esta semana estaré ausente. Tengo unos asuntos que arreglar en mis tierras. A mi regreso hablaremos de, al parecer, nuestra insoportable situación.

En cuanto él se giró para bajar las escaleras, Elizabeth se adentró en la casa y se echó a llorar desconsoladamente en la primera sala que encontró.

—¿Cuándo será el día en que te pongan los grilletes? —preguntó Charles alegremente, al entrar en el despacho de Alex.

En cuanto oyó la pregunta, Alex lanzó con fuerza una copa, ya vacía, contra la chimenea. Charles estaba a punto de añadir algo más, pero Michael movió las manos bruscamente para que se callara y se sentara a su lado. Alex continuó de pie, dando vueltas por la estancia, mientras no paraba de refunfuñar.

—¡Ya no se qué hacer! —exclamó por fin—. Está claro que no le intereso.

—Es probable que no la conozca tan bien como tú, pero desde mi perspectiva, puedo apreciar que sí le interesas, y mucho —afirmó Charles, que no dejaba de mirar a Michael para que le diera la razón. Sin embargo, éste ni se inmutó, limitándose a observar a Alex con expresión lúgubre.

El marqués volvió a servirse otra copa y la bebió de un solo trago. Luego cogió la botella, que estaba casi vacía, abrió la puerta y llamó a su mayordomo para que le trajese más.

Se dejó caer en el asiento y acabó la botella bebiéndola a morro. Sacudió la cabeza,

desesperado, y preguntó a sus amigos:

—¿Me queda algo por hacer que haya olvidado sin querer?

—Ya has hecho todo lo que yo suelo hacer, y más —dijo Charles encogiéndose de hombros, impotente.

El mayordomo apareció y Alex se levantó para servirse una copa.

—¿No crees que ya has tenido bastante? —Preguntó Michael.

—He bebido más en el pasado.

—No me refiero sólo a eso. Quizás deberías dejarla. Si ella no siente lo mismo por ti...

—¡Michael! —Exclamó Charles, sorprendido, intentando que se callara.

—¡Míralo, por el amor de Dios! ¡Míralo cómo lo tiene y aún no están casados!

—Alex, no le hagas caso —dijo Charles, enfadado—. Mike, no eres el más indicado para dar consejos.

—Ni tú tampoco —replicó Michael.

—Cierto, por eso debemos apoyar a Alex, cualquiera que sea su decisión.

—Sigo sin entenderlo. Si Elizabeth te trae tantos quebraderos de cabeza... Ya has intentado restaurar el honor... Si ella no quiere casarse, pasa página, busca a otra...

Y se interrumpió para frotarse la espinilla, justo donde Charles le había acabado de dar una patada.

—Pero el problema es que ella es la única mujer para mí. —Alex se quedó un rato mirando hacia la lumbre y sus amigos fueron incapaces de rebatirle aquella afirmación, aunque no la entendían—. No me voy a rendir, por eso necesito pensar mi siguiente movimiento con la cabeza fría. Me iré unos días al campo y volveré dentro de una semana. Si sucede algo, ya sabéis mi dirección.

—Milady, siento interrumpirla, pero hay un caballero que desea verla.

Elizabeth continuaba en la cama, aunque fueran las cinco de la tarde, lo que se estaba convirtiendo en una costumbre desde que Alex se había marchado. Ya habían pasado cuatro días, cuatro días en los que Elizabeth prácticamente no salía de la cama. Cuando su doncella y Marcus iban a verla, les decía que se encontraba enferma. Apenas comía, excepto los dulces que Alex le había enviado aquellos días. Ya sólo le quedaba una caja y a ella le daba pena abrirla. Era la última que había recibido. El tiempo transcurría lentamente y Elizabeth seguía preguntándose si habría hecho bien, si no hubiera sido mejor arriesgarse y decirle a Alex lo que sentía. Quizás aún tuviese una oportunidad, quizás él pudiese llegar a sentir algo por ella. Pero tenía miedo, mucho miedo, de ese sentimiento que, hasta hace poco, desconocía totalmente: el amor.

—¿Le habéis dicho que no estoy disponible para visitas?

—Sí, milady, pero insiste. Dice que es importante.

—Déjame ver la tarjeta.

—No entregó ninguna tarjeta o el señor Jolkon no se la pidió —dijo Mary, frunciendo el ceño.

Ah, el señor Jolkon, el mayordomo sordo. ¡Perfecto! Ahora, por su incompetencia, ella tendría que salir y recibir al visitante.

—Oh, está bien, ahora mismo bajo.

Resopló y salió de la cama, dejando que Mary la ayudase a vestirse y peinarse. Aunque no le apetecía arreglarse, no podía permitirse que nadie la viera con tan mal aspecto.

Al entrar en la sala amarilla, no vio a nadie y se adentró más para comprobar si no estaría vacía y habría entendido mal a Mary. Cuando la puerta se cerró de golpe, se sobresaltó y se giró, sorprendiéndose aún más al ver a su visitante.

—Buenos días, mi bella Elizabeth.

—Milord.

Ella dio un paso hacia atrás cuando lord Hasclot se le acercó.

—Ha habido un malentendido, milord. Deberían haberle comunicado que estoy enferma. Estoy terriblemente resfriada —empezó a toser y a estornudar—. ¿Lo ve? Y es muy contagioso, por eso será mejor que vuelva otro día. Ya le avisaré cuando haya mejorado —dijo mientras caminaba hacia atrás para alejarse de él.

—¿Es cierto que vas a casarte con Glenmore? —Preguntó lord Hasclot en tono despectivo, ignorando los fingidos estornudos.

—Si eso es lo que ha oído...

—Pero no es tu culpa, ¿verdad? Fueron vuestros padres quienes los prometieron. Al menos eso fue lo que me dijo Glenmore. También me contó que no lo supo hasta hace poco y que tu pensaste que te rechazaría por eso aceptaste mi propuesta.

Entonces, ¿Alex sabía del acuerdo? ¿Era por eso por lo que estaban comprometidos, porque él quería llevar a cabo el compromiso? Alexander le había confesado que siempre había intentado agradar a su padre e impresionarlo. ¿Qué mejor manera que aceptando a la mujer que su padre había elegido como su esposa? ¿Por eso había sido tan atento con ella?

—No consentiste este compromiso, ¿verdad, Elizabeth? Porque tu aceptaste mi mano. Es el duque quien está detrás de todo esto.

¿Qué hacer? Si le decía ahora directamente que no quería casarse con él, podría enfurecerse con ella.

—Nuestros padres arreglaron todo cuando éramos jóvenes —contestó Elizabeth, eludiendo su pregunta y procurando ganar tiempo. Tenía que encontrar un modo de salir de allí y avisar a alguien.

—Pero, pudiendo elegir, me elegirías a mí, ¿verdad?

Elizabeth intentó dar otro paso hacia atrás, pues el barón se le estaba acercando mucho, pero se encontró con la pared a su espalda.

—Milord, soy una hija obediente y quiero cumplir con la voluntad de mi padre.

—Tu padre me dio su permiso, pero el prepotente de Kinstong lo coaccionó. Estoy seguro de que me prefiere a mí como yerno. Ya le dije que pagaría cualquier precio por ti.

Lord Hasclot intentó acariciarle la mejilla, pero ella se apartó.

—Milord, será mejor que se vaya.

—No me iré de aquí sin ti, preciosa.

Y le sonrió de una manera tan siniestra, que Elizabeth sintió un escalofrío.

Desesperada, al ver que era incapaz de razonar con él, tomó aire y dio un fuerte chillido para pedir ayuda, pero Hasclot debió de prever su intención porque, rápidamente, sacó de su bolsillo un trapo y se lo puso en la boca. Elizabeth se encontró sin fuerzas y los párpados se le cerraron, sumergiéndola en la oscuridad.

«Debo enfrentarme a la situación, no la puedo dejar escapar», iba pensando Alex en su carruaje de camino a casa de Elizabeth. Era muy temprano, pero no podía esperar más. Había viajado un día entero para preguntarle en qué la había ofendido, si había hecho algo incorrecto sin darse cuenta. Le pediría perdón y lo remediaría. Haría cualquier cosa por no verla en el estado anímico de la última semana, y no desistiría hasta conquistarla. Cuando llegó a su casa, bajó apresuradamente del carruaje y llamó con fuerza.

Al cabo de un minuto, que se le hizo eterno, le abrió la puerta aquel pintoresco mayordomo. A

Alex le llamó la atención que tuviera la nariz rota.

—En este momento no se aceptan visitas.

Cuando iba a cerrarle la puerta, Alex se lo impidió, poniendo el pie y empujándola.

—Dígale a lady Elizabeth que Glenmore desea verla —gritó.

—Déjele pasar, señor Jolkon —se oyó decir a una mujer que estaba dentro de la casa.

El mayordomo se apartó, abriendo totalmente la puerta, y la cerró tras él.

—¿Es usted el marqués, el prometido de milady? —Le preguntó una mujer menuda de unos cuarenta años y rostro afable, que en ese momento reflejaba gran preocupación. A su lado había una joven, muy parecida a ella, que también mostraba la misma inquietud.

—Sí, soy yo. ¿Dónde está?

—¿Crees de verdad que podemos confiar en él, Mary?

—Mamá, conozco bien a Elizabeth y sé que ella confía plenamente en este caballero —dijo Mary, dirigiéndole una tímida sonrisa, como si conociese un secreto.

—Está bien, se lo diremos. Cuanta más ayuda tengamos, antes volverá la señorita. Puede que Marcus no lo consiga solo.

—¿Decirme qué? ¿Están al servicio del duque?

—Perdone, milord, yo soy Anna, el ama de llaves y la cocinera. Ésta es mi hija, la doncella de lady Elizabeth. Verá, ¡ha ocurrido una desgracia!

—¡Han secuestrado a la señorita! —Exclamó Mary.

Alex tuvo la impresión de que el tiempo se detenía y de que sus piernas no podían sostenerlo.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por quién? —Preguntó Alex, desesperado.

—Ayer por la tarde, aquí mismo. Vino un hombre a visitarla a las cinco y milady bajó a recibirlo, pero antes, con la ayuda de otro, atacaron al mayordomo y, mientras lady Elizabeth se encontraba con él, su secuaz nos encerró en la despensa. Cuando el señor Jolkon se recuperó y nos sacó de allí, la señorita había desaparecido. Hace una hora vino el señor Frenk, el secretario del duque. Al enterarse, informó a la policía, pero ya sabes lo poco eficientes que son, por lo que él mismo salió en su busca. Sin embargo, como sólo quedaban dos caballos en el establo, en lugar de llevarse el de milady, un ejemplar rápido aunque poco resistente, decidió llevarse el suyo. Es un caballo fuerte, pero viejo, por eso no creo que vaya muy rápido. Seguramente usted podrá darle alcance con mayor facilidad.

Alex escuchaba atentamente con el estómago encogido.

—¿Tienen alguna idea de quién la secuestró?

—Verá, tras oír la descripción de Jolkon, el señor Klent dedujo que podría tratarse de lord Hasclot.

—¡Ese maldito bastardo! ¿Y saben hacia dónde partió?

—El señor Klent cree que se dirigen a Gretna Green.

A Alex se le heló la sangre en las venas y salió corriendo de la casa para dirigirse a la suya. Cogió a *César*, su fiel caballo, compañero de tantas batallas, y salió sin demora a buscar al señor Kennedy. Tenía una estrategia. Nunca había sido impulsivo en la guerra y no lo iba a ser ahora, cuando estaba en peligro lo más importante para él.

—Será mejor que te acomodes y duermas un rato. Va a ser un viaje largo.

—No, así estoy bien y no tengo sueño.

Elizabeth estaba sentada en un rincón del carruaje, enfrente del barón, intentando alejarse lo máximo posible de aquella alimaña. Desde que se había despertado del profundo sueño que le produjo aquel narcótico, no había cerrado los ojos en ningún momento. Quería permanecer alerta

por si se le presentaba alguna oportunidad para escapar.

—Espero que, cuando nos casemos, dejes de lado esa cabezonería tuya, o te irá muy mal, preciosa.

Ella sintió un escalofrío al recordar que la llevaba a Gretna Green, un pueblo del sur de Escocia. Allí podrían encontrar a alguien que los casara al instante, aunque fuera contra la voluntad de Elizabeth.

—Yo no estaría tan seguro de esa boda, si fuese usted —dijo furiosa, provocándole una carcajada a su acompañante.

—¿Y quién me lo va a impedir? Ve acostumbrándote, yo siempre consigo lo que quiero, y ahora te deseo a ti. Que seas mía será cuestión de tiempo.

Elizabeth intentó librarse de la soga que la mantenía atada de pies y manos, pero, como en las ocasiones anteriores, sólo consiguió que las ataduras le apretaran y le hicieran más daño.

Alexander cabalgaba veloz por la carretera que iba de camino a Escocia. Tras él, a cierta distancia, lo seguían el señor Kennedy y sus hombres. Llevaba cinco horas cabalgando sin descanso y, a cada metro que recorría, sentía una fuerte desolación al pensar que podría llegar demasiado tarde. Vislumbró la silueta de un jinete entre el polvo del camino. Cuando le dio alcance, frenó un poco a su montura para no chocar con él y, de paso, poder interrogarlo. El hombre pareció ignorarlo y siguió cabalgando de una manera desesperada, pues su caballo se veía sin fuerzas para seguir.

—¡Deténgase, por favor! —le gritó.

El hombre lo miró muy asombrado y paró el caballo en el acto.

—Perdone que le moleste, pero ¿no habrá visto...?

—No, todavía no los he alcanzado, lord Glenmore.

¿Ese hombre lo conocía? Frunció el ceño y se preguntó si lo habría visto antes, aunque no le resultaba familiar. El desconocido debió intuir lo que pensaba, porque añadió:

—Sí, sé quién es usted. Me gusta mantenerme informado de las personas que se acercan a lady Elizabeth.

—Usted debe ser el señor Klent —dedujo Alex.

—Sí, soy yo. Veo que le han informado de lo que ha pasado. Parece que viene a ayudarme.

Él asintió.

—¿Tiene alguna pista?

Alex sintió su preocupación. Se podía apreciar que Elizabeth le importaba mucho.

—Me detuve hace poco en una posada. Por las descripciones que me dieron, supe que estaban hablando del carruaje de lord Hasclot. Creo que sólo se detiene para cambiar de caballos. Es lo único que ha hecho en todas las posadas en las que ha parado. Aparte de recoger comida. Esa escoria no querrá perder el tiempo.

—Aunque nos lleve unas horas de ventaja, a caballo vamos más rápido. Veo que ha hecho lo que ha podido, pero su caballo no puede más. Vuelva a Londres y espérenos allí. Yo me encargaré de traer a Elizabeth sana y salva.

—Con todos mis respetos, milord, no lo haré. Quiero a esa muchacha como si fuera mi hija y no pararé hasta verla segura y apartada de ese canalla.

—Ya que compartimos el mismo camino, me parece bien que lo recorramos juntos.

—¿Qué quieres decir con que no puedes repararla?

Elizabeth oyó rugir al barón desde el carruaje. Después de un brusco movimiento y una gran

desnivelación del vehículo, lord Hasclot había salido enfadado, para enfadarse aún más al descubrir que se había roto una rueda.

—¿Cuánto tardarás en repararla?

—No lo sé, pero creo que varias horas. Además, está anocheciendo.

—¡Maldición!

—No hace mucho que pasamos por delante de una posada. Quizás podrían esperar allí...

—¡No te pago para pensar, estúpido! Arréglala rápido. No quiero perder el tiempo, y una noche es mucho tiempo de ventaja. Aunque, por otro lado... —Elizabeth dio un respingo cuando lord Hasclot abrió la puerta y se asomó con una siniestra sonrisa—. Cambio de planes, milady, hoy dormiremos en una cama. Eso si te dejo dormir.

Soltó una carcajada espeluznante mientras la sacaba del carruaje. Una vez que la tuvo delante de él, extrajo un pequeño cuchillo. Elizabeth no se amedrentó, mantuvo sus emociones bajo control. Intentaría ser valiente. No le daría la satisfacción de que viera su miedo. Lord Hasclot utilizó el cuchillo para cortar la cuerda de sus manos y se acuclilló para cortar también la de sus tobillos, no sin antes pasarle las manos por las piernas, por encima de las medias. Ella disimuló una arcada de asco, pero no su desagrado. Él se irguió sonriente.

—Por desgracia, no puedo permitirme el lujo de mantenerte atada, porque alguien podría vernos y sospechar algo. Ahora bien, como digas algo o hagas algún movimiento imprudente, te juro que te torturaré. Y, cuando me canse de ti, haré lo mismo con tu querido hermano, ¿queda claro?

Ella asintió con rigidez y permitió que la llevara a la posada sin ofrecer resistencia. Cuando llegaron, ya era de noche. Descubrió que era una posada de baja categoría, sucia y, como únicos clientes, había dos borrachos y un hombre mugriento que acababa de subir con una descocada mujer hacia las habitaciones. Elizabeth tuvo claro que, si buscaba ayuda, no la encontraría allí. Si lograba escapar, tendría que hacerlo sola.

—Denos una habitación —le dijo lord Hasclot al posadero, dándole unas monedas.

—¡Qué buena moza! —Le gritó uno de los borrachos mientras silbaba y la miraba con descaro—. ¿Cuánto cobras, monada?

—Está fuera de su alcance. Es una mujerzuela de lujo.

Lord Hasclot se rió, pero lo miró amenazante, y el borracho siguió concentrado en su jarra. Luego empujó por la espalda a Elizabeth para que subiera por las escaleras.

—Estoy sedienta, ¿vos no? Podríamos tomar algo aquí abajo...

—Creo que ya he esperado demasiado para tenerte.

La empujó con más fuerza y a Elizabeth no le quedó más remedio que subir. Su cabeza bullía a cien por hora mientras buscaba una escapatoria. Al final, Elizabeth optó por entrar en la habitación y, una vez allí, golpear a lord Hasclot con fuerza para dejarlo inconsciente y poder huir. En cuanto se abrió la puerta, su mirada recorrió toda la habitación en busca de aquel objeto contundente tan deseado, y sus ojos se detuvieron en una bacinilla que se encontraba en el rincón más alejado de la sucia estancia.

—Entra —le urgió lord Hasclot, y Elizabeth lo acató enseguida para poner distancia entre ellos y, a la vez, acercarse más a su objetivo.

Dio algunos pasos vacilantes hacia la bacinilla, como inspeccionando la habitación, pero las manos del barón la detuvieron, agarrándola por las caderas y restregándose contra su espalda.

—Cómo voy a disfrutar sometiendo, por fin, tu delicioso cuerpo al mío.

Elizabeth contuvo las ganas de gritar y apartarse. Debía hacerlo con calma. Sólo dispondría de una oportunidad y no podría fallar.

—Si pudiéramos comer antes, estoy hambrienta y...

—Yo estoy más hambriento de ti.

—Entonces, dejadme un poco de tiempo para adecentarme y...

Intentó caminar, pero él la giró con brusquedad.

—Oh, no. Quiero desnudarte yo.

Lord Hasclot, agarrando fuertemente su vestido, lo desgarró. Elizabeth no pudo evitar retroceder, golpeando al barón como podía, y éste se abalanzó sobre ella. Al recular, Elizabeth tropezó con la bacinilla y cayó al suelo. Cuando el barón se puso encima de ella, Elizabeth intentó apartarlo, pero su peso le impedía moverse. Entonces estiró una mano para alcanzar la bacinilla. Al encontrarla, la levantó, reuniendo todas sus fuerzas para golpear a lord Hasclot. Sin embargo, éste fue más rápido y, al notar el movimiento, le agarró la muñeca, bajándole el brazo con fuerza, hasta que la bacinilla estalló en pedazos contra el suelo.

—Así que quieres jugar, ¿eh, pequeña zorra?

La golpeó en la cara con el dorso de la mano que tenía un anillo. Elizabeth sintió que la sangre se deslizaba por su mejilla y llegaba hasta sus labios. Luchó para intentar quitárselo de encima, arañando todo lo que caía a su alcance y chillando todo lo que podía. Tan enzarzados estaban, que no oyeron el ruido que hizo la puerta al derrumbarse. De repente, Elizabeth dejó de sentir el pesado cuerpo sobre ella y, al incorporarse un poco, vio la imagen borrosa de Alex golpeando al barón. ¡Alex! ¡Alexander había llegado para rescatarla! Salió de su estado de shock y pudo oír que el marqués decía:

—¡Bastardo! ¡No te atrevas a volver a tocarla!

Alex, encima de él, lo golpeaba con sus grandes puños en la cara. Hasclot estaba lleno de sangre y parecía inconsciente, pero Alex seguía golpeándolo. Si no paraba, lo mataría.

—¡Alexander! ¡Alex!

Él levantó la cabeza, parpadeó y fijó sus ojos en ella. Despertó de su alterado estado, se levantó y se acercó a ella para arrodillarse a su lado. Con sus dedos le apartó tiernamente el cabello, que le caía desordenado sobre el rostro. Le agarró la barbilla para contemplarla y, al ver sus magulladuras, su rostro volvió a refulgir de ira.

—¿Tienes otras heridas?

—No.

A Elizabeth le costaba mucho hablar. Aún no podía creerse que Alex estuviera allí y que todo hubiera acabado.

—¿Te ha...?

—No.

Elizabeth no dejó que terminara la pregunta, al ver cuánto le costaba hacerla.

—¡Dios, estaba tan asustado! ¡Nunca me hubiera perdonado llegar demasiado tarde!

La abrazó despacio, temiendo hacerle daño, pero ella se lanzó a sus brazos.

—Yo sí que... estaba... asustada, pensé... —tartamudeó Elizabeth emocionada, estrechándolo con fuerza.

—Shh, mi ángel, ya pasó, estoy aquí —dijo Alex, meciéndola para calmarla—. No permitiré que te vuelva a pasar nada malo. Yo te protegeré.

Cerró los ojos y suspiró aliviada, creyéndole por completo. Era cierto que en sus brazos se sentía protegida y todos sus miedos se esfumaban. Ni siquiera se enteró cuando Marcus y otros hombres entraron para llevarse al inconsciente lord Hasclot.

Elizabeth no fue capaz de soltarlo y él tampoco dio señales de querer hacerlo, pues seguía acariciándole el pelo y acunándola como si fuera un bebé. Cuando pasaron unos minutos y se

sintió más tranquila, levantó la cabeza y miró aquellos ojos grises que le eran tan queridos.

—Sácame de aquí —le susurró.

Alex la besó en la frente, se levantó con ella todavía en sus brazos y la sacó de la posada.

Capítulo 18

Elizabeth aún continuaba temblando. A Alex le desgarraba el corazón verla en ese estado, aunque había sufrido más cuando la vio tirada en el suelo con aquel gusano encima. Si ella no lo hubiese parado, el marqués lo habría matado con sus propias manos. La dejó despacio en el suelo y, sin separarse de ella, se quitó el sobretodo y se lo puso porque Elizabeth tenía el vestido roto por delante. Ella agarró los extremos y le sonrió trémulamente, con el semblante adolorido. A la luz de los faroles, que iluminaban el patio de la posada, pudo verla mejor, al igual que las magulladuras de su rostro.

—¿Te duele mucho?

A Alex le costaba hablar. Seguía sintiendo un enorme deseo de estrangular a aquella escoria.

—No, sólo un poco.

—Las ha tenido mucho peores en su niñez —dijo el señor Klent a su espalda. Al girarse, Alex pudo ver que llevaba una tina con agua y un paño—. Déjeme limpiarla.

Se apartó y vio que la serenidad volvía a su dulce ángel.

—¡Oh, Marcus, gracias por estar aquí!

—¿En qué otro sitio podría estar?

Y comenzó a limpiarle las heridas con delicadeza y eficacia. Alex se apartó de ellos y se acercó al señor Kennedy.

—Milord, ¿qué quiere que hagamos con él?

—¿Qué me sugeris?

En ese momento, el marqués no podía mantener la mente fría.

—Con esto que ha hecho no podría librarse de la horca, pero el suceso provocaría un escándalo al tratarse de un par del reino, y todas sus fechorías acabarían saliendo a la luz.

—No quiero que lady Elizabeth esté en boca de todos. Ya ha sufrido bastante.

Kennedy asintió con solemnidad.

—Conozco a un juez discreto e incorruptible que hace tiempo le tiene ganas a lord Hasclot. Si lo llevo ahora, lord Hasclot llegará en pocos días a estará de camino a las Antillas.

No le parecía un castigo suficiente, pero permanecer exiliado a miles de kilómetros haciendo trabajos forzados en una prisión bastaría para que Elizabeth estuviera segura. Si el barón volvía a pisar Inglaterra, ya se encargaría Alex de hacer justicia.

—En ese caso, pónganse cuanto antes en camino. No sé cuándo volveré a Londres. Me gustaría que a nuestro regreso, ya se haya embarcado.

Kennedy sonrió y miró a Elizabeth.

—Sospecho que debo darle mis felicitaciones, milord.

—No sé si sería mejor que me desease suerte. Ella aún no me ha aceptado.

—Sin duda, en cuanto vuelva a Londres, será un hombre casado y ella una mujer muy afortunada.

El marqués sólo esperaba que Elizabeth también lo viera así.

Elizabeth sintió un gran alivio cuando vio que unos hombres se llevaban a lord Hasclot, aún inconsciente, atado a un caballo.

—¿Quiénes son esos hombres que vinieron con vosotros? —preguntó Elizabeth.

—Creo que son agentes de Bow Street —contestó Marcus, que ya casi había limpiado sus rasguños—. Venían con lord Glenmore. Fue muy previsor, al contrario que yo.

—Marcus, tú hiciste lo que pudiste.

—No, niña, sin la ayuda del marqués no habríamos llegado a tiempo para detener a ese canalla. Gracias a que uno de esos agentes me cambió el caballo, ahora puedo estar aquí. Viajar con el marqués me dio ánimos para no perder la esperanza.

Elizabeth se quedó pensativa un rato, mirando cómo Alexander hablaba con un hombre que parecía estar al mando de los agentes de Bow Street. ¿Qué hacía allí? ¿No debería estar en su residencia de campo? ¿Por qué había salido corriendo a buscarla? Quizás sintiese algo por ella. Sacudió la cabeza intentando apartar esas ideas. El comportamiento de Alexander la desconcertaba.

—Bueno, niña, ya está. No creo que te quede cicatriz.

Tenía un arañazo en la mejilla y el labio partido, pero ambas heridas habían dejado de sangrar.

—Ahora sólo quiero volver a casa.

—Me temo que no podrás regresar allí inmediatamente —le dijo Alex, cuando se acercó a ellos.

—¿Por qué?

Elizabeth no quería quedarse en aquella desagradable posada. Lo único que deseaba era acostarse en su cómoda cama y dormir, ya que estaba muy cansada, e intentar olvidar todo aquel horrible suceso.

—¿Me permite hablar un momento con lady Elizabeth a solas? —Le preguntó Alex a Marcus, quien la miró y, tras su asentimiento, se alejó de ellos.

—¿Tienes frío, hambre, sed?

—No, sólo estoy cansada.

—Tendremos que viajar en el carruaje de lord Hasclot. No hay ningún sitio cerca en donde poder alquilar otro y yo no he traído ninguno. No te importará, ¿verdad?

—Me da igual, con tal de poder volver a mi casa.

—De eso es de lo que te quería hablar.

Elizabeth se extrañó ante su nervioso comportamiento. El marqués abría la boca varias veces, como queriendo decir algo, y sacaba y metía sus manos de los bolsillos.

—Verás, no puedes aparecer por Londres así, sin más —dijo él por fin.

—¿Por qué no? Nadie sabe de mi ausencia, ¿no?

—Podrían haberse enterado, o lord Hasclot podría haber dicho algo antes de secuestrarte. Además, ya sabes que siempre se acaba divulgando algo y es imposible acallar los rumores, que a menudo se acaban exagerando.

—Podría ir a nuestra casa de campo durante un tiempo y volver cuando las murmuraciones se extingan un poco.

—¿Y si no lo hacen? ¿Y si tu reputación queda arruinada sin remedio?

—¿Qué pesimista estás hecho! Te recuerdo que acabo de pasar por el peor momento de mi vida y con estas palabras no me estás consolando nada.

—Lo siento, sólo estoy diciéndote lo que podría pasar —Alex se acercó a ella y la abrazó—. No quiero angustiarte más. Será mejor que continuemos esta conversación durante el viaje.

Ella asintió contra su pecho. No quería hablar, ni moverse, sino dejar la mente en blanco. Se encontraba tan segura entre sus brazos... Así estuvieron unos minutos, hasta que el ruido de los caballos arrastrando el carruaje hizo que Alex se apartara de ella. El marqués le sonrió de esa manera que era capaz de partirla el corazón y la cogió de la mano, llevándola hacia el vehículo. Una vez dentro, Elizabeth no puso ninguna objeción cuando Alex la levantó y la puso en su regazo. Ella se acomodó contra su fuerte y cálido cuerpo.

—¿Cómoda?

—Sí —murmuró adormilada.

—Tenemos que hablar, pero si tienes sueño podemos dejarlo para después.

Finalmente, ella se durmió. Cuando abrió los ojos poco a poco, al notar un pequeño movimiento, se encontró tumbada en una cama. No sabía cuánto tiempo había dormido. Alex la observaba fijamente.

—Lo lamento, no quería despertarte.

—¿Dónde estamos? —Preguntó Elizabeth mientras observaba la grande y acogedora habitación.

—En una posada, cerca de Escocia.

—¿Por qué hemos ido hacia el norte?

—Porque vamos a Escocia, a casarnos.

Después de aquella revelación, el marqués se sentó en la cama, quitándose las botas con movimientos lentos. Parecía muy cansado.

—No lo entiendo —dijo ella enfadada, incorporándose en la cama—. Creí que ya había quedado claro que no tenías que casarte conmigo para proteger mi reputación. No estás obligado a hacerlo.

—Pero voy a hacerlo.

—¡No, no te dejaré!

—¡Recuerda que allí no necesitaré tu consentimiento! ¿Tan desagradable te resulta la idea de casarte conmigo? —Gritó Alex.

Elizabeth parpadeó asombrada ante su enfado. ¿Es que no lo veía? Lo quería demasiado como para atarlo a una mujer como ella, a la que no amaba. Pero siendo egoísta, esa propuesta de vivir a su lado la agradaba enormemente.

—Pero tú no deseas casarte conmigo —dijo ella con voz estrangulada.

—¿Que no lo deseo? ¡Lo deseo con cada parte de mi ser! —Se acercó más a ella y la cogió por los hombros—. Deseo tanto casarme contigo como te deseo a ti —dijo, y la besó fieramente, dejándola sin respiración—. ¿No ves que te amo?

Y volvió a besarla. ¿Él la amaba? No podía ser, ¿o sí? ¿Estaba demasiado atontada para distinguir la fantasía de la realidad? Pero, si era verdad..., si él la amaba... Su corazón se aceleró. Nunca se había sentido tan feliz. Tenía que decirle que ella también lo amaba.

—Alex... yo... —intentó decir Elizabeth, despegando sus labios de los suyos, pero él no la dejó.

No estaba dispuesto a oírle una negativa, a que lo volviera a rechazar. Antes de eso, estaba dispuesto a hacerla cambiar de idea con cualquier método que estuviera a su alcance. Alex sonrió, aún sobre sus labios, mientras la desnudaba con movimientos bruscos.

—Alex, tienes que saber..., que yo...

—No —le dijo él, a la vez que le tapaba la boca con la mano—. No digas nada, ni una palabra.

Alex volvió a besarla desesperadamente, sin dejar de hacerlo ni para quitarse la ropa. Enseguida empezó a notar cómo ella se rendía, al notar que se quitaba la camisola, deslizándola por las piernas, para luego acariciar ávidamente su torso desnudo. ¡Dios, él sintió que moriría de placer en ese instante! Alex se quitó los pantalones, echándose hacia atrás, tumbándose en la cama de espaldas y arrastrándola con él, dejándola encima, a horcajadas. Él pasó las manos por su espalda, disfrutando de su aterciopelada piel. Elizabeth empezó a mover las caderas, frotando contra su miembro la húmeda hendidura. Alex no pudo aguantarlo más. Cogiéndola por las caderas, se hundió en su estrecho canal, arrancándole un grito de sorpresa. Sin palabras, él le

enseñó cómo tenía que montarlo, guiándola con las manos sobre las caderas, instándola a moverse de arriba abajo, y ella enseguida lo cabalgó con rapidez, sintiendo la misma urgencia que él. Cuando alcanzó la cúspide del placer, ella lo siguió dos embestidas después y se desplomó sobre él. Mientras Elizabeth respiraba aceleradamente contra su cuello, Alex se quedó dormido.

—Lo que quería decirte es que yo también te amo. Te quiero, Alexander.

Después de abrirle su corazón, Elizabeth levantó la cabeza y se desilusionó al verlo dormido. Seguramente, no había podido dormir en el carruaje con ella encima. Acarició con ternura su rasposa mejilla, debido a la incipiente barba, y se levantó para acostarse a su lado. Después apoyó la cabeza sobre su pecho y se quedó dormida, escuchando los latidos del corazón de su futuro marido.

Capítulo 19

Durmieron durante mucho tiempo y, cuando Elizabeth se despertó, fue a causa de las caricias de Alex, que le hizo el amor tan dulce y lentamente, que ella pensó que aún dormía y estaba soñando. Unas horas después, volvió a despertarse, pero esta vez a causa del hambre. Abrió los ojos y vio que Alex estaba sentado en la cama con los pantalones puestos, poniéndose las botas. Tenía una espalda ancha y musculosa. Elizabeth no se pudo resistir a extender la mano y acariciar su piel. A medida que pasaba la mano, notaba cómo los músculos de la espalda se tensaban. Cuando tuvo las botas puestas, Alex se giró, le agarró la mano y se la besó.

—Voy a pedir algo de comer. Espérame despierta, dormilona.

Le guiñó un ojo y se levantó de la cama, poniéndose la camisa de camino a la puerta.

En cuanto ésta se cerró, Elizabeth se levantó para asearse y ponerse la ropa interior, ya que su vestido estaba destrozado. Cuando llegó Alex, ella estaba delante del espejo, trenzándose el cabello. El marqués le señaló la ropa que tenía bajo el brazo y la dejó sobre la cama.

—Le pedí a la posadera un vestido para ti. ¿Sabes que hemos pasado un día entero aquí dentro?

—¿Un día?

—Sí. Será mejor que comamos y sigamos nuestro viaje. Aunque no tenemos prisa, seguramente debemos esperar en Escocia a nuestros invitados.

—¿Nuestros invitados?

—Sí, me tomé la libertad de encargarle a Marcus la tarea de avisar a la señorita Wessit, a Charles y a Michael. Pensé que te gustaría tener a tu amiga y al señor Klent el día de tu boda —comentó él mientras se ponía la levita.

Alexander lo planeaba todo, algo que a ella le iba a gustar mucho, ya que siempre había querido tener una vida ordenada.

—Estoy encantada. Muchas gracias, Alex.

—De nada, mi ángel —la besó en la cabeza y volvió hacia la puerta—. Te espero en el comedor. Está, al bajar las escaleras, a la izquierda —le dijo antes de salir.

Elizabeth se puso aquel vestido humilde que le quedaba grande y bajó a comer. Durante ese tiempo no se dirigieron ni una palabra, pues ambos estaban hambrientos. En cuanto acabaron, volvieron al carruaje y Alex le describió con todo detalle la casa de campo donde vivirían cuando la Cámara estuviera cerrada, ya que Alex quería hacerse responsable de su escaño. Pararon varias veces para comer y descansar. No tenían prisa por llegar. Así le darían tiempo a sus amigos para que pudieran reunirse con ellos. Por la noche pararon en una agradable y acogedora posada, donde cenaron en un comedor privado. Al acabar, Alex la desconcertó.

—Voy a hablar con el cochero y después me quedaré en la taberna. La posadera te indicará tu habitación. Buenas noches.

Y se fue. Elizabeth parpadeó sorprendida. ¿Por qué, de repente, era tan frío? ¿No iban a compartir la habitación? Quizás sí, pero ahora estaba cansado y quería relajarse antes de volver con ella. Seguramente era eso. Elizabeth pensó que aquella misma noche debía aclarar la duda que la había perseguido durante todo el viaje, y que aún no se había atrevido a formular en voz alta. ¿La amaba de verdad? Alex se había mantenido distante y no había vuelto a mencionárselo. Ella tampoco se había atrevido a decir nada, por miedo a no ser correspondida. ¿Y si Alexander estaba confundiendo el amor con el deseo? Ése era su mayor miedo y lo que le impedía declararle sus sentimientos. Una mujer menuda y afable la guió a su habitación, donde la esperaba una bañera con reconfortante agua caliente. Al salir, se puso la camisola, se acostó en la

blanda cama y se durmió. Cuando se despertó, aún estaba sola.

Alexander miraba a Elizabeth, que contemplaba el paisaje de forma ausente. Por la noche, él había necesitado una gran fuerza de voluntad para no entrar en el dormitorio que ella ocupaba. No quería que ella pensara que sólo se sentía atraído por su cuerpo.

—¿Nos estamos acercando a un pueblo? —preguntó ella de pronto.

Alex se asomó por la ventanilla. Ya estaban en Carlisle, un pueblo cerca de la frontera con Escocia.

—Sí, nos hemos desviado un poco para poder comprar algo de ropa.

—Sí, la necesitamos, al no viajar con equipaje. También me podría comprar un vestido para la boda...

Elizabeth fue apagando la voz y se ruborizó. Alex supuso que era una buena reacción. Por lo menos no le espantaba la idea de casarse con él, y había podido notar cierta ilusión en su voz cuando mencionó el vestido de novia. Quizás ésa era la causa de su repentina timidez. Ahora Elizabeth era incapaz de mirarle, por lo que no pudo ver cómo él sonreía satisfecho.

—Por eso no te preocupes. El señor Klent me dijo que traería el vestido perfecto para ti.

—Supongo que se referirá al de mi madre. Siempre pensé en llevarlo el día de mi boda. No fue una mujer demasiado cariñosa, pero tenía muy buen gusto y la misma figura que yo.

Cuando su rostro se entristeció, Alex no pudo evitar contener el impulso de consolarla. Le cogió las manos para acercarse a ella y mirarla a los ojos.

—Ambos no hemos tenido afecto en nuestra familia, pero me consuela pensar que aún podemos remediarlo.

—¿Cómo?

—Estoy seguro de que seremos unos padres magníficos. Por lo menos a nuestros hijos no les faltará amor.

—¿Quieres tener hijos? —Le preguntó ella, sorprendida—. Quiero decir, aparte del heredero, claro.

El marqués le soltó las manos para enmarcarle la cara y acariciar con sus pulgares sus suaves pómulos.

—No me importa que no tengamos hijos varones. No soy como él. No me preocupa para quién acabe siendo el título. Voy a esforzarme por no ser como mi padre. La verdad es que me encantaría tener un niño, aunque seré inmensamente feliz con cualquier criatura que me des.

Ella se le acercó más, dejándole sentir su aliento en el rostro.

—Yo también quiero un niño. Es más, recientemente he tenido un sueño con un encantador niño moreno de ojos grises.

Alex rió.

—Pues mis sueños están plagados de preciosas niñas rubitas de ojos azules, idénticas a la atractiva mujer que tengo enfrente.

La besó con ardor, y a la vez con ternura, intentando transmitirle su amor. Cuando sus labios se separaron, ella parpadeó, aturdida por el deseo. Alex contuvo a duras penas su cuerpo, que lo impulsaba a tumbarla en el asiento y hacerle el amor allí mismo. Afortunadamente que un golpe en la puerta del carruaje lo ayudó a recuperar su cordura. Ni se había dado cuenta de que estaban parados. Por suerte, le había pedido al agente de Bow Street, que se quedó con ellos para hacer de cochero, que los avisara antes de abrir la puerta. Salió al exterior respirando profundamente, intentando tranquilizarse, y dejó que el agente ayudara a bajar a Elizabeth.

¿Por qué sufría esos cambios tan bruscos de temperamento? Se iba preguntando Elizabeth mientras caminaba junto a Alexander por las calles de aquel pueblo, apenas prestándole atención a los escaparates. Y eso que le hacía falta un vestido.

—¿Qué te parece éste? Sé que es muy sencillo, pero estamos en un pueblo pequeño y no creo que encontremos otro mejor. Y parece de tu talla.

Elizabeth miró el vestido del escaparate. Era de muselina verde claro, cerrado por delante y con botones de nácar hasta el cuello.

—Sí, ése servirá. Además, no lo llevaré mucho tiempo, ¿no?

—No. Mañana, o al día siguiente como muy tarde, estaremos en Gretna Green.

Entraron juntos en la tienda. Al poco tiempo, Alex dejó sola a Elizabeth, pues también tenía que hacer sus compras.

Después de que la modista le hiciera unas pequeñas modificaciones en el vestido y de comprar algunas prendas íntimas, Elizabeth salió de la tienda con el vestido puesto. Entonces vio que Alex ya había comprado su ropa y también la llevaba puesta. Le quedaba un poco ancha porque su cuerpo no tenía ni un gramo de grasa y, debido a su estatura, se había visto obligado a coger el traje más grande de la tienda. Todo en él eran fuertes músculos. Elizabeth desvió la mirada para frenar sus pensamientos y se aproximó a él. En cuanto la tuvo cerca, Alex le puso la mano sobre el brazo y la dirigió hacia el carruaje.

Una vez dentro, Alexander adoptó un semblante frío y no volvieron a hablar hasta que, por la noche, llegaron a la siguiente posada. El marqués se fijó que también llegaba otro carruaje, seguido por un caballo. Ambos pararon casi a la vez en el patio de la posada y Alex se bajó de un salto. Del otro carruaje descendieron dos hombres. Debido a la oscuridad, no pudo distinguirlos, pero por sus entusiasmados saludos dedujo que debían ser Michael y Charles.

Michael y Charles estaban bebiendo con él en el comedor privado. Elizabeth se había retirado temprano para darle privacidad y que Alex pudiera hablar con sus amigos.

—¡Al final lo conseguiste, granuja! —dijo Charles, animado por las copas de más que había bebido.

—Sí, pero me hubiera gustado que fuese de otra manera.

—Da igual, lo importante es que te casas con ella mañana —le dijo el práctico Michael.

—Sí, es cierto —Alex se levantó y miró por la ventana de forma ausente—. Mañana me caso.

—¡Serás sinvergüenza! Había pensado en una deliciosa despedida de soltero, pero ¡maldición! ¡Era en Londres!

Alex no pudo evitar sonreír.

—Estoy seguro de que Alex lo lamenta enormemente —dijo Michael con sarcasmo.

—Pues estoy seguro de que lo hubiera disfrutado.

—¿Por qué trajiste también tu caballo, Mike?

El marqués los interrumpió para impedir una discusión entre ellos.

—Pienso volver por mi cuenta.

—Sí. Al parecer, ya tenía planeado hacer un viaje. Cuando llegué a su casa para avisarle de tu situación, ya había hecho el equipaje —aclaró Charles mientras se servía otra copa.

—Sí, una hora más y ya estaría de camino a Rothbury.

—¿Rothbury? ¿Eso no está en Northumberland? ¿Qué se te ha perdido allí? —le preguntó Alex.

—Cuéntaselo. A mí no quisiste decirme nada durante el viaje —sugirió Charles.

—Es un asunto de negocios.

—¿De negocios? —Preguntaron ambos al unísono.

—Veréis, he vendido mi prestigioso apellido por una gran suma.

Esperaron en silencio, con expectación, a que continuase. Michael dejó la copa, que apenas había probado, en la mesa y la alejó de él.

—Hace unos días, jugando a las cartas, le gané unas libras a un comerciante que ni siquiera parpadeó al desprenderse de la considerable cantidad. Entonces, los demás jugadores empezaron a decir estupideces, las típicas de unos borrachos como ellos. Al final sacaron el tema de que estoy buscando una heredera. Al día siguiente, aquel comerciante se presentó en mi casa para hacerme una oferta.

Tanto Alex como Charles permanecían callados, prestando atención a las palabras de su amigo.

—Me ofreció una gran cantidad si me casaba con su hija.

—¡Vaya! ¿Y tú aceptaste? —Le dijo Charles, sorprendido.

—No acepté, pero tampoco me negué. Le dije que, por lo menos, me gustaría hablarlo personalmente con su hija, y aceptó. Por eso iba a Northumberland. Allí es donde voy a pasar unos días en su compañía y tomar mi decisión.

—Pero aún está el problema de siempre, Mike. Debe de tener algo para que su padre te ofrezca tanto dinero.

Charles asintió, dándole la razón a Alex.

—Sí, aunque es un problema al que no doy importancia, puesto que ella también podría sacar ventaja del matrimonio, y así yo no me sentiría culpable teniendo como esposa a una mujer ilusionada con algo que no le podré dar.

—¿Y cuál es su problema?

—Tiene un escándalo a sus espaldas, por eso no la han presentado este año en sociedad.

—¿Qué tipo de escándalo?

—Se fugó con un cazafortunas. Su padre los alcanzó a tiempo, advirtió al joven que, sin su consentimiento, no obtendría ni un penique, y él se fue sin mirar atrás. Como estuvo desaparecida con aquel canalla dos días, su reputación, evidentemente, quedó arruinada. Por eso su padre la exilió a la propiedad que tienen en Rothbury e intentó ocultar su desaparición. Tiene miedo de que, si sale a la luz, no pueda casarla, por eso vio en mí la oportunidad perfecta. En el caso de que se descubriese todo, siendo ya lady Castel, cesarían las habladurías.

—Y así él ganaría influencia teniendo como yerno a un barón.

Michael sonrió ante el comentario de Charles.

—La verdad es que, según él, está tan desesperado que ha bajado el listón a un simple barón. Esperaba que su hija se casara con un duque o algo así.

—Aspiraba a demasiado—añadió Charles.

—Él se casó con la hija de un conde. Es asquerosamente rico y, ¿a quién pretendemos engañar, caballeros?, el dinero tiene mucha más importancia hoy en día.

—Ya se te ve resignado —dijo Alex, apenado.

—Si os soy sincero, para mí es un peso que me quito de encima. Primero, claro está, tengo que conocer a la dama. No soy tan inconsciente para casarme con ella sin haberla visto siquiera.

—Voy a aceptarlo —soltó Charles de pronto, con voz lúgubre, después de un momento de silencio.

—¿Qué es lo que vas a aceptar? —Le preguntó Michael.

—Mi tío me ha ofrecido un puesto en uno de sus barcos. Dice que así me convertiré en un auténtico hombre, y creo que tiene razón.

—¡Oh, por Dios, Charles! ¡Ya estás borracho! —Exclamó Alex, apartándole la botella.

—No, lo digo en serio —Charles y Alex lo miraron con incredulidad—. ¡Oh, vamos, no me miréis así! Tú te vas a casar mañana y tú quieres salvar tu legado familiar. ¿Y yo? No tengo ningún objetivo en la vida. Me vendría bien ver mundo y, como me decís muy a menudo, madurar de una vez.

Los dos estallaron en carcajadas y enseguida Charles se les unió. Alex observó cómo estaban volviendo a cambiar las cosas a su alrededor, pero algo le decía que todos estos cambios eran para mejor.

Capítulo 20

A la mañana siguiente, Elizabeth se despertó y se puso su traje nuevo. Bajó a desayunar y allí se encontró con Michael y Charles, que se levantaron con movimientos torpes para saludarla.

—No se molesten, caballeros —éstos se dejaron caer en sus sillas y ella no pudo reprimir una sonrisa—. Parecen estar indispuestos.

—Un poco —masculló Charles.

Al parecer, la resaca los tenía agotados, ya que no volvieron a hablar y bebieron su té despacio. Elizabeth tomó un copioso desayuno. Estaba muy nerviosa y, como no podía desahogarse hablando de sus miedos con los amigos de Alexander, se concentró en mantener su boca ocupada con la comida para no cometer ninguna insensatez.

—¿Estás nerviosa, Lizzie? —Le preguntó Charles tras acabar su té.

—Te mentiría si dijera que no.

—Y tú no sueles mentir, ¿no?

A Elizabeth le impresionó la desconfianza que había tras las palabras de Michael.

—No, milord, yo no miento —contestó con brusquedad.

—Disculpa a Mike, Lizzie, pero tienes que entendernos, Alex es nuestro amigo y nos preocupamos por él —añadió Charles.

—No queremos que sufra —dijo Michael, mirándola con suspicacia.

—Pues por eso no tenéis que preocuparos. Soy la última que quiere ver sufrir a Alexander. Sería incapaz de hacerle daño. Lo amo demasiado para eso.

Estaba tan enfadada que apenas se había dado cuenta de lo que había dicho. Se sorprendió de lo fácil que le había resultado admitir ese sentimiento a sus amigos y lo mucho que le costaba decírselo al propio Alex.

Los hombres sonrieron socarronamente, aunque la sonrisa de Michael duró poco en su cara.

—Alex es un granuja muy afortunado.

Charles estiró el brazo y le apretó su mano con cariño.

—Eso espero.

Le devolvió el apretón y giró la cabeza ante el ruido de la puerta al abrirse, allí estaba Alexander apoyado en el marco con el ceño fruncido.

—Acaba de llegar la señorita Wessit y el señor Klent.

Elizabeth no esperó más. Se levantó y salió corriendo de la posada para darle un fuerte abrazo a su amiga.

—¡No sabes cómo me reconforta tu presencia!

—Menos mal. Jamás te habría perdonado que no me hubieses invitado a este importante acontecimiento.

Se abrazaron un rato más. Cuando se separaron, Phoebe se quedó asombrada.

—¡Dios mío! ¡Estás a punto de echarte a llorar! —Exclamó, poniéndole las manos enguantadas en las mejillas—. ¿Quién iba a decir que al enamorarte liberarías todos los sentimientos que estaban atrapados en tu interior? Sinceramente, jamás pensé que vería el día en que llorarías de emoción.

Y Phoebe se echó a reír.

—¡Es horrible! Desde que conocí a Alex tengo los sentimientos a flor de piel y no puedo controlarlos. Ahora no sé por qué tengo estas estúpidas ganas de llorar.

—Serán los típicos nervios de antes de la boda —dijo una voz risueña detrás de Phoebe, quien se apartó para que Elizabeth pudiera ver a la señora Wessit.

—¿También ha venido usted?

—Por supuesto, no dejaría que mi hija hiciera sola un viaje tan largo y, además, yo tampoco te hubiese perdonado que me mantuvieras apartada de este acontecimiento.

La afable mujer la abrazó con cariño y Elizabeth notó cómo las lágrimas volvían a acumularse en sus ojos.

—Gracias, su presencia me es muy grata.

La señora Wessit le dio unas palmaditas en la espalda y miró a Alexander de reojo. Éste hablaba con Marcus, que había llegado a caballo junto con la carroza de las Wessit.

—Has elegido bien, cariño —dijo la señora Wessit para consolarla.

—Más bien creo que fue él quien me eligió a mí.

—Lo que demuestra que tiene muy buen gusto —añadió Phoebe, risueña.

Alex se acercó a ellas.

—Señora Wessit.

Se inclinó galante ante su mano, provocando un sonrojo en las redondas mejillas de la dama.

—Milord, le agradezco mucho la molestia que se tomó para traernos aquí.

—Sólo procuré que fueran avisadas.

—Aun así, ha sido todo un detalle, milord.

—¿Con esto me ganaré su simpatía?

—Hum, puede.

Las Wessit se rieron junto con Alex y Elizabeth se sintió incómoda. Le costaría acostumbrarse a esa vena seductora de él. La invadieron las dudas cuando imaginó a Alex coqueteando con otras mujeres y... ¡No! Cortó sus pensamientos de tajo, pero las dudas persistían. Alexander era un hombre y todos los hombres tenían amantes. No se conformaban con una única mujer durante el resto de su vida, ¿no? Por lo menos, la mayoría no lo hacía. Ésta era una de las razones que había tenido para intentar casarse con un hombre por el que no sentía nada, pero al amar a Alex como lo amaba, sabía que no podría tolerar una muestra de infidelidad por su parte. ¿Cómo haría para retenerlo a su lado?

—¿Vas a cambiarte antes de partir? —Le preguntó Alex, interrumpiendo sus pensamientos.

—Perdona, no te he escuchado.

Sin decir nada, Alex le sonrió dulcemente y, mientras la tomaba del brazo, volvió a mirar a las Wessit.

—Si me disculpáis, me gustaría explicarle a Elizabeth los detalles de la boda. El señor Klent podrá contárselo a ustedes.

Cuando estuvieron lejos, se pararon. Acariciándole la mejilla con ternura, Alex dijo:

—Se te ve muy ausente.

—Yo...

¿Qué decirle? ¿Que estaba aterrada o...?

—Ya sé, estás nerviosa —ahora él le acariciaba el rostro con ambas manos—. Yo también lo estoy, pero no por casarme contigo, pues estoy seguro de que es la mejor elección que he tomado en mi vida, sino por el hecho de casarme en sí. Es un cambio radical en nuestras vidas.

Ella solamente asintió. No podía emitir ninguna palabra.

—Conozco un método que podría relajarme y sé que en ti tendría el mismo efecto.

Antes de que Elizabeth pudiera interpretar sus palabras, él atrapó sus labios entre los suyos. Fue un beso tierno, pero intenso.

—Ahora mismo no estoy en absoluto nervioso. Es más, estoy deseoso de casarme contigo para poder hacer esto constantemente.

Elizabeth lo veía tan relajado y alegre que pensó que quizás ése era el momento ideal para confesarle sus miedos.

—Alexander, yo...

Pero se interrumpió cuando lo vio sacar algo de su bolsillo.

—Me gustaría que llevases estos guantes durante la ceremonia. Si no te importa, claro.

Cogió los guantes que le daba y se quedó totalmente asombrada al ver que eran los de su madre. Los mismos que Alex no había querido devolverle.

—¿Cómo es que los tenías aquí, en tu bolsillo?

—Siempre han estado ahí metidos. Siempre los he llevado conmigo para acariciarlos cada vez que pensaba en ti, por lo que he pasado mucho tiempo con la mano dentro del bolsillo.

Ese hombre la sorprendía a cada momento. Y ahí estaban aquellas odiosas lágrimas otra vez. Elizabeth parpadeó varias veces para no derramarlas.

—¿Los llevarás? —Le preguntó ansioso.

Ella volvió a asentir. Otra vez estaba sin palabras. Aquel nudo en la garganta le impedía hablar.

—Bien, ahora que tu traje de novia está completado, será mejor que te cambies aquí. Sólo hay media hora hasta el lugar donde vamos a casarnos y no creo que encontremos otro sitio mejor. Yo me adelantaré con Charles y Michael. El señor Klent sabe del lugar, así que no nos veremos hasta que estemos en la herrería.

Le dio un rápido beso en los labios y fue hacia el carruaje, donde lo esperaban sus amigos. Phoebe se acercó a ella corriendo.

—Vamos, no hay tiempo que perder.

La agarró de la mano y la arrastró hasta la posada. Antes de darse cuenta, ya le habían puesto su vestido de novia, que era de color hueso con perlas incrustadas en el corpiño. Elizabeth tenía el pelo semirrecogido y algunos tirabuzones caían sueltos hasta la mitad de la espalda.

—Estás preciosa —dijo la señora Wessit mientras Elizabeth se miraba en el espejo—. Tu madre estaría muy orgullosa de ti.

—Oh, sí. Me caso con un caballero acaudalado que es heredero de un ducado —replicó Elizabeth, sin poder contener el sarcasmo.

—Tu madre estaría orgullosa porque te casas por amor. No por obligación, como se casó ella —Elizabeth la miró sin comprender. Su madre siempre había sido fría y superficial. No se la imaginaba deseando una unión por amor—. Se casó a los diecisiete años con el duque porque su padre se lo ordenó. Siempre fue una muchachita apocada, incapaz de llevarle la contraria a nadie. De modo que cumplió con su deber, pero eso la destrozó y creo que fue la causa de que no volviera a mostrar sus sentimientos. Se quedó vacía y se encerró en sí misma. Cuando hablé con el médico que la ayudó en el parto de tu hermano, me dijo que podría haber sobrevivido si hubiese tenido más ansias de vivir. Simplemente se rindió.

—Nos tenía a nosotros, que la necesitábamos. Podría haber luchado por sus hijos.

—Ni siquiera era consciente de vosotros. Ya había sucumbido a la depresión antes de que tú nacieras —la señora Wessit hizo que Elizabeth se girara para hablarle frente a frente—, pero míralo por este lado, tú has salido fuerte e independiente y William ha tenido una figura materna inmejorable que le dio todo su amor. Lo que demuestra que serás una gran madre y esposa. Te parecerás físicamente a tu madre, pero en realidad sois completamente distintas. La muchacha que conocí, de la que me hice amiga durante mi presentación en sociedad, estaría orgullosa al ver en lo que se ha convertido su hija, y eso que por un tiempo temí que fueras como ella y te lo tragases todo. Menos mal que apareció el marqués y rompió los muros que construiste a tu

alrededor.

La señora Wessit la abrazó con fuerza y, antes de soltarla, le susurró al oído:

—A veces para alcanzar la felicidad hay que sufrir antes, y tú por miedo a sufrir te alejaste demasiado de la felicidad, pero ahora, con el amor de tu esposo, la encontrarás.

—No estoy segura.

—Ya lo verás. Eso se demuestra día a día. El vuestro será un matrimonio colmado de dicha.

—Gracias por todo, señora Wessit.

—Oh, yo creo que podrías empezar a dirigirte a mí por mi nombre, aunque podrías llamarme Em, como hacía tu madre.

—Será un placer, Em.

—El señor Klent dice que deberíamos salir —anunció Phoebe cuando entró en la habitación. Al ver a Elizabeth, se detuvo abruptamente y dijo con asombro—: ¡Lizzie! ¡Estás absolutamente resplandeciente! ¡Es injusto, para el resto de las mortales como yo, permanecer a tu lado!

—¡No exageres!

—Lord Glenmore se va a quedar embobado —dijo la señora Wessit, encantada.

—Ya está más que embobado desde el día en que la conoció —añadió Phoebe, risueña.

—Estáis más ilusionadas que yo con este matrimonio.

—Ya verás cuando vuelvas de tu viaje de luna de miel que...

Y Phoebe se interrumpió, tapándose la boca con las manos.

—¡Phoebe Marie Wessit, estás hecha una bocazas! —la reprendió su madre.

Elizabeth las miraba sin comprender.

—¿Qué viaje es ése? —Preguntó enfadada.

—No le hagas caso, querida.

La señora Wessit le dio unas palmaditas antes de salir y salió con su hija de la habitación.

Durante el viaje, Elizabeth les preguntó cien veces por ello, pero ambas sólo le contestaron con evasivas.

—¿No podéis compadeceros de mí? Phoebe, tú me conoces. Sabes que no soporto estar desinformada de cosas que me incumben. Ya estoy lo suficientemente nerviosa como para que me atormentéis aún más ocultándome cosas.

Las Wessit se miraron. Phoebe no habló hasta que su madre asintió.

—Tu futuro marido le comentó al señor Klent que quería llevarte de viaje por el Continente. Dijo que la intención del marqués era enseñarte el mundo.

Ahí estaba Alexander, sorprendiéndola de nuevo.

—Se acordó —dijo Elizabeth en voz baja, más para sí misma que para sus acompañantes, aunque éstas la escucharon.

—¿De qué querida?

—Una vez le comenté que le tenía envidia por haber visitado tantos lugares.

—Te conoce más de lo que piensas —dijo Phoebe, sonriente.

—Ya está comenzando vuestro día a día.

La señora Wessit miró a Elizabeth de forma significativa y ésta captó su indirecta.

Cada segundo que pasaba, Elizabeth estaba más segura de sus sentimientos por Alex. Unos minutos más tarde, cuando salió del carruaje, esbozaba una amplia sonrisa. Todas sus dudas se habían esfumado y esperaba ansiosa que comenzara uno de los mejores días de su vida junto a Alex.

Alex estaba hecho un manojo de nervios y no paraba de estirarse la levita, como si tuviera un

tic nervioso.

—Relájate, amigo —le dijo Charles, palmeándole la espalda.

—Ya estoy relajado —respondió Alex, incómodo.

—El grandullón está preocupado de que lady Elizabeth no venga.

Michael se alejó de Alex después de su comentario. No le tenía miedo, pero tampoco quería provocarlo. Sabía que en aquellos momentos Alex no estaba de humor para bromear, y menos sobre el retraso de su futura esposa.

Al oír unas voces acercándose a la herrería, donde se celebraría el enlace, el corazón de Alex empezó a bombear sangre con mayor rapidez y sintió que el pañuelo lo ahogaba. En cuanto se abrió la puerta y la vio, se esfumaron todos sus temores. Cuando la pudo contemplar mejor, sus pulmones se quedaron sin aire y sintió cómo su corazón se detenía. ¡Dios! Estaba... estaba... ¡No había palabras para describir su belleza! Creyó que no volvería a respirar hasta que la tuviera a su lado. Además, Elizabeth le sonreía. Parecía feliz por casarse con él. Aquellos pensamientos le arrancaron a Alex una tonta sonrisa. Ambos se miraron, atrapados en su propio mundo, hasta que el herrero escocés tosió nerviosamente. El marqués le agarró la mano, necesitando su contacto, y la ceremonia comenzó. Alex casi no era consciente de las palabras del herrero, aparte de que, por su marcado acento, apenas lo entendía. Ni siquiera supo de dónde le salió la voz para decir sus votos. Alex y Elizabeth entrelazaron sus manos y, antes de darse cuenta, los estaban declarando marido y mujer.

—Bueno, como no estamos en una iglesia con uno de esos curas mojigatos, tengo la libertad de decir: ya puedes besar a la novia.

Alex intentó darle un casto beso en los labios. Sin embargo, en cuanto éstos se rozaron, no pudo contenerse e intensificó el beso. Siempre había asumido el matrimonio como un deber, algo a lo que debía resignarse, pero ahora se encontraba contradictoriamente dichoso. La carcajada del herrero deshizo la magia del momento, provocando la separación de los recién casados.

—Veo que no es cierto eso que dicen, de que a los ingleses sólo les corre hielo por las venas.

Elizabeth, que estaba radiante, se ruborizó.

—Enhorabuena —les dijo Charles, besando la mano de Elizabeth.

—Sí, felicidades, te has llevado a la mujer más bella de Inglaterra. Estarás contento, ¿no? —añadió Michael.

Y antes de que Alex pudiese decir nada, Michael besó a su esposa en las mejillas.

—Alexander me ha hecho un enorme favor al apartarme de hombres como tú —dijo Elizabeth.

—Pues no lo ha hecho bien, por lo menos no en mi caso. A mí me atraen más las mujeres casadas —repuso Michael.

—¿Es eso una insinuación? —preguntó Elizabeth.

—Pues claro —respondió Michael.

—En ese caso, tendré que rechazarte, no me gustan los hombres tan poco inteligentes como para hacer proposiciones indebidas a mujeres delante de sus esposos. Debería pensar antes de hablar. Estas cosas tienen que hacerse en privado. Ahora va a estar sospechando todo el rato, ¿sabes? Es un hombre muy celoso.

Michael estalló en carcajadas.

—¡Dios! ¡Mira su cara! Eres mejor que yo sacándolo de quicio. Creo que nos llevaremos muy bien, lady Glenmore.

Las Wessit se acercaron a ella para abrazarla y felicitarla.

Michael se aproximó a Alex y a Charles, que aún no salían de su asombro por cómo Elizabeth

y él habían bromeado.

—Ahora sí que puedo decirte que has elegido bien, por lo menos no te aburrirás con una mujer así —dijo Michael.

—No, estoy seguro de que no —respondió Alex.

Y sonrió ante el hecho de saber que su vida con Elizabeth sería de todo menos aburrida.

—Siento molestarte diciéndote esto, pero tengo que irme ya. No puedo retrasarme más.

Michael volvía a la seriedad de siempre.

—Sí, yo también —soltó Charles.

—¿Tú también?

—Sí, cuanto antes llegue a Londres y haga mi equipaje, mejor.

—Iré a buscar el carruaje para cambiar mis cosas al caballo —dijo Michael, alejándose.

Charles parecía querer hacer lo mismo, pero Alex se lo impidió, agarrándolo del brazo.

—Charles, ¿qué me estás ocultando?

—Es muy incómodo revelarte esto.

—Dímelo —le exigió.

—En primer lugar, quiero aclararte que ya no siento nada por Lizzie, pero... me resulta incómodo..., bueno, estar con la mujer de mi mejor amigo, a quien no hace mucho deseaba... Ya sabes. Y hoy estaba tan hermosa... Ahora mismo soy incapaz de mirarte a la cara. Lo siento. No puedo controlar mis pensamientos. Ojalá pudiera. Es como si te estuviera traicionando. Pero te aseguro que se me pasará con el tiempo. Cada vez tengo más claro que este viaje me vendrá bien.

—Eso espero.

Se dieron un fuerte apretón de manos y, antes de salir en pos de Michael, Charles no pudo evitar comentar:

—Hazla feliz, Alex.

—Lo haré. Soy el primero que se preocupa por ella.

Cuando sus amigos se marcharon, Alex notó que los demás también iban a hacer lo mismo.

—¿Ya se van todos? —Le preguntó a Elizabeth cuando estuvo a su lado.

—Sí, Em quiere aprovechar las horas de sol. No le gusta viajar de noche y no quiere esperar hasta mañana para partir.

—¿Quieres que demos un paseo o...?

Ella lo interrumpió de golpe.

—¿A qué país iremos primero?

—¿A qué te refieres?

—A nuestro viaje de luna de miel —Alex se controló para no maldecir delante de ella y Elizabeth sonrió ante su patente enfado—. Alex, ahora que estamos casados, deberías saber que no puedes ocultarme nada. Además, tienes que saber que odio las sorpresas, aunque sean buenas —Alex le rodeó la cintura con sus brazos—. ¿Y bien, querido esposo, adónde vamos?

—Primero a Bélgica. Luego a Francia, Alemania, Italia, Egipto... Claro que, si prefieres otra cosa...

—¡No! ¡Me parece un viaje perfecto!

Y, poniéndose de puntillas, lo besó rápidamente en la mejilla.

—¿Es así como me lo agradeces? —Le preguntó él, juguetón.

—No pienso agradecértelo de otra manera en plena calle.

Alex miró desconcertado a su alrededor. Se había olvidado de dónde estaban.

—Claro que, si alquilamos una habitación, podría demostrarte mi agradecimiento en privado

—dijo Elizabeth, pestañeando seductoramente.

Alex empezó a reírse. No podía negar que lo estaba excitando.

—Ya he reservado una —dijo él.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

—Cierto —respondió Alex, sin parar de reírse, y la guió hasta la posada.

Cuando llegaron, el posadero se excusó por no tener lista la habitación con una bañera llena de agua caliente. Alex lo excusó enseguida y le pidió que los condujese a su habitación sin pérdida de tiempo. El hombre, con una sonrisa de complicidad, los llevó a ésta y los dejó allí.

—Por fin solos —dijo Alex mientras la abrazaba por la espalda, aspirando el aroma a lavanda de su hermoso cabello rubio, que apartó de su cuello para oler mejor.

—Alex —susurró Elizabeth—, ¿no crees que deberías dejarme tener el control por una vez?

—¿A qué te refieres? Te recuerdo que fuiste tú quien me sedujo a mí la primera vez —contestó, mientras le lamía la oreja.

—Sólo me dejaste empezar.

—Cuando estoy contigo no puedo controlarme.

—Entonces déjame aprovechar el tiempo, ahora que tienes autocontrol.

Elizabeth se dio la vuelta y le dio un beso que lo dejó sin aliento.

—Si sigues así, ese tiempo será escaso —advirtió él.

Elizabeth rió mientras lo empujaba hacia la cama.

—Mantente quieto.

—Eso me supondrá un gran esfuerzo, teniéndote tan cerca.

—Inténtalo —replicó, poniendo un encantador mohín.

—Lo intentaré —dijo Alex, y suspiró.

Elizabeth lo desnudó de cintura para arriba lentamente y empezó a acariciarlo, deteniéndose en su cicatriz de bala. Luego hizo lo mismo con otras marcas de menor consideración.

—Prométeme que no volverás a poner en riesgo tu vida.

—Ya lo he hecho al casarme contigo.

—Hablo en serio, Alexander.

Por la expresión de su rostro, Alex vio que se lo pedía de verdad.

—Te lo prometo.

Entonces, Elizabeth se giró.

—Desabróchamelos tú, que yo no llego. Pero sólo desabróchalos.

Cuando hubo acabado, el vestido se deslizó sobre su curvilíneo cuerpo sin hacer apenas ruido.

—El corsé y las enaguas también, querido esposo.

—Como gustéis, querida esposa.

Una vez sin corsé, sólo le quedaban las ligas y la camisola. Elizabeth se volvió a dar la vuelta y, sonriendo con picardía, dijo:

—Con el resto ya puedo yo sola, gracias.

—No habría sido una molestia.

—Lo sé.

Lo miró seductoramente y comenzó a acariciarle el pecho. Al llegar a sus pantalones, se detuvo dubitativa.

—¿Lo hago yo? —Preguntó Alex.

—No, soy tu esposa, tendré que saber cómo es el vestuario masculino. Espero que dentro de unos días esté completamente familiarizada con él.

—Eso espero yo también.

Elizabeth trató de desabrocharle los pantalones, pero sus manos temblaban tanto que sólo lo consiguió al quinto intento. Cuando los pantalones cayeron al suelo, le quitó, con más confianza, los calzones. Al quedar desnudo frente a ella, Elizabeth no apartó los ojos ni un segundo de su empalmado miembro. Permaneció así un minuto, mirándolo en silencio, hasta que decidió tocarlo. Alex no pudo contener una maldición.

—¡Diablos!

—¿Te he hecho daño? —Le preguntó asustada, a la vez que apartaba rápidamente la mano.

—Es un dolor muy placentero.

Satisfecha con su respuesta, ella volvió a palparlo y él se contuvo, dejándola explorar. Su mano se movía de arriba abajo y lo apretaba a su voluntad. Cuando Alex estaba al borde de la locura tras esas caricias, Elizabeth lo sorprendió aún más al besarle en los abdominales y, antes de que él pudiera abrir los ojos, ella ya estaba lamiéndole el glande. Comenzó a torturarlo más, introduciendo un trozo en su boca, succionando y jugando con su lengua.

—¡No puedo más!

La agarró de los hombros y la tumbó sobre la cama. Se puso encima de ella y, en sus prisas por quitarle la camisola, se la rasgó.

—Sólo quería darte placer —susurró Elizabeth.

—Lo hacías. Ahora déjame darnos placer a los dos.

Bajó la mano hasta los pequeños rizos y se excitó aún más al encontrarla ya húmeda y preparada para él. Se sumergió por completo dentro de ella, de una sola embestida, arrancándole a ambos un grito de satisfacción.

—Somos uno —le dijo Alex al oído, mientras salía y entraba de ella con firmeza.

—Sí, uno —murmuró Elizabeth.

Le apretó las nalgas, levantándola del colchón, y aceleró el ritmo, aunque no pudo evitar detenerse cuando ella gritó:

—¡Oh, Dios! ¡Alex, cuánto te amo!

Se dejó caer sobre ella. Luego la miró sorprendido para tranquilizarse y cerciorarse de que no estaba teniendo alucinaciones. Ella abrió los ojos ante su repentina pausa.

—Ahora no te detengas.

Elizabeth intentó mover las caderas, pero el cuerpo de Alex la tenía aplastada contra el colchón, impidiéndoselo.

—¿Qué has dicho? —Le preguntó él en voz baja.

—¿Que no te detengas? —Contestó Elizabeth dubitativa.

—No, lo anterior.

Notó cómo Elizabeth se ponía inmediatamente tensa. Ella suspiró, mirándolo fijamente a los ojos. Luego estiró la mano y le acarició tiernamente la mandíbula.

—¿Que te amo? —dijo esta vez con voz segura.

—¿Lo dices en serio? —Preguntó él, temeroso.

—Muy en serio. Te amo con todo mi corazón, Alexander. Creo que te quiero desde la primera vez que me besaste. ¿Ahora me harás una promesa? Prométeme que no me harás sufrir.

—Nunca, mi ángel. Te quiero demasiado como para hacerte eso.

—Pues entonces, esposo mío, desearía que continuaras con lo que estábamos haciendo.

Alex sonrió con socarronería.

—Soy tu siervo más fiel. Tus deseos son órdenes para mí.

EPÍLOGO

Elizabeth contemplaba el mar al anochecer, apoyando las manos en la barandilla del barco que los llevaría de vuelta a Inglaterra. Sintió unos pasos tras ella y supo en unos instantes de quién se trataba. Sólo llevaban casados unos meses, pero podía reconocer su aroma y sus andares en cualquier parte. Por eso no se sorprendió cuando unos fuertes brazos la rodearon y sintió un beso en el cuello.

—¿Cómo estás?

—Estamos bien.

Alexander cubrió, con sus manos posesivas, la ligera curva de su vientre.

Elizabeth sonrió. Le había costado mucho convencer a Alex de no suspender su viaje de novios cuando, al mes de emprender su luna de miel, sintió unas náuseas matutinas y el médico alemán le confirmó que estaba embarazada. Alexander se alegró e intentó convencerla de inmediato de que regresasen a Inglaterra por el bien de ella y del bebé. Sin embargo, Elizabeth era más testaruda que él y continuaron con su viaje. Después de dos meses, finalmente escuchó las súplicas de su sobreprotector marido y, cuando llegaron a Italia, aceptó permanecer unos días en Roma y luego volver a casa para ser atendida por el médico de la familia.

—¿Seguro?

Ella no pudo evitar reírse.

—Cariño, estoy embarazada, no enferma. Relájate.

—Alguien tiene que preocuparse por los dos. Tú pareces muy tranquila. Cualquiera diría que eres madre primeriza.

Ella mentía. En realidad estaba aterrada, pero no quería decírselo a Alex. El pobre no hacía más que preocuparse. Al fin y al cabo, no podían olvidar que la madre de Alex había muerto al darle a luz y la suya con el parto de su hermano. Aunque había cosas que Elizabeth no quería seguir ocultándole.

—Alex.

—¿Sí?

—Hace tiempo que lo sospecho y nunca quise preguntártelo. ¿Fuiste tú quien me compró el palco y pagó la escuela de William?

—Supongo que es una tontería ocultártelo ahora. Sí, fui yo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería que te sintieras en deuda conmigo. Yo sólo deseaba ayudarte.

Elizabeth soltó la barandilla y apretó sus brazos. ¿Cómo podía haber dudado alguna vez del amor de Alex? ¿Y cómo podía haberle negado el suyo? Su marido era lo mejor que le había pasado en la vida. Antes de que empezaran a vivir juntos en su nuevo hogar, Elizabeth también quiso aclarar otras dudas.

—¿Cómo supiste del compromiso que arreglaron nuestros padres? Porque no lo descubriste hace mucho, ¿no?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Es otra de las cosas a la que le he dado vueltas durante estos meses. ¿Cómo fue?

—Fue poco antes del... duelo. Mi padre me lo contó. Como yo no me lo creía, fui a verte para preguntártelo. Al entrar, oí una conversación que mantenías con Marcus sobre ese contrato. Y cuando dijiste que nunca te casarías conmigo...

Elizabeth se dio la vuelta y, sin dejar de mirarlo a los ojos, le dijo:

—Por eso el mayordomo me entregó una tarjeta tuya aquel día, pero como era un hombre tan

raro no le di importancia... Alex, en ese momento me sentía angustiada. Me estaba enamorando de ti y tenía miedo. Pensaba que un matrimonio por amor sólo me traería desdichas. Además, en ese momento jamás sospeché que tú querías casarte conmigo. Era mi orgullo quien hablaba.

—Ahora lo sé. Y, ciertamente, en ese momento yo tampoco quería casarme. De todos modos, cuando me di cuenta de que estaba irremediablemente enamorado de ti, la idea de pasar el resto de mi vida a tu lado no resultaba tan aterradora.

—¿Crees que estaríamos aquí si no nos hubieran comprometido hace años? ¿O si nos hubieran obligado a cumplir el compromiso?

—Creo que sólo la muerte podría habernos impedido esto. Estoy seguro de que me habría enamorado de ti en cualquier circunstancia. ¿Y tú?

—Y yo estoy segura de que al principio te hubiera odiado, te hubiera despreciado y evitado, pero al final no hubiera podido ocultar mis sentimientos por ti. Mira que pensar que amarte sería lo que me mantendría encerrada... y nunca me había sentido tan libre como ahora.

—¿Incluso teniendo a un marido tan protector como yo?

—Incluso así. Sé que lo haces porque deseas protegerme, porque me quieres demasiado para dejar que me pase algo malo.

—Espero que lo recuerdes en el futuro.

—Lo recordaré, pero te llevaré la contraria de igual modo.

Alex la besó con intensidad y Elizabeth le correspondió. Ambos se separaron jadeantes.

—¿Y quién me protegerá de ti, mi ángel?

—¿Acaso pretendes que te protejan de tu mujer, que quiere llevarte a su camarote para hacerte el amor?

Elizabeth contuvo una sonrisa cuando Alexander casi la arrastró por la cubierta, llevándola hasta las escaleras que bajaban a los camarotes.

—Para eso no necesito protección porque me rindo gustoso. Y no hay nada más que proteger porque soy todo tuyo, incluyendo mi corazón.

—Y yo lo protegeré para siempre.

Table of Contents

[PRÓLOGO](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[EPÍLOGO](#)